

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)



ANÁLISIS

Miré los muros de la patria mía...

PRESENTACIÓN	22
26J: En busca del espacio público VÍCTOR MANUEL PÉREZ MARTÍNEZ.	24
Y... ¿qué del PP? TEÓFILO GONZÁLEZ VILA.	27
Unidos... ¿Podemos? MAR LLERA.	29
El Partido Socialista-el partido del cambio DAVID SEIZ RODRIGO.	31
Tate, tate, folloncicos CARLOS DÍAZ.	34
Incapaces de dialogar FÉLIX GARCÍA MORIYÓN.	36
Refutar a Schumpeter MIGUEL ÁNGEL CASTAÑO MARTÍN.	39
Reformar el sistema electoral, una asignatura pendiente y muy compleja JOSÉ JUAN VERÓN.	43
Votantes decepcionados e indignados JULIA PÉREZ RAMÍREZ.	45
La politización partidista del poder judicial GRUPO DE SEVILLA.	46
La falacia de las autonomías LUIS FERREIRO.	49
El zoo catódico RAFAEL CID.	53
Sindicalismo: muchas personas son las llamadas y pocas las atrevidas RAFAEL VALENTÍN SANTO TOMÁS Y ALMUDENA GÓMEZ.	57
Una reflexión sobre las «puertas giratorias» JUAN LUIS DEL POZO.	59
Fiscalmente hablando: la justicia, los impuestos, el fraude y la objeción fiscal TERESA SANZ GARCÍA.	62

SECCIONES

01	EDITORIAL
	EDUCACIÓN
03	La calidez en la educación infantil: ¿Dónde está la medida? por Patricia Casimiro
	PENSAMIENTO
05	José Luis Sampedro: El viaje intelectual de un disidente, por José Ángel Moreno
09	La mirada caleidoscópica de la ciencia y el arte, por Sergio Barbero
12	Misericordia y personalismo, por Andrés Ortiz-Osés
	PAISAJES DE ULTRAMAR
15	Empoderan ingresos a mujeres de la Sierra Gorda, por Emily Corona
19	RINCÓN BIBLIOGRÁFICO

INSTITUTO
EMMANUEL
MOUNIER



Revista de pensamiento
personalista y comunitario

ÓRGANO DE EXPRESIÓN
DEL INSTITUTO E. MOUNIER

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR: Luis Ferreiro
SECRETARIO: Fernando Soler
acontecimiento@mounier.org

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Julia Pérez Ramírez
Ricardo de Luis Carballeda
Félix García Moriyón
José Manuel Alonso

PRÓXIMOS NÚMEROS

- La familia
- Animal, robot, persona

EDITA: Instituto E. Mounier
c/ Melilla, 10 - 8.º D
28005 Madrid
☎ 91 473 16 97
http://www.mounier.es
Periodicidad: trimestral
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986

DISEÑO Y PRODUCCIÓN:

La Factoría de Ediciones

☎ 91 452 94 17

factoria@factoriaeditions.net

ILUSTRACIONES: Ana C. Martín

IMPRESIÓN: Gráficas Aries, S. A.

Editorial

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN, MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE ACONTECIMIENTO

El alcance de la crisis

Conscientes somos todos de que el país, pero también toda la Unión Europea y muchos otros países, pasan por tiempos delicados, tiempos de crisis de los que no acabamos de salir, aunque a algunos países les va mejor que a otros. Y sobre todo, a algunos grupos sociales, muy minoritarios por cierto, les va bastante mejor que a la mayoría.

No parece que sea una crisis más, de esas a las que tiene afición el modo de producción capitalista; todo indica que tiene un mayor alcance. No parece tampoco una recesión profunda, como fue la del 29. Aunque también es cierto que puede ser una crisis más y simplemente a los que la estamos padeciendo en primera persona

Continúa en la página siguiente →

nos gusta pensar que es la más grave de todas, para darnos quizá algo de protagonismo.

Lo que está claro es que tras ocho años, la cuestión no acaba de mejorar, por más que algunos, sobre todo nuestros gobernantes en funciones, intentan contagiarnos un optimismo con bastante poco éxito. Estamos ya cerca de completar una década perdida, como la que vivieron a finales del siglo pasado muchos países dependientes.

El hecho es que, como bien decía Tolstoi, aunque todos los países nos parecemos en la felicidad, cuando toca sufrir cada uno lo hace a su modo. La situación en España tiene algunos rasgos que la diferencian. El primero de ellos es, sin duda, el tener unos niveles de paro insostenibles, incluso descontando una apreciable cantidad de personas que permanecen en la economía sumergida. El segundo es una insondable desafección por las instituciones surgidas en el período de transición, entre las que están no sólo los partidos políticos y sus miembros más cualificados, sino muchas otras, quizá por un fenómeno de contagio pernicioso: es clamoroso el descrédito de la monarquía, los banqueros, las multinacionales, la jerarquía eclesiástica o los sindicatos.

Encallados entre dos elecciones —una prueba más de la parálisis mental o escasez de ideas que atenaza a quienes debieran resolver problemas más que provocarlos—, nos encaminamos con más pesimismo que otra cosa a una nueva elección que posiblemente no arregle nada. Entre el desánimo y cierto despiste, la gente anda reflexionando sobre lo que harán en las próximas elecciones y, sobre todo, en lo que ocurrirá después.

El tema es de calado y merecía que la revista, pendiente siempre de los acontecimientos, sobre todo cuanto tienen especial potencia significativa, le dedicara un monográfico. Hemos querido abordar con brevedad, pero a ser posible con cierto nivel de profundidad, cuáles son los males de la patria en esta segunda década del tercer milenio. Hemos dado un repaso a un amplio abanico de temas, pero centrados sobre todo en los que más directa relación tienen con la crisis política, social y económica, pues son esas las que más agobian.

Sin duda, la tarea de diagnosticar males, sean estos más o menos superficiales o estructurales, no suele suscitar elogios o aplausos. Por un lado vivimos en un país bien dado al pesimismo y a la autocrítica despiadada, que parece resurgir después de unos años en los que habíamos pensado que estábamos ya entre los países del G8, pero quizá ni entonces era tan eufórica la situación ni ahora es tan mala: tenemos problemas, como tienen todos, pero también tenemos recursos para afrontarlos, como también los tienen todos.

Por otra parte, hecho el diagnóstico, hay que confiar en que sea correcto y luego hay que ponerse a explorar las posibles soluciones, encontrando imaginativamente nuevos caminos que superen los males de la patria y permitan asentar las bases de un modelo social, político y económico más coherentes, con las mejores versiones de una democracia realmente volcada en facilitar que los ciudadanos puedan desarrollar proyectos personales que conduzca a una vida plena.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe este formulario

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____ Apellidos _____

DNI _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____ C.P. _____

Código IBAN (International Bank Account Number) (escriba todos los números)

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____

_____ C.P. _____

Agencia N.º _____

N.º de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

Patricia Casimiro

Universidad de Tepic, Nayarit. México

LA CALIDEZ EN LA EDUCACIÓN INFANTIL: ¿DÓNDE ESTÁ LA MEDIDA?

Primero el perro fue un animal, después alcanzó la categoría de persona-perro; primero fueron los negros tratados como perros, ahora los perros son tratados como miembros de la propia familia; del mismo modo, y rota la última de las fronteras, de aperrear a los emigrantes y personalizar a los perros se ha pasado a convertir a los muñecos en niños, y a los niños en muñecos. Ya somos un poco de todo, perros con pedigrí, niños-televisión y juguetes del destino a gusto de los diseñadores de las modas. Obviamente, todo eso puede comprarse y venderse en los Grandes Almacenes. Mucha gente regala cosas porque no tiene ideas que regalar. A más cariño más regalo, y a la inversa. Para los niños *toys*, *toys*, juguetes, muchos juguetes.

Pero la felicidad de los niños no siempre coincide con la economía de los mayores: y, lo que es peor, la felicidad de aquéllos sale perdiendo cuando los mayores amamos la economía sobre todas las cosas. Por eso disminuyen los niños y aumentan los juguetes: es más fácil y económico hacer juguetes que niños. Siguiendo esa lógica, ya que no hay niños para mantener la demanda de juguetes, habrá que intentar que sean los propios juguetes los que mantengan y, si es posible, incrementen la demanda de otros juguetes y, tal vez de paso, la demanda de niños. Pronto vendrá la *Declaración Universal de los Derechos del Juguete*: todo juguete, y especialmente las mascotas, tiene derecho a tener familia, una casa, y todas las demás cosas que permitan el actual grado de bienestar. Los sociólogos ya no podrán seguir hablando de patriarcado o matriarcado, sino de *jugueteariado*; los pedagogos tendrán que olvidarse de su majestad el niño, para comenzar a preocuparse por su majestad el juguete.

Por nuestra parte, no estando por quemar los juguetes, claro está, proponemos otro tipo de juegos, como el *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury. Habiendo ordenado el tirano quemar todos los libros de su país, y desterrar a los lectores, éstos jugaron de verdad a rebelarse contra el mal juego: «Transmitiremos los

libros a nuestros hijos, oralmente, y dejaremos que nuestros hijos lo hagan a su vez. Somos miles que vamos por los caminos, las vías férreas abandonadas, vagabundos por el exterior, pero bibliotecas por el interior. Cada hombre tenía un libro que quería recordar, y así lo hizo. Luego, durante un periodo de unos veinte años, fuimos entrando en contacto, viajando, estableciendo esta organización y forjando un plan. Tome ese poblado y casi divida las páginas, tantas por persona. Y cuando la guerra haya terminado, algún día, los libros podrán ser escritos de nuevo. La gente será convocada una a una, para que recite lo que sabe, y lo imprimiremos. Esto es lo maravilloso del ser humano: nunca se desalienta o disgusta lo suficiente para abandonar algo que debe hacer, porque sabe que es importante y que merece la pena serlo».

Hermoso juego, activo, participativo, reflexivo, ¿por qué no hacer cosas con palabras y palabras con cosas? La palabra del niño balbuciente ¿es simplemente un carraspeo anterior a la idea y al concepto, o más bien un juego primero y primario por romper la costra de lo particular difícil para encaramarse a lo eterno que lleva dentro? ¿Hay en el *subconsciente* infantil, en sus horribles pesadillas, *subpalabras* que rehuyen todo lo subhumano que desarrollamos en nuestros malos juegos, en nuestras jugarretas y en nuestras malas artes *subconscientes*? No siendo nuestra inteligencia solamente digital (conceptual), sino también analógica (lenguaje no verbal, gestual, afectivo), ¿quién nos enseñará a jugar con ellas y a *conjug*arlas? Bien está el juego de la gallinita ciega —tan aplicadamente desarrollado en nuestra adultez—, si con ese juego aprendemos a desarrollar el *espacio-persona*.

Hay juventudes que pasan y juventudes que quedan, vejez que pasan y vejez que quedan: el vivir pasa, *el haber vivido no pasa jamás*. Dicho de otro modo: el hecho de dar por concluida una obra no responde a una ley de perfección, sino simplemente a un límite de la fatiga. Existen jóvenes fatigados,

El gozo y la felicidad difieren solamente en cuanto que el gozo se refiere a un acto singular, mientras que la felicidad es una experiencia continua o integrada de gozo; podemos hablar de gozos en plural, pero solamente de felicidad en singular. Ella es la indicadora de que la persona ha encontrado la respuesta al problema de la existencia: la realización productiva de sus potencialidades. Al gastar su energía productivamente la persona feliz acrecienta sus poderes, se quema sin ser consumido. La felicidad es el criterio de excelencia en el arte de vivir.

esclerosados antes de comenzar a cansarse, y ancianos espléndidamente jóvenes, realmente en forma, que mueren de puro jóvenes. Otro tanto pasa con la psicología de los grupos, de los pueblos, y hasta de la humanidad. Testimonio de Konrad Lorenz: «Una vez, equipado con toga caminaba en solemne procesión entre los miembros de la Academia Bávara de Ciencias, recibí en el trasero un puntapié inesperado pero muy atinado de un Premio Nóbel. Junto al espíritu todavía bullidor en la vejez convive dentro

de mí desde la lejana juventud otro sumamente respetuoso para todo lo tradicional que acata las palabras de maestros venerables y honra con unción todas las tradiciones sin excluir sus fastuosas manifestaciones como el paseo en toga por la Academia. Sin duda poseo las dos almas desde mi primera juventud, pero no es menos cierto que el poder de la segunda se ha engrandecido en el curso de mi vida. Sin embargo no quisiera creer que el alma juvenil e irrespetuosa esté agonizando en mí» (*La otra cara del espejo*).

Juguemos juegos menos obsoletos, más perennes, pues la vejez no es sólo un estado de agotamiento físico o un fenómeno determinado por la genética; es también —puesto que se ha renunciado ya a todo sueño sobre el porvenir— la imposibilidad de renunciar a una bebida, a un horario, a una compañía. Por lo demás, como dijera Erich Fromm, la felicidad es una adquisición debida a la *productividad interior* del ser humano. Felicidad y gozo no son la satisfacción de una necesidad originada por una carencia fisiológica o psicológica; no son el alivio de una tensión, sino el fenómeno que acompaña a toda actividad productiva en el pensar, en el sentir y en el hacer. El gozo y la felicidad difieren solamente en cuanto que el gozo se refiere a un acto singular, mientras que la felicidad es una experiencia continua o integrada de gozo; podemos hablar de gozos en plural, pero solamente de felicidad en singular. Ella es la indicadora de que la persona ha encontrado la respuesta al problema de la existencia: la realización productiva de sus potencialidades. Al gastar su energía productivamente la persona feliz acrecienta sus poderes, se quema sin ser consumido. La felicidad es el criterio de excelencia en el arte de vivir. El sufrimiento es parte de la existencia y experimentarlo es algo inevitable. Lo opuesto a la felicidad no es el pesar o el dolor, sino la depresión que resulta de la esterilidad interior y de la improductividad.

José Ángel Moreno

Economistas sin Fronteras, ecosfron.org

JOSÉ LUIS SAMPEDRO: EL VIAJE INTELECTUAL DE UN DISIDENTE¹

En abril de este año se ha cumplido el tercer aniversario del fallecimiento de José Luis Sampedro: un economista imprescindible, pero —aunque a algunos nos parezca no poco lastimoso— considerablemente olvidado por los economistas españoles. Y sin embargo, pocos economistas (si es que alguno) han alcanzado mayor celebridad en nuestro país entre el gran público. Quizás parezca paradójico, pero resulta explicable. Tanto su obra como él mismo fueron, desde hace mucho (aceleradamente desde finales de la década de 1970) alejándose de los cauces convencionales de la Economía oficial y acercándose crecientemente a la realidad de la gente normal. Al tiempo que se fortalecían su vertiente y su pasión literarias, Sampedro iba dejando poco a poco de ser un brillante economista académico, para convertirse ante todo en un pensador libre, multifacético y con un discurso progresivamente menos técnico. Un humanista de apabullante cultura y sin pelos en la lengua que cada día quería ejercer menos de economista profesional, para oficiar en las funciones que verdaderamente le interesaban: de fascinante ensayista, de divulgador subyugante, de arrebatador conferenciante de espacios alternativos (institutos, asociaciones de barrio, centros culturales...). Ahí estribó la clave de su éxito popular: en ser para mucha gente un espécimen poco común; un prestigioso catedrático de Economía que hablaba —y maravillosamente— no sólo de economía, sino de muchas otras cuestiones; entre otras, de algo tan razonable como que lo económico no debería ser lo más importante de la vida. Y que además sabía hacerlo de forma extraordinariamente inteligible, sensata e

incluso divertida. Sin duda, un portentoso mago de la palabra y de la seducción.

Se trata de una trayectoria buscada con premeditación y constancia; asumiendo por ella un precio considerable, a sabiendas de que ese precio era el ineludible pago de quien aspira a vivir la vida que desea y a buscar las verdades que le acucian. El precio de un viaje intelectual y vital de quien se consideró siempre a sí mismo un disidente.

Un viaje que comenzó muy pronto, a finales de los años 40, en sus primeros pasos como profesor, cuando empezó a desconfiar de las hipótesis básicas en que se fundamenta la Teoría Económica convencional: lo que él llamó «los mitos de la teoría» (soberanía del consumidor, individualismo extremo y racionalidad económica absoluta de los agentes económicos, competencia perfecta...). Una desconfianza que fue convenciéndole paulatinamente de la inanidad de una pretendida ciencia social que obviaba de forma radical la determinante omnipresencia del elemento para él esencial en la actividad económica: las relaciones de poder.

Es esta desconfianza la que le condujo hacia una forma diferente de observar, analizar y comprender la realidad económica. Una perspectiva innovadora que se materializó en su teorización del análisis estructural, firmemente consolidada ya a finales de la década de 1950 (1958): la línea de reflexión que constituye la plasmación de su ruptura con la Ciencia Económica convencional y, sin duda, su mayor aportación metodológica, que culmina en un manual que ha sido para muchas generaciones de aprendices de economistas de este país la refrescante ventana que

1. Publicado inicialmente en *Ágora* (18/4/2016). Versión reducida del artículo «De la Economía a la Metaeconomía: el viaje de un disidente», en *Recordando a José Luis Sampedro, Dossieres EsF*, n.º 21, primavera de 2016 (<http://ecosfron.org/ecosfron/wp-content/uploads/Dossieres-EsF-21-Recordando-a-José-Luis-Sampedro.pdf>). Los años mencionados entre paréntesis remiten a las obras mencionadas al final del artículo.

permitía intuir que había otra forma de entender la economía (1969).

Se trata de una visión que aplicaría Sampedro a diferentes ámbitos de la realidad, pero muy especialmente al estudio del desarrollo y del subdesarrollo: el campo en el que se consolidaría prioritariamente el alejamiento de Sampedro del simple oficio de economista (1972).

Primero, porque advierte la importancia nuclear de los factores sociales y políticos en el mantenimiento y aún en la generación del subdesarrollo, cada vez más claramente percibido por él como un subproducto inevitable del modelo de desarrollo dominante, que tiene su raíz en la dependencia estructural de los países pobres.

Pero también porque llega a la conclusión de que para comprender el subdesarrollo no basta con incorporar sólo variables sociales y políticas. Sin minusvalorarlas, pensaba que el problema tiene raíces más hondas, que remiten al propio concepto de desarrollo y al modelo de desarrollo dominante. Porque es ese mismo modelo el que genera inevitablemente subdesarrollo, y no sólo en los países pobres. En éstos produce subdesarrollo material, porque es un modelo indefectiblemente desigual. Pero también en los países formalmente «desarrollados» el desarrollo genera subdesarrollo: un subdesarrollo de otro tipo, eminentemente cultural, que deriva del sesgo brutalmente material que le caracteriza. Porque es un desarrollo que sólo aspira al crecimiento económico y que, en esa medida, prioriza desequilibradamente la vertiente económica, pero a costa de otras facetas esenciales, como la naturaleza y la dimensión interior.

Es esta percepción la que le induce a centrar crecientemente su atención en esta distorsión materialista del desarrollo y del propio sentido de la vida. Una distorsión producida por una civilización enferma, desequilibrada, que confunde trágicamente las finalidades esenciales de la vida, y a la que no es ajena la corriente principal de la Ciencia Económica, racionalizadora del crecimiento económico como finalidad absoluta y justificadora del olvido de que el verdadero desarrollo debe entenderse como un continuo perfeccionamiento del hombre, y no como un crecimiento material indefinido que sólo tiene como objetivo la multiplicación de mercancías.

De esta forma, el estilo de desarrollo dominante y el crecimiento económico en el que se basa han incrementado, sin duda, los niveles de bienestar material, pero de forma muy desigual y no mayoritariamente y, además y sobre todo, a costa de tres grandes empobrecimientos:

- En primer lugar, de los pueblos y colectivos más desfavorecidos, generando una desigualdad y una pobreza tendencialmente en aumento. Por eso, sostendrá, el subdesarrollo es un producto inevitable de nuestro modelo de desarrollo: una excrescencia ineludible que, en consecuencia, es ingenuo pensar que pueda superarse con más crecimiento, porque es precisamente el crecimiento el que la produce.
- En segundo lugar, de la naturaleza, provocando el deterioro progresivo del capital natural del planeta y la base en que se fundamenta la vida.
- Finalmente, el empobrecimiento también de la propia naturaleza humana, de su dimensión axiológica y espiritual.

Son empobrecimientos que comportan contradicciones y límites crecientes para el modelo de desarrollo: en primer lugar, conflictos sociales y políticos, que responden en última instancia a la desigualdad y a la pobreza que el modelo produce; por otra parte, límites estrictamente físicos; y también límites interiores, concretados en la tensión psíquica que producen el deterioro espiritual y moral y la falta de autonomía personal que cada día más acusadamente provoca el mercantilizado estilo de vida dominante.

Se trata de límites que comportan constricciones severas no sólo para el modelo de desarrollo dominante, sino para el crecimiento permanente, como viene advirtiendo el pensamiento ecologista. E incluso también —pensaba Sampedro— para el propio concepto de desarrollo y para la forma de vida en que el crecimiento se sustenta y que lo hace imprescindible. Por eso, creía, para superar esos límites haría falta un replanteamiento rotundo no sólo del modelo económico, sino también del modelo de vida: un cambio cultural y axiológico radical, un drástico cambio de valores, una forma diferente de pensar y de vivir: sin ella —pensaba— no podremos

ni encontrar solución para los graves problemas de nuestro mundo ni tampoco camino para la paz interior y para el desarrollo personal pleno.

Límites, en ese sentido, que constituyen las señales crecientemente nítidas de un agotamiento general del modo de vida actual: indicadores de lo que Sampedro consideraba una crisis histórica inapelable. Una crisis de civilización que inevitablemente obligará a repensar sobre bases diferentes el futuro de la humanidad.

En esa tarea de replanteamiento general, pensaba Sampedro que sería muy especialmente necesario combatir la que consideraba una de las patologías fundamentales de nuestra civilización: su carácter fáustico, ensoberbecido, su confianza ciega en el poder de la técnica, mientras rechaza cada vez más la sabiduría, su prioridad absoluta por *el tener* en perjuicio *del ser*, su obsesión angustiada con crecer, su olvido del sentido de los límites.

Por eso le parecía tan importante recuperar una virtud malsonante hoy por el uso torticero que de ella han hecho las élites políticas y económicas: la austeridad (es decir, la sobriedad, la frugalidad, la moderación, la mesura, la templanza...). Una virtud en su opinión imprescindible para la superación de la ansiedad personal obsesionada enfermizamente con consumir y tener cada día más, pero también de la no menos enfermiza ansiedad social por crecer económicamente de forma permanente. Así, pensaba que la austeridad debería convertirse en el eje de un nuevo modelo de desarrollo y de vida, que necesariamente debería ser más equilibrado a nivel internacional, más consciente de los límites naturales y más respetuoso de las necesidades interiores del ser humano y hacia el que sólo se podrá avanzar dedicando una atención preferente al frente cultural, porque es en él «...donde tiene que librarse la batalla para generalizar la toma de conciencia y la actitud de rechazo hacia el sistema» (1983). Todo en una dirección lúcidamente precursora de las teorías más recientes sobre desarrollo alternativo, postdesarrollo y decrecimiento, desde su convicción de la imposibilidad de un crecimiento material ilimitado en mundo físicamente limitado.

Pero Sampedro no era un ingenuo. Nunca olvidó que ese modelo de vida y ese modelo de desarrollo no se han consolidado en el vacío ni son el fruto de la casualidad histórica: son el producto de un sistema

social que los genera e incentiva inexorablemente. Es decir, producto del capitalismo. Ese sistema que «... contempla el mundo como un objeto explotable» (1982) y que es «el gran corruptor», porque todo lo convierte en mercancía.

En este sentido, las contradicciones y los límites del crecimiento, del modelo de desarrollo y del estilo de vida reflejan, para Sampedro, contradicciones y límites del propio sistema capitalista, porque es un sistema que necesita esa pulsión constante al crecimiento, sin el que no podría mantenerse el imprescindible crecimiento continuo del beneficio de los grandes poderes económicos que lo sustentan. Desde esa perspectiva, fue plenamente consciente de que esos poderes se opondrían siempre a cualquier cambio en la dirección que él propugnaba; y que, en esa medida, la transformación cultural que defendía era, también, un problema en buena medida político. En todo caso, nunca dejó de pensar en la prioridad del cambio cultural y en la necesidad de que el proyecto de cambio tuviese una base esencialmente pedagógica, sin la que la política pierde inevitablemente su potencial de cambio real.

Son éstas algunas de las cuestiones que fueron absorbiendo de forma creciente la atención de José Luis Sampedro en su madurez. Cuestiones que en buena medida trascienden a la economía y que ha dejado manifestamente de lado la vertiente dominante de la Ciencia Económica, que —pensaba— viene desempeñando cada vez más claramente una función legitimadora del orden dominante. Es esta dejación por la que Sampedro llegó a considerar que era necesario no sólo abordar la economía desde perspectivas diferentes, sino trascenderla.

A ello responde su planteamiento de los tres niveles de la Economía (1983): el técnico (esencialmente operativo, que trabaja con variables monetarias y en el corto plazo), el social (que introduce variables sociales y políticas) y el cultural (que se preocupa también por el mundo de los valores y las creencias). Son niveles interdependientes, que no se excluyen, pero a los que corresponden diferentes tipos de economistas (que denominó «economistas financieros», «economistas políticos» y «metaeconomistas»). Siempre, pensaba, hay que trabajar en los tres niveles: precisamente, buena parte de los errores principales de

la Economía dominante radican en intentar resolver problemas de los dos últimos niveles con los métodos e instrumentos del primero, obviando variables imprescindibles para entender cabalmente la naturaleza de los problemas de esos niveles. Pero el nivel cultural, creía Sampedro, resultaba particularmente imprescindible en momentos como los actuales de crisis integral (y también de valores). Momentos frente a los que se necesitan no sólo nuevos modelos de desarrollo y de economía, sino de cultura y de vida. Momentos, diría, en los que es necesario levantar «una construcción interpretativa del mundo» diferente a la dominante y en los que, por ello, se hace en primer lugar urgente una labor básica de «descolonización cultural» que permita superar las contradicciones y los límites de la civilización industrial (1982).

Naturalmente, ese tercer nivel es en el que Sampedro quiso situarse y hacia el que quiso avanzar a lo largo de ese dilatado viaje en que consistió su trayectoria intelectual y vital. El viaje que le llevó «del cultivo de la ciencia al anhelo de sabiduría» (1987). El viaje, en este sentido, desde el mundo de la Economía oficial y académica hasta el más etéreo y mucho menos retribuido mundo de la Metaeconomía: ese amplio mundo de quien, sin olvidarse de la economía, se preocupa por lo que está más allá de ella, por lo que la trasciende. Un mundo en el que inevitablemente se pierden posibilidades materiales y prestigio académico, en cuanto que quien quiera desenvolverse en él tiene que prescindir de la elegancia formal y del pretendido rigor de los otros niveles de la Economía.

Pero era ése el mundo que quería: su mundo. El único, pensaba, donde, aunque disminuya la precisión, se puede atisbar la raíz de los profundos problemas que aquejan a la humanidad en este tiempo nuestro de perturbaciones, transformaciones y desmoronamientos generales. Problemas, insistía, que no son sólo ni principalmente económicos y frente a los que no se puede encontrar remedio sólo en la limitada esfera de la economía.

Es éste el viaje que le fue alejando en buena medida de los economistas académicos y profesionales y el que, por ventura, le fue acercando a la gente normal. Un viaje para el que José Luis Sampedro utilizó en más de una ocasión una parábola que me parece la mejor forma de terminar este modesto recordatorio

de ese disidente sabio que ha sido mucho más que un economista ejemplar:

La incipiente teoría del economista disidente podría compararse a un viejo carromato ... arrastrado por un jamelgo... (y que) ha de pararse en un paso a nivel. Allí mismo, ante él, se detiene un lujoso tren con todos los perfeccionamientos técnicos... Desde sus ventanillas, famosos economistas incitan a su pobre colega a subir al vagón y ponerse a disfrutar de todas las ventajas para vivir e investigar... Pero el invitado mueve la cabeza y contesta:

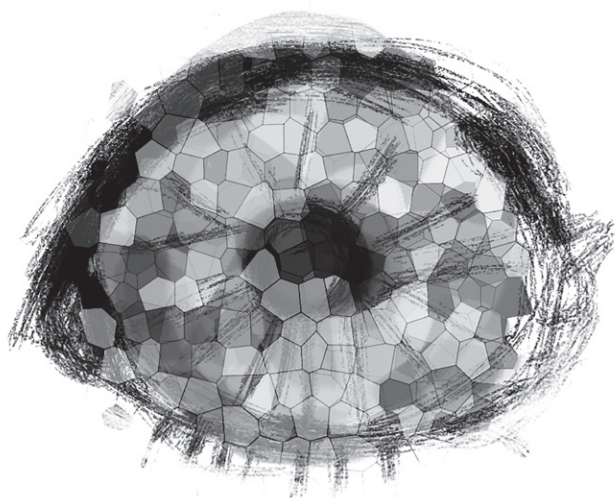
—No puedo acompañaros. Seguíis unos carriles que os llevan hacia el norte de vuestra vieja brújula y cada kilómetro adelante os acerca a chocar con vuestros límites. Yo, en cambio, camino hacia la vida del sur, hacia el nuevo desarrollo, y aunque vaya paso a paso, mis progresos resultan positivos. Iré despacio, pero en la buena dirección: en la del cambio histórico y el progreso hacia una cultura que no nos degrade, como la vuestra, que prefiere el desarrollo de las cosas al desarrollo del hombre mismo (1982).

REFERENCIAS

- Realidad económica y análisis estructural*, Aguilar, Madrid, 1958.
- Estructura Económica*, con R. Martínez Cortiña, Ariel, Barcelona, 1969.
- Conciencia del subdesarrollo*, Salvat, Barcelona, 1972.
- «El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial», *Desarrollo*, Madrid, 1982. Recogido en *Economía humanista*.
- «Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo», *El Trimestre Económico*, julio-septiembre, 1983. Recogido en *Economía humanista*.
- «Aprendizajes de un metaeconomista», en VV. AA., *Homenaje al profesor Sampedro. Ciclo de conferencias*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987.
- Economía humanista*, edición de C. Berzosa y O. Lucas, Debate, Madrid, 2009.

Sergio Barbero
Investigador del CSIC

LA MIRADA CALEIDOSCÓPICA DE LA CIENCIA Y EL ARTE



Ningún alma puede ver la Belleza a menos que ella misma sea bella¹.

La percepción de la belleza se posibilita a través de la experiencia sensible. Ahora bien, no surge con cualquier estímulo; lo inusual, lo extraordinario, genera más fascinación estética que lo rutinario. De ahí que el gozo estético conlleve, en no pocas ocasiones, un cierto sobrecogimiento ante algo desconocido o misterioso. No es, pues, extraño que algunos pensadores hayan considerado que la ciencia arruina el sentimiento estético, en la medida en que desvela la componente misteriosa que asociamos a lo bello. Así Henry David Thoreau se lamentaba: «Veo en el horizonte una nube carmesí desde una distancia de treinta kilómetros. Me decís que es una masa de vapor que absorbe todos los demás rayos y refleja el rojo, pero eso carece de importancia [...]. ¿Qué clase de ciencia enriquece la comprensión pero empobrece la imaginación?»². Esta queja rencorosa a la razón científica la expresó magistralmente el poeta inglés John Keats en un célebre poema: «Antes había un terrible arco iris en el cielo [...] La filosofía cortará las alas de los ángeles [...] destejerá un arco iris»³. Semejante talante antepone el arte a la ciencia, realzando la magnificencia de aquel a través de los vacíos de ésta; de manera que la contemplación estética permite asir la realidad que nos rodea mejor que la ciega razón científica: «si bien puedo, por medio de la ciencia, captar los fenómenos y enumerarlos no puedo *aprehender* el mundo»⁴.

El misterio es, pues, —según esta filosofía— requisito indispensable para la imaginación, la cual a su vez es imprescindible para el deleite de la belleza. Sin

1. Plotino. *Sobre la belleza*. El barquero, Palma de Mallorca, 2007, p. 53.

2. Citado en Arthur Zajonc. *Capturar la luz*, Atalanta, Girona, 2015, p. 164.

3. La metáfora de Keats ha sido tan influyente que uno de los libros de Richard Dawkins, afamado divulgador científico, se titula, precisamente, *Destejiendo el arco iris*.

4. Albert Camus. *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, 1985, p. 13.

embargo, ¿acaso es verdad que cuando la ciencia desvela el misterio queda dañada la imaginación? Ciertamente es que la ciencia, por un lado, achica las posibilidades de la realidad —en palabras de Jorge Wagensberg⁵: «una ley de la naturaleza es más bien una prohibición que una obligación»—, pero, por otro, ilumina dominios de la realidad previamente ocultos a la imaginación. Una mirada cordial a la relación entre ciencia y arte ve en los lugares que aquella descubre nuevos pigmentos para la composición artística. De este modo, mientras la poética sobre los fenómenos cercanos se hace más prosaica cuando éstos son explicados mediante leyes científicas, nuevas posibilidades brotan en otras escalas de la realidad; en lo micro —mundo descubierto por la microscopía— y en lo macro —el vasto universo alcanzado por la astronomía— remonta su vuelo la lírica.

Una actitud mucho más fructífera conlleva escudriñar, con ojos amables, los puntos de encuentro entre ciencia y arte. Si bien con una clara advertencia: evitar establecer supeditaciones erróneas⁶ o falsas dependencias; las conexiones que hubiere deberán ser cuidadosamente fundamentadas.

1. ASOMBRO Y METÁFORA

Pocas cosas emulan la belleza misteriosa del arco iris, lo cual explica su presencia en tantas mitologías. En la griega, según Homero, Iris fue engendrada por la unión de Taumas —el dios del asombro— con el profundo Océano⁷. El asombro acaece ante el misterio de lo desconocido, y de aquel aflora un impulso inagotable por acercarnos a éste, siquiera para rozarlo. De aquí que quizá el genuino *leitmotiv* del

añan de conocimiento, tanto estético como científico, provenga del asombro⁸. Richard Dawkins incide en esto: «Nuestra interpretación es distinta, pero nuestro estímulo es el mismo. El místico se contenta con soñarse en la maravilla y recrearse en un misterio que no estamos ‘destinados’ a comprender. El científico siente el mismo asombro, pero su inquietud le impide contentarse; reconoce que el misterio es profundo y luego añade: ‘pero estamos trabajando en ello’»⁹. Sin embargo, ciencia y arte comparten algo más que este estímulo común.

Volvamos a la Iris homérica: de lo bello emana el asombro. Lo bello, como mantenía Kant, si bien es subjetivo, no puede limitarse a lo particular sino aspirar a lo universal. Esto sólo es posible si parte de la naturaleza pero al mismo tiempo es cognoscible por el juicio subjetivo. La belleza requiere, metafóricamente hablando, de la teoría de la visión platónica, según la cual vemos gracias a la coalescencia de la luz del sol proveniente de los objetos (lo externo) con un fuego visual que emana de nosotros (lo interno). Esta misma idea la expresa Charles Blanc¹⁰: «Todo el germen de la belleza está en la naturaleza, pero sólo se muestra al espíritu del hombre que lo libera». También lo recordaba Thomas Mann —y antes Platón—: «la belleza es el camino del hombre sensible hacia el espíritu»¹¹. Ahora bien esa aprehensión de la belleza a través de la subjetividad ¿por qué medio se realiza?

Tanto la ciencia como el arte disponen de mecanismos diferenciados pero también comunes. Los comunes se asemejan en que representan la realidad de una manera diferente al «discurso ordinario que la describe»¹², siendo la metáfora uno de ellos. La

5. Jorge Wagensberg. *La Rebelión de las formas, o, Cómo perseverar cuando la incertidumbre aprieta*. Tusquets, Barcelona, 2004.

6. Thomas Emerson aseveraba: «el origen de toda ciencia se sitúa en la percepción poética». Citado en Arthur Zajonc, op. cit., p. 211.

7. «Esta capacidad de asombro es la señal del filósofo. En verdad la filosofía no tenía otro origen, y quien hizo de Iris la hija de Taumas era un buen genealogista» (Teeteto 155d, Platón)

8. «(...) la experiencia más bella que podemos tener es sentir el misterio. Es el origen de todo el arte y la ciencia auténticos», Albert Einstein, *Mi visión del mundo*. Tusquets Editores, Barcelona, 2013.

9. Richard Dawkins, *Destejiendo el arco iris: ciencia, ilusión, y el deseo de asombro*. Tusquets Editores, Barcelona, 2000.

10. Extraído de *Grammaire des arts du dessin* (1867) y citado por Martin Kemp, *La ciencia del arte: la óptica en el arte occidental de Brunelleschi a Seurat*, Akal Ediciones, Madrid, 2000, p. 274.

11. Thomas Mann. *Muerte en Venecia, El País*, Clásicos del siglo xx, Madrid, 2002, p. 87.

12. P. Ricœur. *Poética y simbólica*, citado por Tomás Domingo Moratalla, «La hermenéutica de la metáfora: de Ortega a Ricœur», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 2003.

metáfora es por sí misma bella, al decir de Ortega: «el objeto estético elemental, la célula bella»¹³. Ahora bien, tiene una doble dimensión y hay que «destacar con igual fuerza su elemento estético («fulguración deliciosa de belleza») como su elemento de investigación»¹⁴. La metáfora no sólo ayuda a visualizar lo abstracto a través de lo concreto; es también una vía creativa ya que facilita la búsqueda de conexiones entre entidades diferentes. En la ciencia Antonio F. Rañada lo ejemplifica con el descubrimiento de la ley de gravitación universal. Newton se sirvió de la metáfora de la luna como manzana; tal semejanza hizo plausible, en cuanto imaginable en la mente de Newton, que ambas, luna y manzana, debiesen ser atraídas por la Tierra¹⁵.

2. LA MIRADA CALEIDOSCÓPICA

Una premisa platónica anuda lo verdadero, lo bello y lo bueno en una tríada indisoluble. Difícilmente este presupuesto metafísico podría ser aceptado en el proceder científico actual, a pesar de que la ciencia sí necesite de principios filosóficos —esencialmente criterios de veracidad y procedimentales. Sin embargo esto no evita constatar un hecho histórico incuestionable. La creencia de que lo bello y lo verdadero van unidos ha servido de acicate creativo a lo largo de toda la historia de la ciencia; se indagaba en la naturaleza asumiendo que ésta es armoniosamente bella¹⁶. Y aún más, en muchas ocasiones —aunque

no siempre— ha sido un estímulo fértil, en el sentido de lograr un avance real del conocimiento científico.

Werner Heisenberg afirmaba: «La belleza de una obra científica es el resplandor de su verdad»¹⁷. Algunos de los grandes hombres de ciencia han seguido conscientemente este reflejo. Paul Dirac, uno de los padres de la física cuántica, estaba firmemente convencido de que la física que gobierna la naturaleza debía basarse en leyes matemáticas simples y bellas¹⁸, Johannes Kepler creía en un *Harmonices Mundi*... Parece sensato, pues, no condenar inflexiblemente tal creencia. Si, más allá del mero incentivo, la belleza fuese —siquiera en nuestro constructo subjetivo— reflejo de la verdad, indudablemente nos serviría de inestimable guía epistemológica. De aquí que la búsqueda de la belleza sea otra senda transitable tanto por el arte como por la ciencia.

El caleidoscopio fue inventado por el polímato escocés David Brewster. Este maravilloso ingenio de la óptica permite —mirando a través de un tubo y por medio de una adecuada disposición de espejos— observar la realidad circundante trocada en preciosos patrones simétricos. La etimología de la palabra es clarificadora, formada por tres vocablos: *kalós* (bello), *eîdos* (imagen) y *scopio* (instrumento de observación), de esta suerte el caleidoscopio no es sino un instrumento para ver imágenes embellecidas de la realidad. De la misma manera, ciencia y arte son herramientas culturales que nos permiten transformar la aparente caótica naturaleza que nos rodea en belleza.

13. Citado por Moratalla, *Ibid.*

14. Citado por Moratalla, *Ibid.*

15. Antonio F. Rañada. *Los muchos rostros de la ciencia*. Ediciones Nobel, Oviedo, 1995.

16. «La verdadera definición de la ciencia es la de que es el estudio de la belleza del mundo», Simone Weil, citada por Carmen Herrando, «Conocer: un ejercicio entre el esfuerzo y la gracia», *Acontecimiento*, 94, p. 62.

17. De forma similar Félix García Moriyón: «La belleza no es solo armonía, sino también expresión de la realidad o, como se mantiene en algunas propuestas estéticas, es el esplendor que acompaña a la verdad», en *Sobre la bondad humana*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.

18. «Es más importante en las ecuaciones que tengan belleza, que el ajustarse a los experimentos». Citado en Luis Racionero, *Leonardo da Vinci*. Ediciones Folio, L'Hospitalet, 2004. S. A.

Andrés Ortiz-Osés

Catedrático de Filosofía, Deusto-Bilbao y Zaragoza

MISERICORDIA Y PERSONALISMO



En la reunión del grupo Mounier en Zaragoza se ha planteado la teología de la misericordia del Papa Francisco y la filosofía propia del personalismo. En esta reflexión trato ambos temas de la misericordia franciscana y del personalismo cristiano comparativamente.

1. MISERICORDIA

Según Schopenhauer, la clave de la auténtica religión está en la compasión, tal y como la representa el budismo. Pero la compasión búdica es típicamente oriental, extática, mientras que la compasión cristiana es más occidental, dinámica, y se expresa por la misericordia. El Papa Francisco ha recogido la tradición cristiana dotándola de un fuerte componente perdonador: quién soy yo para juzgar, Dios es más grande que nuestros pecados, todo santo tiene su pasado y todo pecador su futuro, la caridad es incondicional...

La misericordia se enrolla así en la caridad incondicional e incondicionada, quintaesencia del cristianismo originario de Jesús. La misericordia es un amor básico, por cuanto se basa o fundamenta paradójicamente en el desfundamento de nuestra común miseria humana, de ahí la compasión como pasión o padecimiento mutuo, compartido no solo pasiva sino activamente. Por eso es necesario en este contexto el mutuo perdón, el perdón por lo hecho y lo no-hecho, por acción u omisión. Esta mutua misericordia es lo que funda la alegría del amor, el cual es una autoafirmación abierta al otro, la afirmación propia y ajena, la apertura radical.

Así que el amor de misericordia dice caridad, la cual obtiene un componente cuasi «matriarcal» de heteroafirmación o afirmación del otro. Como mostró Erich Fromm, el componente matricial del amor se caracteriza por su incondicionalidad, así pues por su positividad o positivación del negativo o negatividad de lo real. Se trata entonces de un amor asuntivo

o afirmativo, transustanciador o regenerador, recreador o reconversor (*metánoia*). Kierkegaard hablaba de trascender la inmanencia, de salto o abrimiento radical; nosotros hablamos más discretamente de la misericordia como asunción autocrítica de nuestra miseria a nivel personal e interpersonal.

2. PERSONALISMO

Decimos que la misericordia tiene un componente matriarcal-femenino, por cuanto es compasión junto al otro. Por su parte, la persona es el individuo no solipsista sino solidario o social, comunitario, por ello se define por su apertura o comunicabilidad. Ahora bien, esta comunicabilidad propia de la persona obtiene el contrapunto de la autonomía o autarquía, de modo que la persona es comunicable e incommunicable, extrovertida e introvertida, heteroafirmativa y autoafirmativa, abierta y propia. Por eso los clásicos hablan de la persona como comunicación de lo incommunicable o inefable, logos íntimo o interior, mismidad. Esta mismidad de la persona la hace «suya» (*sui ipsius, sui iuris*), y nadie puede usurpar su propia conciencia personal (ni siquiera el Papa, como ha dicho el propio Francisco).

La persona es entonces abierta y propia, matriarcal y patriarcal, *anima* y *animus*, como dice C. G. Jung. Digamos que el amor de caridad o misericordia es efusivo y refrenda sobre todo la igualdad, mientras que el amor personal es afectivo y refrenda la libertad. Hay así una cierta «dialéctica» entre la misericordia y la persona, entre la posición horizontal del amor y la posición vertical de la persona, una cierta tensión entre amor ajeno y amor propio.

No se trata de distingos escolásticos, sino del encuentro entre la igualdad compasiva y la libertad personal. Ambos, igualdad y libertad, constituyen la auténtica coexistencia democrática, en la cual debe realizarse la mutua corrección de la igualdad por la libertad, y de la libertad por la igualdad. Si prevalece la igualdad frente a la libertad, accedemos a una especie de populismo comunistoide; pero si prevalece la libertad frente a la igualdad asistimos a un neoliberalismo fascistoide. Hay que coafirmar pues la igualdad y la libertad, ya que todos somos iguales y diferentes a un tiempo. Es cierto que afirmar a la vez

la igualdad compasiva y la libertad personal es una contradicción, pero tenemos que encontrar el equilibrio democrático entre ambos extremos, equilibrio significado hoy simbólicamente por una democracia liberal de carácter social.

3. MISERICORDIA Y PERSONALISMO

Alguno ha interpretado la teología de la misericordia del Papa Francisco como populismo (y se señala la simpatía de Pablo Iglesias por el Pontífice), aunque en verdad se trata de una teología popular o teología del pueblo. En su significativo viaje a Cuba y Estados Unidos este Papa se ha distanciado tanto del viejo comunismo como del nuevo capitalismo neoliberal, propugnando una especie de personalismo o interpersonalismo compasivo, basado en la fraternidad de inspiración cristiana. Pero esta fraternidad es precisamente la hermandad de igualdad y libertad, o sea, de política social y espíritu libre.

Al respecto la figura de E. Mounier recobra sentido actual. Este filósofo cristiano predica y practica a la vez lo matriarcal y lo patriarcal, la apertura cuasi femenina y la autoafirmación cuasi viril. La persona es ex/sistencia o salida al otro, empatía, pero también alma o espíritu, libertad. Por eso precisamente critica en la Iglesia tradicional su «castratismo», que ha reprimido el deseo humano en lugar de trasfigurarlo y espiritualizarlo, como Francisco de Asís. El afrontamiento cristiano de Mounier no es un enfrentamiento frente al otro, pero tampoco una regresión o ensimismamiento cavernario.

A partir de viejos textos de la patrística, Hugo Rahner redefinió a la Iglesia como «Luna patiens», luna compasiva que recibe la luz no de sí misma sino del Sol (Cristo). El peligro está en quedarse alucinada/alunizada dentro de la caverna lunar (platónica), sin salir a la luz del sol, al aire libre, al mundo del hombre en el que se encarna la divinidad cristiana. Pues si desde las catacumbas de la Iglesia el mundo aparece en crisis, desde el mundo es la Iglesia la que aparece en crisis. Pero está en crisis la Iglesia y el mundo, como siempre, de ahí la perentoria necesidad de la mutua compasión, perdón y misericordia: crítica.

4. MISERICORDIA CRÍTICA

El Cristo de la misericordia comparece en el Evangelio compadeciéndose de la gente, según la atinada versión de la Vulgata: *misereor super turbas* (Marcos, 8,2). Jesús aparece conmovido y turbado por la turba que le sigue, y que lleva tres días sin comer. La misericordia evangélica es aquí compasión activa, pero también crítica o discernidora. En efecto, Jesús se compadece de los que padecen y no de los impasibles, tiene misericordia de la gente y su miseria, y no del inmisericorde, así como perdona al pecador y no al que se autojustifica.

La misericordia evangélica se compadece del que padece y es crítica con el inmisericorde. Se trata de una misericordia crítica o discernidora, la cual no destruye la naturaleza de la justicia (humana), sino que la perfecciona. Podemos afirmar con san Pablo que la justicia es propia de la ley que procede del Antiguo Testamento, y se asienta en el Estado de derecho. Pero en medio de ella, la Iglesia cristiana representa la gracia y la misericordia, siquiera crítica y no acrítica. Por eso Jesús se compadece de la gente que padece, pero critica a los fariseos por meros leguleyos.

El Papa Francisco ha asumido la tradición cristiana de la misericordia crítica, cuando se apiada de la debilidad del débil y critica el poder del fuerte o poderoso. La clave está en que amar consiste en potenciar la impotencia y depotenciar el poder, así pues en abajar el poder y elevar al impotente, como

dice el Magnificat. O, como lo expresa el filósofo germano-coreano B. C. Han, amar es ser capaz de no ser capaz, o sea, de abajarse al otro. Por eso la misericordia del Papa franciscano no es populista sino encarnatoria, y no pertenece a la casuística jesuítica sino al personalismo cristiano frente al impersonalismo pagano. Pues la persona no es una mera máscara, sino un rostro personal.

5. EL CRISTO COMPASIVO

El Cristo del Juicio Final de Miguel Ángel simboliza espléndidamente el amor de misericordia, compasión y perdón de Jesús en el Evangelio. En efecto, este Cristo que se dispone a enjuiciar y condenar, he aquí que detiene su gesto judicial, el cual queda contenido ante la visión a su izquierda del joven rubiáceo: el cual representa al discípulo amado y evangelista del amor, el apóstol Juan. Ahora el Cristo ya no juzga sino por amor, que es la clave de la gracia en el cristianismo. Pero el amor no es la verdad pura, purista o puritana, sino la verdad-sentido, el sentido encarnado o humanado, la entraña misericordiosa del cristianismo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Sobre la interpretación del Cristo del Juicio Final, puede verse mi versión en la red «El Cristo de Miguel Ángel», Religión Digital, Blog-Fratria.

Emily Corona
Periodista

EMPODERAN INGRESOS A MUJERES DE LA SIERRA GORDA¹



Cuando María Aguas le dijo que mejor no, que no quería estar con él, le reviró con un ultimátum: «si no te casas conmigo te mato». Él tenía 40 años y era ya un señor envidado. Ella tenía 14 y buscaba salir de la pobreza extrema.

Han pasado cuatro décadas desde aquel recuerdo que María comparte ahora como si nada, sentada frente a la barra de su fonda de comida a orillas de la carretera. Con su coqueto gorrito blanco, chaleco azul marino y sonrisa dispuesta, Doña Mary —como la conocen hoy en día— tiene toda la pinta de la bisabuela alegre y orgullosa que dice ser.

Era de esos hombres de antes, de «te voy a decir y lo vas a cumplir»; ahora ya no hay de esos. No, sí, de veras que los hombres antes sí humillaban bien a la esposa, la golpeaban.

En un contexto cultural de machismo y extrema pobreza en Querétaro, el Grupo Ecológico Sierra Gorda está ayudando a que las mujeres de la región encuentren su voz a través de la gestión de proyectos productivos.

«Eso sí se lo agradecí a él, que no me golpeó, no me pegó. Andaba yo con él en el pueblo siguiéndolo para que él comprara las cosas, yo no sabía comprar», —recuerda en entrevista Doña Mary, quien ahora

1. Reportaje publicado originalmente en *Conecto.mx*, iniciativa de la sociedad civil de México que da voz a los productores, distribuidores y consumidores de productos sustentables que operan bajo esquemas de comercio justo.

asevera que para salir del sufrimiento hay que trabajar, por lo que se levanta todos los días a las 5:00h de la mañana para preparar los guisos que vende en su fonda a orillas de la carretera federal San Juan del Río-Xilitla.

Lamentablemente, las memorias ya superadas por la madre de ocho siguen siendo la realidad para muchas de las mujeres que habitan los municipios de la Sierra Gorda de Querétaro, en donde permanece la mentalidad de que la mujer no debe salir de su casa y mucho menos debe trabajar, de acuerdo con los testimonios que Conecto.mx recabó de las habitantes en una visita a los montes y llanos de la Sierra.

Son municipios donde aún es común encontrar a mujeres con más de ocho hijos, como era la tendencia demográfica en el estado hace 45 años.

Siguen siendo las mujeres quienes mayor rezago enfrentan en términos educativos, si bien es cierto que el índice de personas que no saben leer ni escribir disminuyó entre 1960 y 2005 y que la brecha entre ambos sexos es cada vez menor, de acuerdo al Instituto Queretano de la Mujer (IQM).

En Pinal de Amoles, uno de los cinco municipios que conforman la Reserva de la Biosfera Sierra Gorda, en 2005 el 23,4 por ciento de las mujeres de 15 años y más era analfabeta, contra el 18,5% de su contraparte masculina. En contraste, en la capital de Querétaro sólo el 3 por ciento de los hombres de 15 años y más era analfabeta, contra el 5,5% en el caso de su contraparte femenina, según la información censal referida por el IQM. A nivel estatal, el promedio de analfabetismo en los hombres fue del 6,3% y en las mujeres del 10%.

En ese contexto, el Grupo Ecológico Sierra Gorda, con 29 años de trabajo en la región, ha buscado empoderar a las mujeres al potencializar sus capacidades a través de la gestión de proyectos productivos, en un contexto en el que hasta hace poco, las opciones para obtener ingresos estaban limitadas a la agricultura y ganadería tradicional, la tala, la caza y la emigración a Estados Unidos o a las grandes ciudades.

Esta es la historia de algunas de estas mujeres, acompañada por las reflexiones de sus retos y aprendizajes.



Poco a poco
nos hemos
ido valorando
más como
mujeres

Rosalba Ponce
Sierra Gorda, Querétaro

©FluidoEccari / Conecto.mx

ROSALBA PONCE

TALLER DE BORDADOS CON MOTIVOS DE LA NATURALEZA

«Poco a poco nos hemos ido valorando más como mujeres». Para Rosalba Ponce, de la comunidad *La Colgada* en el municipio de Pinal de Amoles, sólo existe un tipo de hombre: el machista. Así lo asegura la joven de 23 años, su mirada clavada en la lente de la cámara, su voz firme y sin titubeos, cuando se le pregunta si la participación de las mujeres en el Taller de Bordados ha tenido alguna repercusión en la dinámica con sus parejas.

«Ha sido lo que le sigue de difícil. Los esposos de algunas de las mujeres son como todo hombre, machista. Dicen 'yo te mantengo y tú te quedas en la cocina; si yo te doy dinero ¿a qué vas? Lo que quieres es andar en la calle, porque yo te doy dinero; el lugar de las mujeres es en la cocina'. Ha sido difícilísimo, luchas contra gente machista y contra una misma», explica Rosalba, quien habla tanto por sus compañeras como por ella misma.

El Taller de Bordados existe desde 2004 y actualmente cuenta con 30 socias. Empezó como un concurso para las comunidades de la región en el que *La Colgada* obtuvo el primer lugar. Al inicio trabajaban en espacios públicos como tiendas, en la iglesia o en las escuelas, hasta que eventualmente con ayuda de algunas instituciones construyeron unas instalaciones propias para el taller. Ahí se reúnen para convivir y compartir sus bordados, donde plasman la naturaleza que



Yo saqué
seis hijos
adelante
sola, sola

María Soledad Velázquez
Sierra Gorda, Querétaro

eFulvioEccardi / Conecto.mx

MARÍA SOLEDAD VELÁZQUEZ

FONDA DOÑA CHOLE

los rodea: pájaros como el colibrí, el trogón o capulíneo; flores como las margaritas, cactáceas como el cardón o árboles como el encino, por mencionar algunos.

Las mujeres que lo operan son dueñas de la microempresa, por lo que el dinero de cada compra llega directo a sus bolsillos. «Sí, es poquito lo que gano pero aquí no hay trabajo y a veces con mi sueldo sacamos la semana o el mes, y a veces sí, cuando él no va a trabajar, aunque sea poquito salimos adelante», cuenta Rosalba quien inmediatamente después confiesa que poco a poco le está enseñando a su marido que él debe de valorarla como persona y mujer.

El taller, además de ser un negocio que mejora la calidad de vida y autoestima de sus integrantes, es un proyecto que incrementa la sensibilidad sobre la diversidad de flora y fauna de los alrededores, tarea importante cuando se toma en cuenta que la Sierra Gorda es un área natural protegida que alberga especies en peligro de extinción, como el jaguar y la guacamaya verde.

«Somos operación hormiga porque cada quien hace su trabajo. Algunas cortan, luego pintan, de ahí del pintado se va quien pone hilos, de poner hilos cada quien borda lo que pueda, de ahí ya que se entrega se plancha, se empaca y ya se saca a las tiendas, ferias o a las casas de artesanía», describe Rosalba, quien presume que sus productos han llegado a España y a las manos de la esposa del ex Gobernador.

«Le tenemos que apostar al turismo». Mientras agrega dos tazas de café al agua hirviendo, María Soledad Velázquez o doña Chole sentencia: el único futuro viable para la Sierra Gorda de Querétaro es el turismo. «Aquí le tenemos que apostar al turismo. No tenemos fábricas, no tenemos empresas, no tenemos nada de dónde la gente se mantenga», explica doña Chole, quien se ve beneficiada directamente cada vez que un comensal aterriza a comer en su fonda a orillas de la carretera federal 69.

Aunque tiene más de 35 años en el negocio de la comida, desde hace 5 forma parte de la Ruta del Sabor, una red de micro empresarias locales apoyadas por el Grupo Ecológico Sierra Gorda y donde se promueve la derrama económica con responsabilidad social y ambiental. Doña Chole sacó a sus seis hijos adelante sola, cuenta. Lo hizo con la ayuda del negocio de la fonda y a pesar de su ex marido, de quien prácticamente no recibían ayuda.

«Yo no estudié hija. Yo llegué a cuarto año de primaria, a tercero porque no terminé cuarto. Mis hijos ya están grandes, tengo dos arquitectos, y tengo dos hijas, una es contadora, otra es auxiliar de contabilidad. Los otros dos no quisieron estudiar hija, pero son muy buenos trabajadores. Uno tiene una herrería, el otro se va a Estados Unidos, todos me salieron bien trabajadores».



GRACIELA VEGA HERNÁNDEZ

CABAÑAS CUATRO PALOS

«Lloviera o no lloviera aquí andábamos trabajando». El rostro de Graciela Vega Hernández se inunda de tristeza cuando se le pregunta sobre su vida personal. «Hubo ocasiones en que sí me pegó [mi esposo]. Vaya, le aguanté 6 años con maltrato, no le gustaba que platicara con nadie, por ejemplo ahorita que me encuentro con usted, que platicara le molestaba, no sé en qué le molestaba», relata Graciela mientras mira hacia un lado. A su marido no le gustaba que ella se arreglara, que planificara su embarazo, ni que saliera a la tienda o a casa de sus papás.

«A veces salía bien embarazada y le decía '¿quién se va a andar fijando en mí, ya estando embarazada y contigo?', pero no le caía». Pero pese a todo, la vida sigue y en este momento Graciela forma parte del grupo de mujeres que administra y es dueña de las cabañas Cuatro Palos.

Ubicadas sobre uno de los puntos de encuentro más extraordinarios de la Sierra Gorda, siete mujeres moldearon con sus propias manos las cabañas recurriendo a la bioconstrucción con barro, una técnica de edificación realizada con materiales de bajo impacto ambien-

tal y que son extraídos mediante procesos sencillos y de bajo costo.

Frente a las cabañas se extiende una espectacular vista del Cerro de la Media Luna, donde se puede percibir la transición entre el ecosistema de bosques templados en las partes altas de la sierra y los áridos matorrales xerófilos del semidesierto.

Graciela es secretaria del comité organizador, por lo que ahora su hija de 10 años atestigua cómo su madre, ahora separada, entra y sale de la casa para ir a dejarle comida a los turistas de las cabañas.

Isidra y M.^a Flora, presidenta y tesorera del grupo, respectivamente, se ríen al pensar en que sus parejas pudieran meter mano a su negocio y dejan claro que las cabañas y sus dividendos pertenecen al grupo de siete mujeres y a nadie más.

«Antes sí, me decía que ya entregara, que ya no quería que estuviera aquí. Pero no, ¡tanto que me costó hacer las cabañas! y luego dejarlas para otra gente, pues no. Nosotras ahí, lloviera o no lloviera aquí andábamos trabajando en el lodo. Yo no me salgo», dice M.^a Flora soltando una risotada.



El desierto fértil

J. L. Vázquez Borau.
Desclee de Brouwer, Bilbao,
2015. 127 págs

Lo primero que evoca el título del presente libro es la descripción de un «lugar» donde el hombre vive desorientado, en el cual ha de hacer su camino con no pocos obstáculos... De hecho, la imagen del «desierto» como lugar inhóspito y peligroso, pero que invita al recogimiento y a la reflexión aparece en distintos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento: Moisés en el Sinaí, José al ser abandonado por sus hermanos, Jesús frente a las tentaciones o en la montaña del Tabor... *como si el desierto fuera el lugar donde se escucha la «voz de Dios» en la conciencia humana sin interferencias*, la luz del amor en la penumbra, la destrucción de las cadenas de la injusticia.

En el libro de José Luis Vázquez *el «desierto» es,*

pues, el espacio interior de nuestro ser, lugar de percepción del florecimiento de la belleza, de la verdad y del bien (*Pulchrum, Verum et Bonum*, tres de los transcendentales de la tradición filosófica escolástica); de manera que la *imagen iconográfica del «desierto» indica la experiencia religiosa en profundidad del ser humano, como sentimiento iluminado por el Amor supremo* o radical espíritu de acogida que nos supera y hace superarnos al sentirnos habitados por el Otro dentro de nuestro ser.

La aportación del libro en el ámbito ético es relevante. Tres cuestiones, de las muchas que ofrece, son éstas: *la no violencia, el sentido del perdón y la paz*. Si la violencia es la «verdad» de la fuerza y el control de los demás, la *no violencia se sitúa en un nivel diferente de humildad* o espíritu de pobreza-donación y de misericordia (piedad ante el débil, ante la «criatura»); o, dicho de otro

modo, si la violencia es reacción a una supuesta agresión que obedece, pues, al miedo y que es «promesa» de odio, *la no violencia es serenidad, justicia generosa y donadora*, empuje acogedor colectivo y pacífico (Gandhi).

El autor explica muy bien cómo el sentido del perdón que aporta el cristianismo es una clara superación de la idea de justicia vinculada a la reacción violenta o justicia «retributiva» (Ley del Talión). Así, el perdón va íntimamente vinculado a la *fraternidad* o diversidad consentida y compartida, y que acaso podríamos definir también como la *sensibilidad por la dignidad del otro*, siendo la dignidad la creencia imprescindible atribuida al «cada uno personal» en el espíritu comunitario alejado del resentimiento.

En cuanto a la paz, no se trata de la mera suspensión de hostilidades; sino de la *prolongación de la fraternidad, del perdón y de la humildad-donación...*; en suma, de la superación de la soberbia. Sin «paz»

como forma de vida, ésta *se empobrece y disminuye para poder amar* en un mundo demasiado ocupado por el «nerviosismo circundante» (p. 125). Afrontar este mundo y al hombre que lo construye y que se hunde en él es, sin duda, el enorme reto del testimonio que nos presenta el «*desierto fértil*».

En síntesis, la propuesta de la sensibilidad cristiana del libro es éste: *Vivir el Amor en su plenitud, lo que implica una transformación interior personal*, o, como nos dice el autor, «vivir en una actitud contemplativa» (p. 79), o experiencia de la presencia de Dios en mí. Tal como proclama José Luis Vázquez: «Quien vive en el Amor, siente que nace en su persona una fuerza que no es la fuerza que se tiene, sino la fuerza sobre la que se apoya todo nuestro ser, el Amor, que hace que desaparezca el miedo y que inspira confianza...» (p. 127).

Albert Llorca

Mi lucha contra Hitler

Dietrich von Hildebrand.
Rialp. Madrid, 2016. 440 páginas.

De Dietrich von Hildebrand son conocidos entre nosotros sus propuestas éticas personalistas y su pensamiento sobre la moral y los valores. Su hondura y gran sensibilidad al abordar los temas morales le condujo a abordar como nadie lo había hecho hasta entonces la cuestión de la ceguera a los valores, algo que viene a explicar muchas de las actitudes sociales y personales de nuestro mundo. Pero el autor fue también en su tiempo uno de los principales enemigos de Hitler, si no el peor de todos, aunque parezca sorprendente este dato. El embajador ale-

mán austriaco ante Hitler le describió como el «arquitecto de la resistencia intelectual». Y es precisamente este aspecto del libro el que más llama la atención del lector que desconoce esta faceta importante del autor. La obra que presentamos es un texto autobiográfico en el que aparecen dos partes bien diferenciadas: un compendio de las memorias de Von Hildebrand en la parte primera, y una segunda parte con una serie de escritos que apuntan directo a desenmascarar la ideología nazi. La primera parte contiene retazos de sus diarios de entre 1921 y 1938, momento éste en el que von Hildebrand se vio obligado a huir de Viena (a Viena había llegado tras ser expulsado de la Universidad de Munich,

donde había enseñado durante catorce años). Sorprende ver la claridad con la que el filósofo captó desde el primer momento el mal que era el nazismo. No tuvo duda ninguna sobre esta ideología de masas, destructora de la persona, ni sobre la perversidad del nacionalismo en cualquiera de sus acepciones. Ya en 1932 pronunciaba estas palabras al respecto, que no son más que un botón de muestra: «la deificación del Estado es un antiguo error —que se remonta a Esparta—, mientras que el nacionalismo es un producto de la era moderna, y, sobre todo, obra de la Revolución francesa. Los dos se basan en peligros clásicos de la naturaleza humana. El racismo, por el contrario, es una teoría com-

pletamente estúpida, descabellada y artificial sin ninguna base orgánica en la naturaleza humana» (pp. 69-70). Los textos de la segunda parte son artículos y textos de distinto origen sobre el mismo tema, donde el lector encontrará un pensamiento claro y contundente sobre los riesgos de someterse a la masificación o al adormecimiento que genera lo social, sobre todo cuando el pensamiento y la profundidad están ausentes. Toda la obra está llena de una gran esperanza en Dios, algo que llamará la atención del lector de hoy, pues von Hildebrand logra comunicar ese fondo de esperanza, tan edificante y necesario en tiempos de desconcierto como los nuestros.

Carmen Herrando



Del conflicto a la comunión

Conmemoración Conjunta Luterano-Católica Romana de la Reforma en el 2017. Informe de la Comisión Luterano-Católica Romana sobre la Unidad Santander. Editorial Sal Terrae, 2013. 119 páginas.

En el año 2017 se cumplen los 500 años del comienzo de la Reforma luterana (publicación por Lutero de las 95 tesis de Wittenberg el 31 de octubre de 1517). Las anteriores conmemoraciones centenarias fueron ocasión para reafirmar y celebrar la ruptura con Roma por los protestantes, o para renovar las acusaciones contra ellos por dividir a la Iglesia. La de 2017 presenta una gran novedad, que se recoge en este documento de 245 puntos, fruto del diálogo entre la Federación Luterana Mundial y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, por parte católica: «es la primera conmemoración que tiene lugar en una época ecuménica» y, por tanto, con una nueva disposición cristiana que la contempla como «una oportunidad para profundizar la comunión» (4).

El peso de un pasado conflictivo se revisa en dos capítulos, II y III (16-90), constatando los malentendidos, las actitudes que no favorecieron el diálogo, las sensibilidades enfrentadas, los intereses ajenos a la religión y otros aspectos que dieron lugar a la ruptura. Predomina la voluntad de comprensión mutua entre luteranos y católicos, acorde con la inspiración de Juan XXIII, que veía que «las cosas que nos unen son más que las que nos dividen». Esta mirada benevolente no ignora los pecados de la época, por los cuales luteranos y católi-

cos admiten la necesidad de pedir perdón, sino la posibilidad de una valoración más objetiva y justa de los hechos y las personas que los protagonizaron, lo que ha llevado, por ejemplo, a corregir la imagen católica de Lutero y a reconocer la parte de razón que le asistía (30). Se valora la voluntad de reforma en sentido evangélico y no como deseo de ruptura y de creación de otra Iglesia. Así, se nos dice que «Lutero no tenía intención de establecer una nueva iglesia» (59) y que hubo intentos tempranos de mantener la unidad de la Iglesia que fracasaron, de modo que se mantuvo la distancia hasta que el Concilio Vaticano II reconoció «que los católicos se encuentran en una comunión real, aunque imperfecta, con todos cuantos confiesan a Jesucristo y son bautizados (UR 2)» (N. 90).

Más allá de una mejor comprensión histórica, el núcleo fundamental del documento es de carácter teológico y se concentra en el capítulo IV, titulado «Temas fundamentales de la teología de Lutero a la luz de los diálogos luterano-católico romanos», que ocupa la mitad de la extensión (pp. 51-99; números 91-218). Se tratan aquí las controversias doctrinales que constituyen aún las más serias dificultades para una convergencia plena, son «cuatro temas de la teología de Lutero: la justificación, la eucaristía, el ministerio, y la Escritura y la tradición» (94). Son las páginas teológicamente más densas y decisivas, puesto que sintetizan décadas de diálogos ecuménicos, con avances y dificultades que persisten, aunque la situación actual es una llamada hacia la comunión plena.

Simplificando mucho, digamos que hay grandes avan-

ces en dos temas: el primero y el cuarto. **La justificación (102-139):** el documento remite los importantes acuerdos Católico-Luteranos de 1999 (*Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación*), cuya redacción «ofrece un consenso diferenciado compuesto por afirmaciones comunes, junto a acentos diferentes de cada lado, con la pretensión de que estas diferencias no invaliden los acuerdos en común». En cuanto a **Escritura y tradición (195-215):** sobre la cuestión de la autoridad en la Iglesia, se reconoce que Lutero no prescindió de la tradición, pero para él lo decisivo era si la autoridad «oscurece la Escritura o si hace valer su mensaje y lo hace relevante en un contexto particular» (200). No es hasta el Concilio Vaticano II cuando se afirma «por primera vez que el magisterio de la iglesia “no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve”» (203). El diálogo ecuménico desde entonces es un camino de concordia y esperanza en esta materia: «en relación con la Escritura y la tradición, los luteranos y los católicos se encuentran en tan amplio acuerdo que sus diferentes énfasis no requieren en sí mismos mantener la división presente de las iglesias. En esta área hay unidad en una diversidad reconciliada» (210).

Más problemáticos son los temas sacramentales y eclesiológicos. **La Eucaristía (140-161):** la sospecha católica sobre la afirmación plena de la presencia real de Cristo por parte de Lutero ha sido superada (149). Las diferencias que persisten son debidas, en gran parte, a que «tanto católicos como luteranos aún entienden de manera diferente el oficio del ministerio» (161). **El ministerio (161-194):** se

reconoce que «durante más de 150 años, uno de los debates en la teología luterana ha versado acerca de si el ministerio ordenado depende de una institución divina o de una delegación humana» (166), a pesar de que Lutero afirmara que era de institución divina. Por eso en el diálogo ecuménico «una de las preguntas pendientes es si la Iglesia Católica puede reconocer el ministerio de las iglesias luteranas» (176). Los luteranos aducen que «la ordenación de pastores por pastores en el tiempo de la Reforma debería ser considerada con referencia a las condiciones de ese período» (193). Las diferencias son serias, pero la mejor comprensión de la apostolicidad de la Iglesia abre vías de avance.

Es la esperanza de una plena comunión lo que ha llevado a convocar una conmemoración conjunta, pues «católicos y luteranos luchan de cara a su división por la total catolicidad de la iglesia. Esta lucha tiene dos lados: el reconocimiento de lo que es común y les une, y el reconocimiento de lo que les divide. Lo primero es razón para gratitud y alegría; lo segundo es motivo de dolor y lamento» (223). Se trata de asumir la responsabilidad por una herencia de conflicto para superarlo. En 2017 los luteranos «no estarán, por lo tanto, celebrando la división de la Iglesia de Occidente. Nadie que sea teológicamente responsable puede celebrar la división de los cristianos entre sí» (224). Más bien será ocasión de «Alegría compartida en el evangelio», de examen de conciencia histórico y una invitación a la confesión de los pecados contra la unidad, en un clima de «Oración por la unidad» (230).

Manuel Portillo González

■ Análisis



Miré
los muros
de la patria,
mía...

PRESENTACIÓN

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN
Miembro del Instituto E. Mounier

De todos es sabido que llevamos tiempo en este país con una cierta conciencia de que tenemos problemas serios que van más allá de los que se derivan de la situación económica, que ha llegado a ser lamentable y sigue realmente sin recuperarse, desde luego no para todos.

Los barómetros de opinión vienen detectando un malestar sostenido de la ciudadanía que se manifiesta con claridad en algunos indicadores de especial interés. Por descontado, el problema más grave es el económico, con especial atención al paro. El resto de los problemas está ya algo más lejos, y solo parecen preocupar algo la corrupción y la sanidad.

Por otra parte, está claro que los partidos políticos y sus líderes reciben una valoración claramente negativa. Es raro que un político de cierta relevancia obtenga una valoración de 5; notable es el hecho de que el presidente de gobierno que ocupó el cargo en noviembre de 2011 sea uno de los peor valorados, a pesar de la amplia mayoría que obtuvo en aquellas votaciones; su valoración no pasa del 3 y en alguna ocasión llega a estar por debajo de 3. El anterior rey llegó a suspender, pero el nuevo parece haber subido y vuelve a acercarse al aprobado. Si nos fijamos en las instituciones; suspenden con menos de 3 los partidos y los políticos y les acompañan en valoración negativa los sindicatos, junto con banqueros y la Iglesia Católica (jerarquía, pues parroquias con 5 y Cáritas con casi un 7, salen bien parados).

Hace ahora 5 años estalló un movimiento popular que ocupó las plazas con personas procedentes de clases, edades y condiciones muy diferentes, unidas todas bajo un difuso, pero contundente, rechazo de la política española: «lo llaman democracia y

no lo es», «democracia real ya», eran dos de los lemas más oídos. Fue una reacción novedosa en el mundo occidental, precedida por las ocupaciones que se dieron en la llamada primavera árabe y seguidas por ocupaciones similares en Nueva York y muy recientemente en París. La insatisfacción con la democracia era patente, pero no era un abandono de la misma lo que se pedía, sino una radicalización en el sentido directo de la palabra: recuperar las raíces que definen y alimentan una sociedad que pretende ser democrática.

El problema no es sólo de España, sino que se manifiesta en todo el mundo y no parece perder fuerza, aunque sí está cambiando de orientación. Sigue habiendo una fuerte presión a favor de la recuperación de los mejores valores de la democracia, pero a la vista del estancamiento de los problemas que no acaban de resolverse y que en algún sentido se agravan, asistimos con cierta preocupación a una desafección respecto a la democracia que se traduce en la opción de los ciudadanos por partidos y líderes políticos con clara orientación autoritaria. La extrema derecha gana poder, votada por los ciudadanos, y estos se muestran cada vez más permisivos con medidas que poco a poco van debilitando derechos democráticos básicos, obsesionados con problemas de seguridad y con problemas económicos. Se percibe un fuerte crecimiento de la desigualdad y un incremento de la pobreza, con fenómenos crecientes de exclusión e incluso de expulsión del sistema de amplias capas de la población. El miedo a caer en el grupo de los excluidos alimenta ese giro hacia la ultraderecha y el populismo, convirtiendo a los inmigrantes en fácil chivo expiatorio contra el que cargar parte de la cólera.

Si volvemos a centrarnos en España, que vive el problema de manera propia, el fondo de la crisis es sin duda económico. El factor fundamental que confiere legitimidad a un gobierno y a un sistema es su capacidad de proporcionar bienestar a los ciudadanos, de garantizar sus condiciones materiales de existencia y la posibilidad de vivir en libertad en sentido pleno. Pues bien, en ambos aspectos nuestros sistemas están fallando; los logros conseguidos durante casi cuarenta años de pacto social, empezaron a ser cuestionados a finales de los setenta en el siglo pasado y entraron en franco deterioro a partir de la crisis de 2007. En España, el Estado de bienestar se inició muy tímidamente a finales de los sesenta, y se consolidó con cierta rapidez entre 1980 y el 2004, aunque los últimos años eran ya más un espejismo consumista que estalló en el 2008. Desde entonces, todo se sigue deteriorando y no se ve salida por el momento.

Al mismo tiempo se tiene una clara percepción de que el sistema, basado en partidos y elecciones, no cumple lo que se esperaba de él. No solo se trata de que estemos representados por unos líderes más bien mediocres que sólo en casos excepcionales obtienen más de un 5 en la calificación. Se trata, y esto es peor, de que ha crecido la conciencia de que nos gobiernan unas élites extractivas que han colaborado en expoliar la riqueza de la nación para distribuirla entre unas minorías, con las que se mezclan a través de puertas giratorias, que acaparan riqueza y la ocultan en paraísos fiscales, en Europa o fuera de Europa, alimentando en propio beneficio un capitalismo especulativo que produce más miseria que riqueza.

Las dimensiones del problema que, sin duda, no afecta a todas las personas que ocupan cargos

políticos, son muy grandes, hasta el punto de que podemos hablar de una corrupción sistémica que ha contagiado a muchos de los que, por su posición, tienen acceso a salarios y participaciones muy superiores a las que tienen el común de los mortales. Eso hace urgente una reforma de aspectos centrales de nuestras instituciones y de las reglas del juego que rigen su funcionamiento; una segunda transición para algunos o un nuevo pacto constitucional para otros. Pero sobre todo exige que se recupere el nervio moral que sustenta en última instancia las democracias. Los últimos cuatro o cinco meses permiten intuir que no tenemos ni políticos ni partidos capaces de liderar un proceso como el que necesitamos. Lo suyo sigue siendo conseguir cuotas de poder y garantizar puestos a sus miembros más cualificados. Los problemas reales de los ciudadanos los dejan para cuando tomen el poder, momento en el que muy posiblemente se dediquen a otras tareas.

La esperanza se mantiene por un lado al contemplar que la sociedad sigue funcionando sustancialmente bien a pesar de tanta incompetencia y que la gente sigue exigiendo tomarse la democracia en serio, sin ceder a derivas autoritarias con las que, gobiernos fuertes, podrían en el mejor de los casos conseguir mejoras espectaculares, pero muy transitorias, que podrían terminar provocando males mayores que los actuales. Experiencias históricas europeas, como las de los años veinte y treinta del pasado siglo deben ser tenidas muy presentes cuando intentamos ofrecer posibles alternativas. Y no debemos dejar de lado tampoco el ideal de bienestar y de realización personal, colonizado completamente por un individualismo asocial y consumista, desde el que existen pocas posibilidades de lograr una sociedad democrática. 

26J: EN BUSCA DEL ESPACIO PÚBLICO

VÍCTOR MANUEL PÉREZ MARTÍNEZ

Universidad San Jorge

Aristóteles indicaba que «la naturaleza arrastra pues instintivamente a todos los hombres a la asociación política»¹. Planteamiento que ayuda a comprender la necesidad de las personas por crear lugares para la política; los espacios públicos en los cuales la ciudadanía se acerca, o en la cual simplemente coincide, para escuchar los hechos que acontecen en su ciudad o aportar ideas que puedan resolver los asuntos comunes. Espacios públicos para reflexionar y manifestar opiniones en los cuales sencillamente nos topamos con las ideas de los otros siendo deseable que la palabra tome el protagonismo; recurso para el entendimiento y la confrontación de ideas desde el respeto al otro; al menos, es lo deseable. Ante las próximas elecciones generales en España del 26 de junio (26J), el espacio público está abierto para que la ciudadanía confronte sus ideas con la de los líderes políticos.

Sin embargo, actualmente, el escenario político español es de incertidumbre o de «falta de certidumbre», es decir: de certeza. Los representantes políticos carecieron de certeza al no cumplir con sus obligaciones después de las elecciones del 20 de diciembre de 2015 (20D): formar un gobierno y gobernar. La ciudadanía cumplió con su obligación: votar. Conocidos los resultados del 26J, ¿cumplirán con sus obligaciones? Con la maquinaria electoral activada, el discurso político se transforma en consignas, ataques, líneas rojas y en el retorno de la idea del político transformado en superhéroe: el espectáculo de la política está servido.

En este contexto se espera que la ciudadanía asuma nuevamente la responsabilidad de elegir a sus representantes; pero, y los líderes políticos, ¿asumirán las suyas? Las evidencias señalan la poca capacidad de

los partidos políticos para gestionar los hechos: pluralidad partidista en las Cortes Generales. Corresponde a los diputados asumir la capacidad de acordar un gobierno que represente los intereses de la sociedad española en este contexto. ¿Se trata de una realidad política para la cual no estaban preparados? Es probable, implica una visión amplia de la sociedad y de las razones que motivan a los líderes a «hacer política». Con respecto a la ciudadanía, ¿es consciente del nuevo marco político o es la actitud de los políticos un reflejo del pensamiento de la ciudadanía?

Es un momento histórico y por consiguiente no deja de ser una oportunidad para reavivar la vida política; aquella que milita en los partidos políticos y aquella que vive al margen de estas organizaciones; pero, que también opina. Ahora bien, también la ciudadanía tiene la responsabilidad de valorar la pluralidad partidista y la vía es el debate político. Habermas² señalaba que «en la conversación entre ciudadanos fluyen las cosas hacia el lenguaje y ganan forma; en la disputa entre iguales sobresalen los mejores y ganan su esencia: la inmortalidad de la fama». Pero, ¿cómo construir el debate público si la sociedad española habla poco de política? (véase la Tabla 1).

El debate político está siendo confiscado por los partidos políticos y la ciudadanía tendría que retomarlo para trasladarlo a los espacios en los cuales la libertad de expresión y de opinión contribuye al crecimiento de las ideas. El espíritu del 15M, como movimiento y encuentro para el debate ciudadano, se ha reducido a expresiones restringidas o acciones puntuales. En este aspecto, los partidos políticos no han dado el ejemplo, o no han sabido comunicarlo, porque han priorizado las posturas partidistas y el debate manipuleo de derecha versus izquierda para afianzar el voto

1. Aristóteles. (s/f). *Política* (P. Ázcarate Corral, Trad.). Madrid. Medina y Navarro. Recuperado el 29 de mayo de 2016, de <http://www.filosofia.org/cla/ari/azc03.htm#pri> (Trabajo original publicado en 1874).

2. Habermas, J. (2002). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (A. Doménech, Trad.). México. Gustavo Gili, 2002. (Trabajo original publicado en 1981).

Tabla 1.
Con qué frecuencia se habla o se discute de política según con quién se reúne.

	Amigos/as	Familiares	Compañeros/as de trabajo/estudios
A menudo	25,4	25,3	13,5
Algunas veces	30,3	31,5	15,5
Raramente	23,8	23,9	12,9
Nunca	20,3	19,1	13,2

Los datos reflejan el poco interés sobre el debate político.

Fuente: Estudio n°3134. Barómetro de abril, 2016.

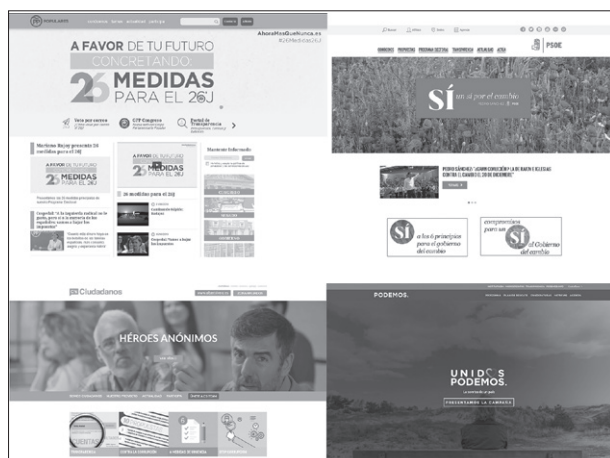


Imagen 1. Páginas web de los partidos políticos con mayor número de votos en los sondeos de opinión.

duro de sus militantes e intentar captar la atención de los indecisos. El debate ha dado paso a la propaganda política y al márketing político. Con la primera se persuade y refuerza votantes; con el segundo, se reconstruye el mensaje para alcanzar nuevos votantes posicionando un «producto político» creado a imagen del potencial votante.

El espacio público se ha transformado; para Hillmann, es una «situación social» en la cual la opinión pública constituye un punto de referencia para entablar otros debates. El espacio público requiere de la «discusión pública», y al margen de donde ésta ocurra, la calidad del discurso político es aportada por los interlocutores; los lugares dejan de ser «simples medios de transmitir opiniones a instrumentos de lucha política»³. Innerarity, señala que el espacio público es como una «esfera de deliberación donde se articula lo común y se tramitan las diferencias»⁴. En la dinámica actual hay dudas razonables sobre si los espacios creados contribuyen a este fin.

En la sociedad mediada por las tecnologías de la comunicación el espacio público se traslada al ámbito virtual. En este replanteamiento de la comunicación política los cibermedios se han convertido en espacios públicos indispensables para el debate político. En esta década, en concreto a partir de la campaña electoral de Barack Obama en 2008, las redes sociales en línea se han catapultado como las plataformas tecnológicas que han facilitado el despertar de la opinión política y la canalización de iniciativas participativas en este contexto. Aunque no se puede ignorar el ruido que genera un porcentaje significativo de usuarios en las redes sociales; probablemente, reflejo del debate actual. Los asuntos políticos se trasladan a los medios de comunicación y a los cibermedios con formatos poco proclives al debate público; se traslada a la pantalla, a la imagen, en el marco del espectáculo combinado con el entretenimiento, en el discurso medido y profesional o en el análisis táctico de la opinión pública. Se miden las palabras para adecuarse a lo «políticamente correcto», se mide cada acción, movimiento, gesto o silencio.

Certeza, coherencia y responsabilidad es lo mínimo deseable en el debate político. En este instante, todo parece indicar que se trata de demostrar quién tiene más fuerza mediática; pero, si los datos del 26J son similares a los del 20D, nadie tendría esa mayoría deseada y se reavivaría un debate parlamentario car-

3. Hillmann, K. H. (2001). *Diccionario enciclopédico de sociología* (A. Martínez Riu., Dir. Ed. Esp.). Barcelona. Herder (Trabajo original publicado en 1994), p. 298.

4. Innerarity, D. (2006). *El nuevo espacio público*. Madrid, Espasa, 2006, p. 14.



Imagen 2. La comunicación política adquiere otros formatos: entre el entretenimiento y el espectáculo. Elaboración propia. Composición de fotogramas de programas de televisión en los cuales han participado los primeros de listas, a las elecciones, de los partidos con mayor número de votos en los sondeos de opinión para el 26J. Mariano Rajoy, en el programa *En la tuya o en la mía* (RTVE); Pedro Sánchez en el programa *Planeta Calleja* (Cuatro); Pablo Iglesias y Albert Rivera, en el segundo cara a cara en *Salvados* (La Sexta).

gado de consignas milimétricamente diseñado por los asesores políticos. Retornaremos al debate sobre quién tiene más fuerza en los pactos para obtener más escaños y formar gobierno; y en este nuevo escenario similar a lo sucedido después del 20D, ¿cuáles serán las líneas rojas? Desde la perspectiva de quienes quisiéramos otro tipo de actuación de los representantes políticos, los partidos y sus líderes se han enfrascado en una lucha por el poder en detrimento de la sociedad. Mounier, al hacer referencia a la democracia y al papel de los partidos, señalaba que «al identificar la democracia con gobierno mayoritario se la confunde con la supremacía del número, por ende de la fuerza». Existe un riesgo, los partidos políticos podrían asumir una estrategia en la cual «la consigna reemplaza a la verdad» y asumir que «el triunfo del partido ha sustituido al servicio social»⁵. Es quizás el momento de un replanteamiento de la vida democrática y en la cual el debate público debe retornar a los espacios públicos y a los espacios privados; sin obviar, por supuesto, lo positivo del ciberespacio público el cual, adecuadamente planteado, impulsaría y ampliaría el debate público. ¿Tendría que plantearse volver a reflexionar sobre *qué es* y *qué no es* democracia? ¿Reavivar la esencia de una democracia deliberativa? Las nuevas generaciones que militan en los partidos políticos podrían darse la oportunidad de establecer puentes para un intercambio pausado, con visión de futuro y con el interés puesto en la sociedad; una democracia centrada en la persona. 

5. Mounier, Emmanuel. *El personalismo. Antología esencial*. Salamanca. Ediciones Sígueme, 20142, p. 512-513.

Y... ¿QUÉ DEL PP?

TEÓFILO GONZÁLEZ VILA

Miembro del Instituto E. Mounier

Allá por los años de la Transición, en los primeros de la democracia constitucionalmente implantada (¿tan lejos todavía de suficientemente realizada?) decía un ilustre viejo profesor que las promesas electorales se hacen («están», «se formulan»: no recuerdo los términos exactos) para incumplirlas. En tal afirmación alguien podría encontrar una corrosiva, desesperanzadora, observación de un hecho evidente o habrá quien entienda, al margen de la intención de aquel «oráculo», que aquella afirmación era el enunciado de una ley política inexorable, de una insuperable exigencia enraizada en la naturaleza de la cosa. Tienes que prometer lo máximo, la... luna, si quieres arrastrar a quienes están deseando alcanzarla.

Por otra parte, los teóricos menos frívolos entenderán que entre la formación política que pide el voto para realizar un determinado programa y quienes le conceden en efecto su apoyo electoral se establece una relación casi contractual, de manera que el partido incumplidor incurriría en una infidelidad casi delictiva y, en todo caso, no podrá esperar sino igual infidelidad de sus defraudados votantes. El partido incumplidor tratará de justificar el incumplimiento de sus promesas en la sorpresa de una realidad que sencillamente les ha sorprendido y les impide realizarlas...

Por otra parte, conviene tener en cuenta que el partido no es el exclusivo dueño de los valores, objetivos y proyectos del programa que ofrece, sino que lo son asimismo sus votantes. Cuando el partido abandona las ideas, ideales, valores, objetivos y proyectos con que definía su identidad y sus ofertas, no sólo estaría incumpliendo sus promesas sino que estaría robando a un sector de la población sus más sólidas ilusiones de tal modo que los votantes así estafados se sienten además huérfanos de sus valedores, desprotegidos en sus legítimas aspiraciones, privados del capital «moral» que representaba el programa en el que confiaron.

Si hay en el panorama político español un partido ejemplar como incumplidor de su programa ese no



será otro que el PP. Y esto porque era el que había recabado la confianza de una supermayoría... Era el que estaba en condiciones óptimas para defraudar... Y no ha desperdiciado esa posibilidad. A la hora de explicar determinados comportamientos y resultados electorales, es un lugar común bien fundado en la experiencia que —y en España quizá más que en otros sitios— se vota no tanto a favor como en contra de alguien. En noviembre del año 2011 el PP se benefició sin duda de determinadas políticas de los gobiernos Zapatero. Y no sería infundado interpretar la abundancia del apoyo electoral recibido entonces por el PP en un deseo mayoritario de que se abandonaran los derroteros por donde caminaban esos gobiernos en relación con asuntos muy importantes para diversos sectores de la población que sumaron sus particulares rechazos por diversos motivos.

Hay razones para pensar que sectores muy amplios de la sociedad española no aprobaban la política que se llevaba a cabo en relación con *el terrorismo*, no aceptaban la postura gubernamental frente a los *movimientos separatistas*, y sectores muy significativos consideraban conculcados los que para ellos constituían *valores morales* fundamentales (la vida del concebido-no nacido, el derecho a la libertad educativa de los padres, la defensa del matrimonio y de la familia...). Sin entrar a determinar el volumen de los diversos sectores contrarios a las políticas según esos diversos asuntos, la suma de todos ellos explica que se sumaran en una mayoría tan significativa como la obtenida por el PP en las elecciones generales de noviembre de 2011.

Pronto, los diversos sectores de la mayoría absoluta obtenida por el PP pudieron advertir que sus diversas aspiraciones no serían atendidas. Desde el primer momento, la economía aparecerá no como preferente, sino, en realidad, como único objetivo del nuevo gobierno. En relación con el terrorismo el PP no haría sino continuar con el proceso de paz que desembocará en la integración política de las formaciones etarras o pro-etarras. Ante el separatismo catalán, la posición

del PP, que había presentado un recurso de inconstitucionalidad contra el nuevo estatuto favorecido por Zapatero, supone una «pasividad» de escandalosa dejación frente a la intensificación manifiesta del proceso secesionista. Y en el capítulo de, digamos, los valores morales, el PP se abstiene de modificar ni en una tilde las normas de ingeniería social que una parte decisiva de sus votantes considera inadmisibles. Por lo visto al PP y a la derecha económica pura y dura les parece que pueden hacerse con una vistosa imagen de *centro* si hacen de «progres» en cuestiones de «fe y costumbres»...

Y a todo eso se añade una corrupción que algunos llamarán, por su estructura y arraigo, sistémica. No entraré en una evaluación comparativa del grado de corrupción que padecen las distintas formaciones políticas en España. Pero digamos que la del PP corresponde a su volumen en otros aspectos.

Por todas las razones apuntadas, la progresiva desafección hacia el PP experimentada por los diversos sectores de sus votantes explica la serie de reveses electorales catastróficos que este partido ha experimentado (elecciones europeas, autonómicas y municipales) sin que esos pésimos resultados suscitaran una adecuada autocrítica y un cambio de actitudes y hasta de caras. El hecho de que en el pasado 20-D el PP todavía haya sido el partido más votado es el inútil consuelo que les queda a quienes con esto pretenden encubrir la debacle que han sufrido en votos y escaños en relación con las elecciones de noviembre de 2011. Y ahora parece que todas sus esperanzas están en que el repudio de sus votantes se vea superado por el miedo a aquellos de quienes pueden pensar que serán más dañinos para sus intereses y sus valores... No faltarán quienes consideren mejor, también moralmente, optar por el *corrupto demócrata* (si no hay contradicción en tal figura) frente al *incorrupto antidemócrata* que puede no solo privarte de libertad, sino sencillamente, eliminarte a ti mismo. Pero a veces ni el miedo basta para permanecer en el estado de esclavitud electoral e impedir un decisivo revulsivo purificador. 

UNIDOS... ¿PODEMOS?

Reflexiones sobre el panorama electoral

MAR LLERA

Profesora Titular de la Universidad de Sevilla

Cuando éramos críos nos embelesaban los cuentos; al llegar a la edad adulta seguimos gozando de ellos, pero nos da vergüenza reconocerlo. Por eso a veces los niños son más lúcidos que nosotros. El ser humano ha sido definido como animal racional e incluso como cosa que piensa (*res cogitans*), voluntad de poder, pulsión inconsciente y buscador de sentido. Pero no deberíamos olvidar que, además, el hombre es ese ser que sueña: contador de cuentos, creador de mitos, tejedor de leyendas... y perpetrador de pesadillas.

Entre todas las ficciones que conmueven al ser humano y le imponen un guión como actor en el drama social —dinero, éxito, narrativa mediática, cine, espectáculos deportivos...— la política es una de las ilusiones más esenciales, porque constituye uno de los pilares de cualquier civilización. Su puesta en escena articula arquetipos, fábulas, quimeras, fantasías..., todo tipo de ensoñaciones aderezadas en una mixtura que difumina las fronteras entre lo imaginario y lo real. España vive en estos momentos la embriaguez de ese estado.

A las vísperas de unas elecciones generales tan reñidas como las que se aproximan, tenemos dificultades para discernir dónde empiezan nuestras aspiraciones y donde acaban nuestras posibilidades reales. Querríamos un mundo justo donde los políticos no nos mientan, los bancos no nos roben y las empresas no nos exploten... o nos manden a casa para dejarnos de brazos cruzados —lo que es todavía peor. Sin embargo, sospechamos que la realidad va siempre por otros derroteros y, votemos a quien votemos, ya no nos fiamos de nadie.

Si las encuestas no se equivocan demasiado, nos espera un tórrido verano de acaloradas negociaciones, donde la verdad quedará en tablas con la mentira porque no se la va a llamar por su nombre y porque la realidad será retorcida en la fragua retórica. Indudablemente, nuestro panorama político adolece de falta de honestidad y además exuda complejidad. Cuando



no podemos distinguir nítidamente entre buenos y malos, sinceros y torticeros, honestos y lastrados por la corrupción... nos sentimos desconcertados. Pero, para nuestra desgracia, la condición humana es así, vivimos en *Blanco, negro y todo lo contrario* (Llera, 2012) —como expliqué hace ya tiempo en un ensayo.

Todos los partidos, de distintos modos y en diversas escalas, exhiben en sus credenciales méritos dignos de consideración junto con miserias deplorables. Los hasta ahora mayoritarios —PP y PSOE— llevan consigo el estigma de una larga biografía trapacera, aunque la «memoria histórica» falle de modo intermitente en beneficio de los demagogos. En cualquier caso, la ciudadanía se siente cada vez más indignada ante el capitalismo voraz, las instituciones que lo veneran y los cargos públicos consagrados a tan profana devoción. En este sentido, el Partido Popular, a pesar de sus indudables logros macroeconómicos —eso sí, pagados con sudor y lágrimas ajenas— todavía no ha aprendido el lenguaje del pueblo y ni siquiera gusta a sus votantes. Goza la ventaja, con todo, de que su tradicional adversario no levanta cabeza. Hace poco *The Economist* dedicaba un amplio reportaje al declive de la socialdemocracia en el mundo desarrollado: decía que sus objetivos ya no inspiran ninguna

vanguardia porque en parte han sido alcanzados y en parte rebajados para acomodarse a las directrices del poder financiero. Y si tienen dudas, que se lo pregunten a Pedro Sánchez... o se lo recuerden a Pablo Iglesias, cuando trata de pescar en ese mismo caladero, haciendo un nuevo alarde de travestismo.

Ciudadanos es, en ciertos aspectos, la organización menos controvertida dentro del cuarteto electoral. Pero su negativa inicial a pactar con el partido más votado en las elecciones del 20-D, sus romances socialistas a nivel nacional y regional, así como su aguada gestión en Andalucía... confunden. Muchos desearían que no se moviera tanto para poder hacerle una foto y saber cómo es verdaderamente. A pesar de su clara apuesta por las políticas sociales, los medios nacionales suelen ubicar a Ciudadanos en el centro-derecha debido a su fe en la economía de mercado y su defensa acérrima de la unidad de España. Sin embargo, las cabeceras internacionales lo califican de «liberal» en su sentido anglosajón, es decir, lo consideran un partido de izquierda moderada. Indiscutiblemente, sus actuales tácticas para conseguir el poder evidencian un sesgo zurdo; sin embargo, prevalece el balanceo «*in-between*», una ambivalencia tan prometedora como inquietante.

En el caso de Podemos, la mayoría de los españoles —incluidos muchos militantes y ex cargos políticos del propio partido— ya no tenemos duda. Lo que nació como una vanguardista expresión de tecno-política y movilización ciudadana, una innovadora utilización de las redes sociales para capitalizar la indignación del 15-M y abrir cauces a otro modelo de democracia, más participativa y directa, ha ido poco a poco biodegradándose en ese medio bacteriológico que es la cruda realidad.

Podemos representa ahora mismo un desafío sin precedentes, más allá de lo que se aprecia a primera vista. Porque no es sólo un cuestionamiento radical del papel de los mercados, de Europa y su *Troika*, de los poderes establecidos, los partidos tradicionales, el orden constitucional y la unidad de España. Podemos es, ante todo, un interrogante para sus propios votantes, para sus afiliados, para sus dirigentes..., para sus «creyentes».

Si Íñigo Errejón pudiera hablar con la libertad con que se ha expresado Emilio Delgado Orgaz, ex Secretario de Organización del Consejo Autonómico de Madrid, al presentar su dimisión el pasado 7 de marzo... lo entenderíamos mejor. Pero cuando el principal co-protagonista de la narrativa podemita entendió que su mano derecha, Sergio Pascual, había sido fulminado por decisión del «Líder», ni siquiera pudo defender su gestión ante una asamblea. ¿Dónde están ahora esos Círculos que

deshacían en elogios a la prensa internacional? ¿Dónde queda esa *grassroots, participatory democracy* que pasará a los anales de la Historia?

Podemos es un interesante experimento de alquimia: quisimos convertir en realidad nuestros mejores sueños... y ahora nos agitan las pesadillas. Porque eso son las invectivas leninistas de Pablo Iglesias, sagazmente focalizado hacia la conquista del poder, frente a las consideraciones éticas de muchos de sus seguidores. Eso son sus ambiciones para controlar las instituciones estratégicas del Estado —servicios de inteligencia, poder judicial, fuerzas de seguridad...—, para escándalo de las asociaciones de jueces progresistas, desde la Vicepresidencia que quiso alcanzar mediante un abortado pacto con el PSOE. Eso son también los conatos de involución democrática que encarna la proyectada Agencia de Integridad y Ética Pública de Aragón, que difumina los límites entre los tres poderes, atribuyéndose funciones propias del judicial. Y pesadillas son, indudablemente, los acercamientos a fuerzas separatistas que contradicen la esencia misma de la izquierda, cuando apelan a diferencias culturales para encubrir la promoción de desigualdades socioeconómicas. En definitiva, Podemos integra problemáticamente varios vectores contradictorios: el que apunta hacia el empoderamiento ciudadano y el que exalta un liderazgo populista; el que demanda participación, pluralismo, y el que aboga por un modelo de democracia organicista con ribetes totalitarios; el que exige la cohesión social y el que apoya la autodeterminación segregacionista.

«La batalla de verdad va a comenzar cuando lleguemos al poder» —acaba de declarar Anguita. Pero, teniendo en cuenta todas las tensiones que acabo de enumerar y recordando que en los últimos meses Podemos ha padecido graves crisis al menos en seis comunidades autónomas, incluida Andalucía, con divisiones en cinco provincias... yo, sinceramente, no sé si a España lo que ahora mismo le conviene es un gobierno que provoque todavía más batalla.

Llegados a este punto, pienso que el vertiginoso ascenso de Podemos es consecuencia de un gran malentendido por parte de muchos de sus seguidores, confundidos en un laberinto de solapadas ensoñaciones. La política del travestismo continuado, del irrefrenable zig-zag, del coqueteo promiscuo entre la transversalidad social, la casta socialista y la izquierda comunista, el constante cambio de programa hasta llegar incluso a la «derechización» del partido —según muchos desafectos...; todo ello debería pagar su precio en las urnas. Pero no estoy segura de que vaya a ser así. Porque muchos hombres-niños se echarían a llorar si, de repente, se les acabara el cuento. 

EL PARTIDO SOCIALISTA EL PARTIDO DEL CAMBIO

DAVID SEIZ RODRIGO

Doctor en Historia.

Profesor de Instituto de Educación Secundaria



El 28 de octubre de 1982 el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) lograba una histórica mayoría absoluta (48% de los votos emitidos) cuya imagen icónica es la de los líderes entonces del partido, Alfonso Guerra y Felipe González abrazándose en una terraza del Hotel Palace de Madrid. Los socialistas españoles basaron su campaña en el lema «Por el cambio» que acompañaba la imagen de un joven Felipe González. «El cambio» se convirtió en un lema recurrente para los socialistas desde entonces. Ese cambio se unía de forma inequívoca a otra de las muletas electorales del socialismo español «el progreso». Alejado de la ortodoxia marxista desde el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979, el PSOE había abrazado un pragmatismo socialdemócrata, alejado de posiciones doctrinales de izquierda, que le permitió aspirar a convertirse en un partido de gobierno.

Los gobiernos del PSOE desarrollaron a partir de su victoria un programa muy amplio de modernización

cuyo mayor éxito fue sin duda la entrada de España en 1985 en la Comunidad Económica Europea. Los socialistas cambiaron el país y lograron vencer en tantas elecciones y mantener unas mayorías parlamentarias cómodas mientras ese programa de cambio fue creíble. A comienzos de los años 90 las celebraciones de la Expo de Sevilla y las Olimpiadas de 1992 demostraron al mundo y a los propios españoles que el cambio no era un espejismo, que España proyectaba una nueva imagen, moderna y brillante. Sin embargo, poco después a mediados de los noventa el PSOE parecía haber agotado su ciclo político.

A partir de 1986 comenzaron a gotear los casos de corrupción en los que estaban implicados líderes políticos o gobiernos socialistas. Al principio nadie quiso siquiera creer en la posibilidad de que las acusaciones que se iban vertiendo fueran ciertas. El PSOE, escándalo a escándalo, fue perdiendo esa virginal consideración de pureza ética que originalmente se atribuía.

Paralelamente durante los 90 esa socialdemocracia europea a la que los líderes del PSOE se habían acercado se había quedado obsoleta. Triunfaban los postulados de la Escuela Austriaca de Economía. Friedrich Hayek o Milton Friedman y sus economistas de Chicago predicaban un nuevo credo que ponía en cuestión la supervivencia del «Estado del Bienestar». Siguiendo tales postulados, en los noventa y aun bajo gobiernos socialistas, la sostenibilidad de los servicios sociales empezó a ser puesta en duda. Abundando en esta deriva, el Tratado de la Unión en 1993 dibujó un nuevo horizonte soñado que el socialismo vendió a la ciudadanía como colofón a la modernidad proyectada. Europa se convirtió en la razón suprema de una serie de medidas económicas que acabaron por desgastar el perfil de izquierdas sobre el que el PSOE había asentado su encumbramiento al poder.

La derrota dulce de 1996 (como la llamó Felipe González) condujo al PSOE a una travesía del desierto de la que sólo saldría después del 2004 bajo la dirección de un joven secretario general, José Luis Rodríguez Zapatero. La etapa de Zapatero se inscribe en las dificultades del socialismo europeo por encontrar su lugar. Abandonado el marxismo, derrotada la socialdemocracia clásica, receloso del neoliberalismo, el socialismo europeo se entregó a un juego de representaciones. Este modelo de política suave había sido estrenado por el inglés Tony Blair, que llamó «la Tercera Vía» a su laborismo reinventado, liberal a grandes rasgos pero dado a los grandes gestos y las buenas palabras. El PSOE de Zapatero bautizó a su particular adaptación de este modelo «Nueva vía». Zapatero encarnaba la amabilidad, la empatía y una obsesiva propensión al diálogo. El diálogo se convirtió en un término talismán.

Por otro lado, perdida la batalla ideológica por la economía, al socialismo de Zapatero sólo le quedaba el escaparate social y cultural para distinguirse del PP. El socialismo de Zapatero tuvo mucho de imagen paradigmática de la izquierda. Al socialismo sólo le quedaba acogerse a una modernidad social, a una apertura ideológica que oportunamente y con justicia defendió ampliando o reconociendo derechos.

Dentro de esa política de reconocimiento, regularizó la situación de los emigrantes ilegales en 2005, puso en marcha una Ley de Dependencia y aprobó una Ley de la Memoria Histórica que trataba de resolver la situación de abandono en el que se encontraban las familias de muchos represaliados durante la Guerra Civil y el Franquismo. Mucho más éxito tuvo la ley sobre el matrimonio homosexual. En este sentido el gobierno de Zapatero contribuyó a poner a España a la vanguardia de los derechos civiles y sociales de los homosexuales.

Más complejo fue el diálogo que Zapatero trató de mantener con el nacionalismo. Tras veinticinco años de estatutos de autonomía y de constitución, algunas estructuras políticas empezaban a resentirse. De la mano del PSC (Partido Socialista de Cataluña) y de su gobierno en la Generalitat, Zapatero apoyó la reforma del Estatuto de Cataluña. El PSOE había mantenido en tiempos la idea del «Derecho de Autodeterminación de los pueblos» muy en consonancia con las reclamaciones anticolonialistas y antimperialistas propias de los movimientos de izquierda de los setenta. Sin embargo, en esto como en la reclamación de una república, el PSOE había evolucionado hacia un modelo más pragmático que en el caso del diseño territorial se sustanció en un modelo federal del que la propia organización de partido socialista era ejemplo.

La caída del gobierno socialista de Zapatero sería una consecuencia de la Economía y no de la Política. En el 2006 se inició una crisis financiera en EEUU que terminaría por desatar una crisis económica en 2008 en España. Estalló la burbuja inmobiliaria, los precios de los pisos cayeron en picado, la construcción se detuvo y con ella todo un sector terminó en las listas del INEM. El paro volvió a cifras de los años 80. Las Cajas de Ahorro, durante mucho tiempo instrumento político de ayuntamientos y comunidades, quebraron en serie y apenas las fusiones de urgencia y las inyecciones de dinero lograron salvar sus fondos y el de sus clientes. Al tiempo el déficit del Estado se desató poniendo a las autoridades económicas europeas en alerta. La economía española colapsó y a punto estuvo de ser intervenida.

Mientras los desahucios y la amenaza del paro angustiaban a la ciudadanía el gobierno tomaba medidas para salvar a los bancos. Empezaron a aflorar las corruptelas de los gobiernos de la última década. La crisis, la corrupción, la repetición de consignas políticas que empezaban a no significar nada terminaron por fraguar una espontánea protesta en las plazas el 15 de marzo de 2011. Nació así el movimiento 15-M, una serie de manifestaciones populares a las que se unieron movimientos sociales preexistentes en torno a un término que se hizo común en aquel momento: «La indignación». El PSOE respondió con confusión a la crisis, como si no se la terminara de crear. La reducción del gasto del Estado, salvando los rescates a la banca, recayeron en los gastos sociales, en los sueldos y en la retracción del crédito. La conclusión de aquella política fue una creciente desesperación y desconfianza de la sociedad en los dos partidos tradicionales y en el propio sistema político surgido de la Constitución de 1978.

El PSOE sufrió mucho más intensamente la crisis. En primer lugar por su carencia de un modelo económico alternativo de suficiente entidad. Condenado a aplicar las mismas recetas liberales que la derecha y una vez que la crisis económica puso en un lugar secundario el peso de los gestos progresistas que tan caros habían sido al gobierno de Zapatero, el socialismo se quedó sin proyecto. El crecimiento de los últimos veinte años se desmoronaba, las instituciones que tan orgullosamente se habían elevado en la Transición parecían agotadas o habían sido viciadas por el uso partidista. Con la sociedad española atemorizada por la crisis y a pesar de las protestas de las plazas, el PP se alzó con el gobierno con una mayoría absoluta aplastante.

A partir de ese momento el PSOE no ha dejado de perder apoyos y desmoronarse internamente. El partido, tras veinte años de abuso de los términos «cambio» y «progreso» se había vaciado por completo. El PSOE, que encarnaba la juventud en los 80, es ahora un partido envejecido del que los jóvenes desconfían. Mientras en las plazas del 15-M ha surgido la versión 2.0 del idealismo socialista ochentero. También ahí se hablaba de renovar, de refundar, de rehacer, de reconstruir, de una generación nueva, de juventud, de cambio. Volvía el concepto de clase, de pueblo, ese hablar del común encarnando la voz del mismo que tantas veces había hecho suyo el PSOE.

Estamos en el año 2016 y por primera vez en décadas el PSOE contempla la posibilidad de perder la hegemonía de la Izquierda, el partido permanece afónico, sin una dirección clara o un liderazgo unánimemente aceptado. El discurso de la izquierda parece no pertenecerle. El PSOE se enfrenta a la misma pérdida de personalidad que afecta al socialismo europeo desde hace más de una década. Por un lado le pasan factura el posibilismo y una situación de crisis intensa como la que vivimos; por otro lado, sin una perspectiva ilusionante a la vista, la mera defensa de lo que existe o volver a lo que un día existió, parece pobre propuesta. La izquierda siempre ha preferido la ilusión y precisa de su particular perspectiva salvífica que en Europa hoy encarnan distintos movimientos políticos a derecha e izquierda del arco político.

El PSOE se ha hecho mayor y al hacerse mayor se ha percatado de que es un partido serio, con experiencia de gobierno, con una larga lista de pecados en su haber, que es al fin y al cabo lo que le corresponde a cualquier partido que haya sostenido gobiernos tan largos como el PSOE. También se ha dado cuenta de hasta qué punto puede ahora prometer cuando

ha tenido tanto tiempo para cumplir promesas. Pero sobre todo el PSOE es uno de los principales responsables del diseño de nuestra democracia, de lo bueno y de lo malo. El problema es que cuando el discurso político se dirige a criticar ese diseño, las consecuencias del mismo o los incumplimientos dolosos de los principios que lo justificaron, cuesta sustraerse a la idea de que el PSOE es de alguna manera responsable y se duda de que pueda gestionar la renovación.

En este momento la historia parece ponerse en su contra también. De nuevo en esto el PSOE no es tampoco especialmente original en el marco europeo. Otros partidos socialistas le han precedido en su ruina. El laborismo inglés se desangra, el socialismo italiano o el griego han sufrido transformaciones radicales, en Francia los socialistas no se encuentran entre las figuras de Hollande y Valls, confusos ante unas políticas que muchos entienden que podría defender la derecha tradicional.

Buena parte del programa de la socialdemocracia europea ha sido aceptado hace tiempo. Nadie duda de la necesidad de mantener unos servicios públicos, la duda surge no tanto en su permanencia como en el modo en que aseguramos su permanencia y su presupuesto. La experiencia hace que los socialistas europeos desconfíen de soluciones mágicas o simplemente de soluciones rápidas. El socialismo tiene dificultades para defender su legado, en parte puesto en entredicho. No puede defender una política económica que le distinga lo suficiente de la derecha sin dejarle tampoco la opción de defender fórmulas alternativas que son vistas con honda desconfianza por las autoridades económicas europeas.

La izquierda hoy se está redefiniendo, entre el pragmatismo que la llevó al poder y los ecos asamblearios y rupturistas que también en su día la sembraron de ilusiones. Hay mucho de la antigua izquierda socialista en la nueva. La misma ansia de poder, la misma ambigüedad entre la ideología y la posibilidad. También los pecados parecen los mismos; la dependencia de los gestos, el abuso de ciertos lugares comunes que se repiten desde hace más de treinta años acríticamente, la tendencia a las frases grandilocuentes, el discurso buenista, el abuso de la apropiación del dolor ajeno y una superioridad moral que nunca ha quedado demostrada del todo. Puede que el PSOE no esté tan muerto como a veces parece últimamente, pero puede también que parte de su discurso original esté hoy en otros partidos, que se haya reencarnado, como si las siglas perdieran peso pero en lo básico se mantuviera el discurso. 

TATE, TATE, FOLLONCICOS...

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto E. Mounier

Envío este artículo desde uno de los países más nauseabundantemente corruptos del planeta al que sin embargo amo, México. Sé que los españoles no han llegado a tanto, porque para ser el número uno en corrupción ni siquiera valen. Antes de seguir adelante, pido respeto para mí en esta crítica (ya descarada pataleta por el estrés que me ha ido generando todo este carajal) en que vengo comprometiendo la vida desde antes de morir el cruel dictador Franco, y en muchos más libros de los que habrán leído algunos durante su vida. Hace tiempo que nada me altera, aunque *todo me duele (luego existo)* y como el Mozart ya enfermo «continúo componiendo porque me cansa menos que descansar». Para mí, la prueba de que hay algo está en Juan Sebastian Bach; la prueba de que hay alguien está en Jesús de Nazareth.

Ser esclavo en una ciudad que es esclava, en un país que es esclavo, bajo el FMI esclavizador es el colmo aún incolmado, el cual se colmará cuando de aquí a unas pocas generaciones los terrícolas queden abrasados y reseco en un planeta reducido a rígida escoria. Los políticos, a lo suyo. Verdad es que hay que tratar todos los problemas sin pesimismo, pero sin contemplar la actual *pesimidad* de nada servirá medida correctora alguna, toda política llegará tarde. Creo, pues, que pesimista es quien no se toma en serio al «pesimista» y tacha de pesimista al realista bien informado: la *pesimidad se inscribe ya en una perspectiva apocalíptica inevitable*, situación alarmante sólo acaso paliable si se la afronta con *toda urgencia*, con una conversión radical de nuestras vidas y de nuestras estructuras (la revolución personalista y comunitaria). De lo contrario, ni siquiera habrá tiempo para llorar por el trastorno de estrés postraumático.

Bentham dedicó su atención al tema de la reforma penitenciaria, elaborando por encargo de Jorge III un modelo de cárcel (*Panopticon*) por el que ambos entraron en conflicto. Ideó una cárcel en la cual se vigilara todo desde un punto, sin ser visto. Bastaría una mirada y cada uno, sintiéndola pesar sobre sí, terminaría por

interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo. Su *Panopticon* fue una gran invención no sólo útil para la cárcel, sino también para las fábricas, algo analizado por Michel Foucault en *Vigilar y castigar*. Pero ahora ya no se puede vigilar, porque no hay vigilante libre de sospecha. Ya eso no sirve: *los vigilados no son castigados, y los castigados no son vigilados*. A un político puedes mentarle la madre, ya ni se inmuta. Decía Vázquez Montalbán que Felipe González fue el hombre que consiguió la distancia más larga entre el sujeto y el predicado, y llevaba razón: de su mano, la última oportunidad de la «izquierda» terminó especializándose en fabricar joyas; hoy, en provocar vómitos patéticos. *Se nos fue el tiempo. Puesto que el mundo no va a ninguna parte, no hay prisa*. En la derecha, en la izquierda y en el centro *chaque homme dans sa nuit*. A estas alturas sales de la política más embolismático de lo que entraste, salón Romerales, sabes cuando entras, nunca cuándo sales.

En España veo al PSOE en el origen de casi todos estos lodos políticos, aunque reconozco que para formular este aserto hay que tener buena memoria y haber luchado mucho, por eso no lo aceptará cualquier izquierda pimpinela. Al PSOE con su sabio prudencialismo se le adobó Izquierda Unida un poquitín más a la izquierda, y luego incluso el PP bajo el señuelo de mayor «progreso económico», siendo su nexo de unión una corrupción de todos a una Fuenteovejuna. A esto le ha seguido como por encanto la revolución de las tetitas fuera, la ocupación de capillas católicas en las universidades, los izquierdismos financiados por Venezuela, los monederos opacos bajo el lema *los buitres al poder*: si no *podemos* y ya trinca-mos, ¿qué será cuando podamos? Por lo demás, su espíritu moderno, regeneracionista y catártico culmina con la Santa Neoinquisición especializada en retirar en las rotulaciones de la calles de Madrid los nombres de toda la «basura fascista» bajo el alto patrocinio de una cátedra tan sin fondos como desfondada de la Universidad Carlos III presidida por un comité ideológico de



facinerosos más rancios que la Nanita. ¡Aguas, ciudadano, también tú irás al paredón cuando te confundan en su analfabeto y catastrófico catastro! ¿Quién dijo que la Historia pone las cosas en su sitio? Yo no.

El hombre sabio es aquel que busca instruirse con todos los hombres; el hombre fuerte, aquel que sabe quebrar sus vicios; el hombre rico, aquel que se contenta con su suerte, y el hombre honrado aquel que honra a los demás. Pero quien ha perdido el respeto de sí mismo no sabe ya mandar ni conducir; puedes engañar a todo el mundo algún tiempo, a algunos todo el tiempo, pero no engañar a todo el mundo todo el tiempo. Así que para que nada nos separe, que nada nos una: tus cántaros, cuanto más vacíos, más ruido hacen; si el cántaro da en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro en cualquier caso. Tate, tate, folloncico. Ya estás ahí, llegaste, jarriba España!, ¡viva México!, gritas bien cinchado desde tu palco de honor: «Poderoso caballero/ es don Dinero./ Madre, yo al oro me humillo;/ él es mi amante y mi amado,/ pues de puro enamorado,/ de continuo anda amarillo;/ que, pues doblón o sencillo,/ hace todo cuanto quiere,/ poderoso caballero/ es don Dinero». Causáis dolor y dais risa, aunque no os preocupéis. La última volun-

tad del poeta *Heine* consistió en dejar toda su fortuna a su mujer con la condición de que volviera a casarse, «así habrá al menos un hombre que lamentará mi muerte»; *Rabelais* decía en su testamento: «No tengo nada, debo demasiado, el resto lo dejo a los pobres», y no mucho más generoso fue *Shakespeare*, el cual, y esta vez sin invocar a Hamlet, dejó a su esposa el siguiente legado: «Doy a mi esposa mi segunda mejor cama, con sus accesorios». Nunca faltará un Jeremy Bentham por cuyo expreso deseo su esqueleto, totalmente vestido y con una cabeza de cera (la auténtica fue momificada), se guarda en una vitrina de cristal en el *University College* de Londres. Hasta la fecha, «sigue participando» en las reuniones del consejo académico, seguramente más de lo que participa la gente pobre en los festines de los ricos. Y, mientras tanto, nosotros también a lo nuestro. En las voluntades penúltimas, *el Lazarillo de Tormes* toma una uva, el *ciego* (que será ciego, pero no tonto y desde luego no permite que el lazarillo se ponga ciego manducando las escasas uvas) dos; el lazarillo tres, el ciego cuatro. Y vas tú y eliges cinco... Cuando los elefantes se pelean es la hierba la que sufre; las disputas de los señores se leen sobre la espalda de los campesinos. 

¿INCAPACES DE DIALOGAR?

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

Profesor de Filosofía, Universidad Autónoma de Madrid

Todos hemos podido ver con cierto hastío y algo de preocupación el mucho tiempo que los partidos políticos perdieron en los cuatro meses después de las elecciones de diciembre de 2015. No es fácil de entender, sobre todo si uno piensa que las personas dedicadas a la política tienen como principal objetivo resolver los problemas del país, si bien es cierto que cada opción política puede entender de distinto modo cuáles son los problemas más importantes y cuáles las medidas políticas más adecuadas para resolverlas, lo cual no facilita los acuerdos. Sólo dos partidos, PSOE y Ciudadanos se sentaron realmente a negociar y lograron un pacto, pero supongo que eran plenamente conscientes de que ese proceder hacía imposible que otros partidos se sumaran al proyecto, o por lo menos se abstuvieran en la votación, otorgando así un apoyo indirecto a ese proyecto de gobierno.

Mientras escribo esto, faltan 28 días para que la ciudadanía acuda nuevamente a las urnas y lo más pro-

bable es que, aunque la votación dé resultados muy parecidos a los actuales, se tenga que llegar definitivamente a un pacto, único camino para que se dé la posibilidad de crear un gobierno. Esta plazo temporal me obliga a reflexionar con cierto distanciamiento tanto con lo ocurrido en los cuatro meses anteriores como lo que pueda ocurrir en las semanas o meses que pasen tras el 26 de junio.

David Johnson, en un interesante libro titulado *La controversia constructiva*¹ aporta un par de ideas importantes que vienen al caso que nos ocupa. En primer lugar, se trata de no ver en los conflictos algo negativo, sino más bien una oportunidad para estimular nuestra creatividad, teniendo en cuenta además otros puntos de vista. En segundo lugar, hay que diferenciar muy bien, cuando se afronta un conflicto, entre ganar el conflicto o resolver el problema que ha dado lugar al conflicto. Si se adopta el primer enfoque,



1. Johnson, David W. *La controversia constructiva. Argumentación, escucha y toma de decisiones razonada*. Prólogo de Félix García Moriyón. Madrid, SM, 2016.

tiene que haber ganadores y derrotados, pues pocas veces se da la situación de que todos puedan ganar. Si se adopta el segundo, está claro que se terminan encontrando soluciones que sean suficientemente satisfactorias para las partes implicadas lo que permite que todos ganen y todos pierdan al mismo tiempo.

Está claro que una posible explicación de lo ocurrido en España tiene que ver más con lo segundo que con lo primero. Es decir, el objetivo que han considerado prioritario los líderes políticos ha sido el de acceder al poder ejecutivo y en este tema está bastante claro que el poder del ejecutivo no está ni fragmentado ni dividido: tiene una clara estructura jerárquica en la que la persona que ocupa la presidencia nombra a los demás miembros y les retira del cargo cuando le parece oportuno. Dos personas no pueden ocupar el mismo sillón.

Es decir, los partidos, quizá arrastrados por inercias nefastas, de las que se han contagiado incluso los nuevos, en especial Podemos, buscan el poder que, lejos de ser un medio para aplicar las políticas que ellos defienden, terminan convirtiéndose en un fin en sí mismo. Y cuando del poder se trata en política se llega a confrontaciones ya sea en versión dura, como la que muestran dos famosas series, *Juego de tronos* o *House of Cards*, o en versión más débil, como la que hemos visto en estos cuatro meses: descalificaciones mutuas, líneas rojas, reparto de cargos... Primero hacerse con el poder, y luego afrontaremos la resolución de los problemas siguiendo nuestros principios programáticos, o aplicando otros si las circunstancias lo exigieran.

En cierto sentido hemos asistido a una representación algo tosca, pero bastante aproximada, de la idea de la política defendida por el gran y profundo teórico Carl Schmitt, quien abordó el estudio de la actuación política en el marco de una teoría general del conflicto y de la guerra. Pensador de derechas, que ocupó cargos en el nazismo, entendió que la política se distinguía por ser una confrontación entre amigos y enemigos, una pareja de conceptos análoga a otras importantes en filosofía: verdadero-falso, bueno-malo, bello-feo. La política era, por tanto, el ámbito de la polémica (palabra de resonancia guerrera, que es lo que significa *polemós*), versión incruenta de la guerra. Por eso mismo, el horizonte último de la política es

la confrontación total, que se da en la guerra y en la revolución. Al enemigo, ni agua, expresa un dicho bien antiguo, y de eso se trata en la confrontación política, sólo levemente dulcificada en una cierta cortesía parlamentaria que no suele ser tal. Es preferible el des-gobierno a que gobierne el otro.

Afortunadamente vivimos en tiempos en parte tranquilos a pesar de la profunda crisis que nos lleva golpeando ya más de seis años, sin perspectivas de solución alguna. La población ha alcanzado un nivel aceptable de educación, muy superior al que ha habido en cualquier época anterior, y las estructuras e instituciones del Estado son sólidas, por lo que siguen funcionando incluso con un gobierno en funciones y unas cortes disueltas. Es más, de seguir así un poco más, igual alguien apunta la idea de ahorrarnos los gastos considerables que supone tener dos cámaras. Los políticos profesionales pasarían así de ser objetos del menosprecio popular (muy mal valorados en general) a ser simplemente trabajadores poco funcionales y obsoletos a los que hace falta aplicar un ERE.

Son tiempos en los que, además, la gente no está por la violencia; es más, la violencia, al menos al nivel del discurso teórico, está completamente anatematizada. De la violencia de baja intensidad (descalificaciones, desplantes, insultos...) tenemos muchas muestras, quizá demasiadas, pero no vivimos en la época en la que Carl Schmitt reflexionó sobre el carácter conflictivo de la política. En aquella época, y en este país, la confrontación era realmente dura a nivel verbal, como bien explica un espléndido libro que, con el título *Palabras como puños*², narra la situación política durante la II República. Pero el enfrentamiento era total y el horizonte del uso de la violencia, incluida la guerra, era una amenaza real percibida y luego cumplida. Hoy día existen algunos nubarrones preocupantes, como el crecimiento de la xenofobia, de los nacionalismos excluyentes y de políticas que no sólo excluyen a sectores importantes de la población, sino que a algunos los están realmente expulsando; pero esos nubarrones todavía están bajo cierto control.

¿Existe alguna posibilidad de superar esta situación de confrontación política que excluye, o hace imposible, llegar a acuerdos? La respuesta debiera ser positiva en el marco de lo que se entiende por democra-

2. Fernando del Rey (Ed.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República* Madrid, Tecnos, 2011.

cia, caracterizada precisamente por la discusión libre y abierta acerca de los problemas de la *polis* y de las posibles medidas. En general, la democracia pretende construir un marco de convivencia en el que se generen las condiciones para facilitar esa controversia constructiva de la que habla Johnson. Desde luego hubiera sido posible un acuerdo si, como ocurrió en el periodo de la transición o restauración democrática, el objeto del debate se hubiera centrado en abordar algunos problemas fundamentales, al menos para la población, como son los de la crisis económica o la corrupción, junto con los del marco político general para España. En el peor de los casos se hubiera logrado un gobierno de corta duración, dos años, quizá tres, para centrarse en esos temas y volver a convocar elecciones con posterioridad.

Como ya he dicho antes, no se centraron en eso sino más bien en la conquista del poder para poder imponer al resto de la población su propia concepción de los problemas y su manera específica de resolverlos. Una primera lectura puede fomentar algo profundamente arraigado en nuestro país, con resabios procedentes de los 40 años de dictadura: los políticos profesionales son mala gente, solo obsesionada por sus propios privilegios y por aprovechar con el mayor beneficio personal posible su paso por la vida política. Ciertamente que la experiencia previa ha puesto de manifiesto que esa crítica acerada de la clase política tiene un fundamento en la realidad: corrupción casi sistémi-

ca que permite a un juez etiquetar a un partido como banda criminal, es decir, como una asociación organizada y estructurada para cometer delitos.

No sería, sin embargo, justo quedarnos en esa descalificación global. Estamos atravesando un momento de crisis profunda y todo indica que no es época de controversias constructivas en las que todos pueden salir ganando. Por acumulación de errores, pero también por la propia dificultad de los problemas que tenemos que afrontar, estamos en momentos de confrontación dura en la que unos ganan intencionadamente y otros pierden derrotados por los vencedores. Es más, eso es lo que está ocurriendo: cuando el gobierno en funciones insiste en que estamos saliendo de la crisis, olvida que son unos pocos los que efectivamente están saliendo, con una mejora sustancial de sus condiciones en el reparto de la riqueza, mientras que un número muy superior de personas están saliendo como auténticos perdedores, excluidos y expulsados, viendo cómo se disuelven las conquistas del Estado del Bienestar.

Son tiempos recios, en los que son necesarias personas dedicadas a la política con altura de miras y una ciudadanía más solidaria y más comprometida con la transformación social. Los primeros siguen atrapados en el cortoplacismo y en la lucha por el poder; los segundos, más bien víctimas de la situación que agentes de la misma, viven agobiados por el miedo de perder lo poco que tienen y sienten la tentación de cerrar filas para protegerse, aunque eso suponga excluir a otros perdiendo así la capacidad de apoyo mutuo sin la cual no hay ninguna posibilidad de solución no traumática. 

REFUTAR A SCHUMPETER

MIGUEL ÁNGEL CASTAÑO MARTÍN

Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas



Joseph Schumpeter, que concebía el sistema democrático como un mero sistema de relevación de elites y de contención de la tiranía, tenía una visión marcadamente negativa del ciudadano medio como agente político. Para él, como nos explica David Held, «el típico ciudadano argumenta y analiza la política de 'una forma infantil'». A la hora de tomar decisiones de carácter político como, por ejemplo, la orientación de su voto en unas elecciones, el ciudadano medio, nos dice Schumpeter, carece de un entendimiento comprensivo, amplio y suficiente de la realidad nacional e internacional que le permita formarse un juicio adecuado. Incluso, afirmaba, actúa de un modo mucho más racional como consumidor, elaborando análisis comparativos de precios y resultados, que como agente político. En este contexto, pues, terminan siendo las consignas elaboradas por los publicistas las que pasan a conformar su criterio y a fundar sus decisiones, querencias y afinidades políticas.

No hay duda de que, hasta cierto punto, el pensamiento de Schumpeter a este respecto resulta, si no convincente, sí al menos interesante.

Por otro lado, hace unos años, el profesor Zhang Weiwei, de la Universidad de Fudan (China), mantuvo una serie de diálogos sobre el liberalismo político y su posible acogida por China con el también profesor Francis Fukuyama; éste, apenas una década antes, había vaticinado el inminente *fin de la Historia* de la mano del triunfo del capitalismo económico y la democracia representativa occidental. Al igual que sucede con Schumpeter, las declaraciones del profesor Weiwei tienen el amargo regusto de las verdades que desearíamos no escuchar o, al menos, no hacerlo de forma tan directa. En ellas defiende el sistema de elección de elites chi-

no como un modelo que realmente garantiza la rendición de cuentas (*responsividad* o *accountability*) de los dirigentes, fundándose en criterios meritocráticos que impiden la llegada al poder de personas sin la preparación adecuada o suficiente. Por el contrario, el sistema democrático occidental, que en su discurso caracteriza de *hollywoodiense*, resulta incapaz, afirma, de garantizar algo parecido, en tanto que sólo aquellos más populares y no necesariamente los más cualificados llegan al poder en virtud precisamente del método en que son escogidos. Frente a las acusaciones de Fukuyama de cómo el sistema chino puede fácilmente degenerar en redes clientelares y nepotismo, Weiwei arguye que en los numerosos viajes que había hecho a Europa y a América a lo largo de los años se había ido encontrando con las mismas familias, cuando no las mismas personas, al frente o formando parte de los gobiernos democráticos, todo ello pese a las numerosas elecciones, el paso del tiempo y los errores de gestión en que tales líderes habían incurrido.

Como toda opinión que se plantea en términos absolutos, las posturas de Schumpeter y de Weiwei no son completas o enteramente honestas en la visión de la realidad que ofrecen con respecto a los modelos que estudian o comparan; en ellos subyacen silencios amargos, con mayor o menor fortuna capeados cuando salen a relucir (Weiwei, por ejemplo, aducía, frente al reproche del desprecio a los derechos humanos por parte de Beijing, la existencia de una idea esencialmente china y holística (*sic*) de los mismos, distinta del modelo individualista occidental). No obstante, las críticas que formulan son lo suficientemente contundentes como para propiciar el replanteamiento por nuestra parte de ciertos aspectos de las democracias occidentales. En particular, el papel de los ciudadanos.

De forma más o menos soslayada, ambos conciben la política como un recinto exclusivo de las élites. Para Weiwei, la legitimidad se funda en los resultados (algo así como la *output legitimacy* o legitimidad del desempeño con que algunos economistas han defendido instituciones poco permeables a la opinión pública como el Banco Central Europeo), algo similar a lo que postula Schumpeter, para quien lo esencial es la eficiencia en la gestión por parte de la burocracia del Estado. Para el primero, el sistema es justo porque cualquiera puede llegar a lo más alto si se encuentra debidamente cualificado y es apto para ello (obvia, de forma algo sospechosa, la necesaria adscripción a los ideales y prácticas del régimen comunista, siquiera sea con silencios conniventes y oportunamente dispensados).

Por su parte, el economista austriaco funda la justicia de su visión elitista del poder en la renovación periódica que garantiza el sistema electoral. En ninguno de los dos casos, y esto es lo relevante, es contemplado el hombre en tanto que animal esencialmente político, dotado de una tendencia natural (e incluso espiritual) a la participación en la *cosa pública*.

Se trata de visiones, antes bien, economicistas, fundadas en la eficiencia como valor supremo, si no único. Lejos de proponerlas como ideales a que aspirar, ambos autores nos colocan frente a sus contorsionadas visiones de la realidad para defender de este modo la plena vigencia de sus asertos. Para uno, la democracia *hollywoodiense* occidental es reflejo de una decadencia que sólo un poder monolítico y presuntamente meritocrático evitaría, mientras que para el otro es la conclusión inevitable de un sistema en que la maquinaria electoral sirve para la renovación puntual de las cabezas de la burocracia. La participación ciudadana (al margen del voto) es en ambos casos vista como indeseable, portadora de males e incubadora de erradas decisiones en términos de eficiencia.

En un plano teórico, las ideas de uno y otro repugnan a cualquier concepción de la comunidad política en que la persona ocupe una posición algo más cualificada que la de mero súbdito o elector. No obstante, una vez contrastadas con la realidad, es exigencia de la honestidad concederles, al menos, el beneficio de la duda.

Las tesis de Schumpeter sobre la capacidad de juicio del votante medio ciertamente han de ser sopesadas en su justa medida en unas sociedades en que el acceso a información y el escrutinio de la acción de los gobiernos son cada vez mayores. Bien es sabido, no obstante, que un incremento en la accesibilidad al conocimiento no garantiza en absoluto un mejor criterio o un mayor discernimiento por parte de quienes la disfrutan. En el extremo opuesto de la visión schumpeteriana, hallamos afirmaciones demasiado complacientes según las cuales el criterio del electorado es sacrosanto y la opinión pública se equipara a la verdad misma. En su representación extrema de la realidad, ambas visiones desbarran; la ciudadanía es, afortunadamente, demasiado compleja y variopinta como para tenerla por un ente del que sea posible formular características comunes. Si bien no fue su intención, Schumpeter nos puso en cierto modo frente a una idea que, años después y de un modo más poético, John F. Kennedy planteó a los estudiantes de la Universidad de Yale:

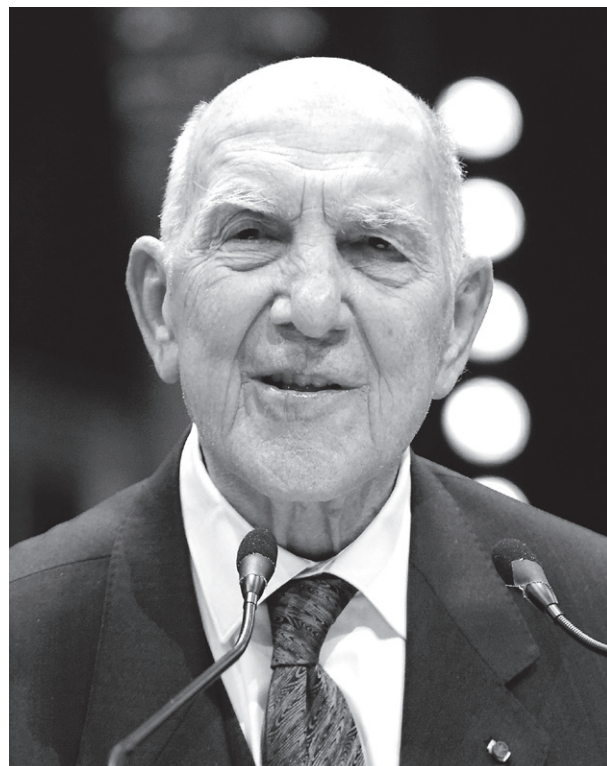
Too often we hold fast to the clichés of our forebears. We subject all facts to a prefabricated set of interpretations. We enjoy the comfort of opinion without the discomfort of thought.

La ciudadanía que una visión republicana y deliberativa del poder político conlleva no se agota, en efecto, en el ejercicio del derecho del voto, ni puede alabar las beldades del derecho a la libre expresión sin alentar, al mismo tiempo, la formación integral y el desarrollo de la capacidad de discernimiento de quienes han de opinar.

Es esta formación la que precisamente ha de tamizar el paso de la indignación a la acción. En su ya célebre obra *Indignez-Vous!*, Stéphane Hessel ensalzó la primera como premisa del compromiso político y como fundamento insoslayable de la acción, animando a los jóvenes a buscar aquellos hechos que justificarían su descontento y desencadenarían su movilización. Si bien su discurso equipa al ciudadano con el espíritu de autoafirmación que las visiones de Schumpeter y Weiwei niegan, parece, no obstante, convertirlo en un ser que, colapsado por su propia y frenética actividad, no hace sino reaccionar permanentemente, sin pausa, incapaz de elaborar un discurso y de formular un diagnóstico de esa realidad que lo indigna.

Más sugerente a este respecto resulta, no obstante, la visión del hombre (y ciudadano) que en estas mismas páginas comentaba la profesora Carmen Herrando a propósito del análisis de la obra de Byung-Chul Han. En ellas, nos mostraba un hombre cansado, agotado (el hartazgo también ha sido una característica habitualmente predicada del ciudadano indignado). Es, ciertamente, un cansancio distinto del provocado por la continua sucesión de acontecimientos y sucesos, distinto también de la fatiga causada por trepidantes jornadas laborales que tan sólo logran deshumanizar al hombre. Se trata de un cansancio esencial que sirve como base al florecimiento del espíritu y al ensanchamiento del alma. Un cansancio, un hastío, que provoca la reflexión, que despierta la capacidad crítica desde la contemplación serena, y que invita a la acción una vez las premisas han quedado bien fijadas.

El ciudadano medio, este ciudadano que se indigna, que está harto, que quiere cambio, aunque a veces no sepa bien en qué ha de consistir éste, se halla en la actualidad rodeado de muy diversas amenazas a su condición misma de animal político: de un lado, las llamadas continuas a la acción y a la indignación pueden hacerlo descarrilar de un camino hacia su autoafirmación como miembro de la comu-



STÉPHANE HESSEL. AUTOR: MARIE-LAN NGUYEN

nidad política que parecía promisorio, a falta de una reflexión serena sobre su propia realidad y la de su entorno; de otro lado, la extenuación a que nos aboca la vida trepidante en que vivimos encerrados, en una perpetua aceleración sin frenos, puede hacernos caer en la aquiescencia con esa idea de ciudadano-elector *schumpeteriano* (o, peor aún, con el súbdito sumiso de Weiwei) que, tras arrojar su voto en la urna, se vuelve de espaldas a la política y sus elites, a esa política que tan sólo añade cansancio a su ya estresado y agotador mundo.

La principal amenaza, sin embargo, es esa ignorancia en que una sociedad caracterizada por la superabundancia de información puede llegar a ahogarlo sin remisión. Frente a esto, resulta imperioso poner de relieve la exigencia colectiva y personal de la formación, base primordial para la elaboración legítima de juicios sobre la comunidad política

La principal amenaza, sin embargo, es esa ignorancia en que una sociedad caracterizada por la superabundancia de información puede llegar a ahogarlo sin remisión. Frente a esto, resulta imperioso poner de relieve la exigencia colectiva y personal de la formación, base primordial para la elaboración legítima de juicios sobre la comunidad política. Este razonamiento es susceptible de ser tildado, a lo mejor, de idealista y, a lo peor, de académicamente arrogante; no consiste, evidentemente, en exigir a quien forma parte de una cadena de montaje elaborar un juicio bien fundado sobre la conveniencia o no de establecer un límite imperativo de déficit público a las administraciones. Tal afirmación sería, no ya sólo ilusoria, sino incluso ofensiva a la razón misma. Resulta evidente que hay personas con mayor capacitación para valorar y resolver los asuntos públicos. Precisamente, a este respecto, conviene recordar que una democracia sana no excluye la existencia de elites; antes bien, garantiza su continua *responsividad* y la correcta preparación de las mismas para afrontar los problemas de la *polis*. Lo que se trata de poner de manifiesto desde estas líneas es la necesidad de espacios para el diálogo y la reflexión de los que todos puedan, de un modo u otro, formar parte; se trata de reivindicar debates en que el rigor sea premisa fundamental, de fomentar una prensa que se preocupe de trasladar a la ciudadanía, lo más intacto posible con respecto a injerencias ideológicas, un análisis sintético de aquello que se debate en sede parlamentaria. Se trata, en definitiva, de reivindicar a esos ciudadanos cansados de que hablaba Han, de reclamar ese tiempo tan necesario para la reflexión y el sosiego. Antes que la acción por la acción, como parece postular Hessel, resultan más imperiosas que nunca esa serenidad y esa sensatez que han de preceder a toda reflexión coherente de la realidad y a toda acción que pretenda cambiar la misma. Herrando lo expresaba de manera formidable en su artículo sobre el filósofo coreano:

Estos tiempos nuestros [...] no piden precisamente quietismo, pero sí una militancia sensata, alimentada de interioridad y de silencio, que son pilares para generar lucidez y contrarrestar el estruendo del mundo.

Es esa militancia sensata y reflexiva la que, efectivamente, nos ayudará a refutar a Schumpeter; la que nos servirá de guía para poder así enterrar su pertinaz negación del potencial papel del hombre como miembro activo de la comunidad política de la que por naturaleza forma parte. 

REFORMAR EL SISTEMA ELECTORAL, UNA ASIGNATURA PENDIENTE Y MUY COMPLEJA

JOSÉ JUAN VERÓN

Grupo de investigación Comunicación, política, periodismo y ciudadanía. Universidad San Jorge (Zaragoza)

En los últimos años ha arreciado en la opinión pública el debate sobre la reforma del sistema electoral español para caminar hacia otros modelos como el alemán o el británico. Se trata de un tema que siempre ponen sobre la mesa los partidos de ámbito nacional de pequeño tamaño y sobre el cual los partidos de ámbito autonómico o los partidos nacionales de tamaño medio y grande no tienen tanto interés en debatir. La relación es obvia y perversa, el momento en que un partido obtiene la representatividad necesaria para modificar esta cuestión coincide con el que deja de interesarle por motivos estratégicos, puesto que lo más probable es que una reforma implique perder escaños.

El sistema electoral español actual tiene dos pilares: el método D'Hont de reparto proporcional corregido y la división por circunscripciones provinciales. El primero tiene como finalidad esencial favorecer las opciones mayoritarias, garantizar grupos parlamentarios fuertes y fomentar la gobernabilidad. El segundo persigue que todos los ciudadanos españoles, independientemente del lugar en el que vivan tengan una representación mínima en las Cortes generales.

Por tanto, el sistema en sí no es ni bueno ni malo; responde a unas prioridades políticas que se decidieron en su momento y es completamente legítimo modificarlas e introducir cambios en la forma de repartir y asignar los diputados. Es más, en el caso español hasta la OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa), en su *Informe Final tras la Evaluación de las Elecciones del 20 de diciembre de 2015*, indicaba que: «El principio de igualdad de voto, que se mide por el número de votos necesarios para obtener un escaño, se ve vulnerado en numerosas circunscripciones en el caso de ambas cámaras»¹. Y no es la primera vez que este organismo llama la atención sobre el asunto.

Los partidos han propuesto de todo. Una posibilidad es la implantación de la circunscripción única como se hace en las elecciones europeas, de modo que todos los votos de los ciudadanos españoles valgan exactamente lo mismo y no se pueda decir eso de que determinados votos se tiran a la basura. Además, se relativizaría el peso de los partidos nacionalistas, que perderían poder y privilegios. La cruz de esta opción es que los territorios rurales, los menos poblados, quedarán condenados a la irrelevancia política y se alimentarían populismos de corte urbano, en donde se concentrarán los votos. Por no mencionar que esto implicaría una reforma de la Constitución y para ello deberían ponerse de acuerdo los 3/5 de los diputados, además de la mayoría absoluta en el Senado.

Para salvar estos escollos y ser diligentes en la reforma, Izquierda Unida planteó una fórmula mixta para la que, en principio, no parece necesario reformar la Constitución. Así, proponen reducir el número mínimo de escaños por provincia de los 2 actuales a 1. De este modo quedarían 50 escaños sin asignar que se repartirían en función de las sumas de los restos. Además, el sistema D'Hont se cambiaría por el de Hare².

Ciudadanos ha apostado por el modelo alemán, que combina escaños unipersonales con listas abiertas. Podemos no apuesta claramente por un sistema u otro, pero sí que ha incluido en su programa la modificación del actual y ha planteado en ocasiones la ampliación de la circunscripción electoral al ámbito autonómico en lugar del provincial actual.

Sin embargo, estos debates se quedan a medias, en tanto que el sistema electoral contiene unas implicaciones que van más allá de la aplicación de fórmulas matemáticas más o menos complejas. Así, no cabe plantearse una modificación del sistema electoral sin

1. <http://www.osce.org/es/odihr/elections/spain/227271?download=true>, p. 7.

2. http://www.sistemaelectoral.es/?page_id=61

repensar al mismo tiempo el papel del Senado y, con ello, el sistema de elección de los componentes de esta Cámara. ¿Y las diputaciones provinciales? ¿Cómo se eligen los parlamentos autonómicos? ¿Es correcto el número de representantes de las Cortes Generales? ¿Debe obligarse por ley a un sistema democrático de los partidos políticos con medidas como primarias abiertas? ¿Deben imponerse medidas de igualdad de género en las listas electorales? ¿Debe una sociedad que integra a todo tipo de minorías marginar electoralmente a las minorías poblacionales de las áreas rurales?

Entre todos los debates que se han lanzado en estos años, uno de los más interesantes es el protagonizó la iniciativa ciudadana **Más Democracia**³, y precisamente buena parte de su valor reside en formular esta cuestión como un asunto muy complejo con innumerables implicaciones que deben ser tenidas en cuenta con detalle y cuidado. Esta iniciativa planteó una propuesta abierta con ánimo de que fuera contestada e incluso desmontada, pero no ha conseguido la popularidad necesaria para enfocar el

debate público alrededor de esta reforma. Ya se sabe; es mucho más sencillo quedarse en lugares comunes porque informase, formarse y dotarse de razones y argumentos es algo que requiere esfuerzo.

Está claro que con el sistema electoral actual español unos partidos ganan y otros pierden, y que los que ganan son casi siempre los mismos: PP, PSOE y los partidos nacionalistas o autonómicos. Pero de lo que se trata en este asunto es de que gane la calidad de la democracia española sin que por ello se marginen a las minorías. Parece tan evidente como difícil.

Se antoja difícil porque los nuevos modos de la política están consagrando el uso de mantras y eslóganes que llevan a una búsqueda de soluciones simples de imposible implantación ante realidades muy complejas. Y se antoja más difícil en un contexto en el que la consecución de acuerdos políticos parece inviable, tanto por el enconamiento de posturas como por el aparente castigo de los votantes hacia aquellos que se muestran capaces de dialogar y flexibilizar sus posiciones iniciales. 

3. http://www.mas-democracia.org/ley_electoral

VOTANTES DECEPCIONADOS E INDIGNADOS

JULIA PÉREZ RAMÍREZ

Miembro del Instituto E. Mounier

Es la primera vez que ocurre en España. Nunca antes una votación había sido anulada por incapacidad de los políticos para ponerse de acuerdo. En sí no es un mal síntoma, simplemente nos muestra cuáles son las preocupaciones de quienes, al frente de los partidos políticos, tenían la posibilidad de ponerse de acuerdo, y cuál el seguimiento de sus bases, que se pliegan a sus acciones.

Lo bueno es que podemos volver a votar habiendo visto qué es lo que han hecho, qué ha primado a la hora de valorar sus alianzas y cuánto deseaban llegar al poder antes de pensar en el «bien de España» (esto es algo que suena incluso mal... «el bien de España» ¿Existe ese país? ¿Hay alguien que se preocupe por eso?).

Lo peor es que, entre tanto «personalismo» del malo (el del ego de Iglesias, Sánchez o Rajoy), se han olvidado de decirnos lo que deberíamos saber sobre las intenciones de los partidos, cosas que nos interesan para poder decidir a quién votar esta segunda vez: qué piensan hacer con el cupo, ridículo, de inmigrantes a los que deberíamos acoger; qué pasa con el empleo que no hacen crecer; qué modificaciones están dispuestos a hacer respecto a la política desastrosa que se está llevando en materia de ecología, educación y economía. ¡Ya es hora de que se den cuenta de que, para ver qué economía hay que desarrollar, primero hay que pensar en el bienestar de las personas, de todas las personas!

Estamos indignados y lo seguiremos estando porque ninguno de los tres partidos dominantes tiene intención ni interés en hacer las cosas de otra manera: no acabarán con la corrupción porque la llevan dentro, no acabarán con el desempleo porque prefieren manejarse con criterios deshumanizados y deshumanizadores y, a no ser que un partido político consiga la mayoría en las elecciones, el desarrollo de la nueva etapa que se abre el 26 de junio, se convertirá en una pelea continua sin ningún beneficio para nadie.

Nuestra indignación no acaba aquí porque tiene que ver también con el poco interés de los ciudadanos por todas estas cuestiones. Solamente unos ciudadanos que se desentienden de la política y de la sociedad en la que viven pueden consentir partidos y sindicatos como los que tenemos. Aquí no vale lo de «que buen vasallo si hubiese buen señor», aquí no hay buen señor ni buen vasallo porque hace mucho tiempo que hemos perdido el norte.

Europa se nos desmembrará también porque no hay Estado ni unión de Estados, solamente nos quedan los micro estaditos y cada uno en su pequeñito ecosistema sin ocuparse de los demás ¡como si eso fuera posible! Si seguimos con esa visión ética tan corta y miope nos seguirá pasando siempre lo mismo: nos daremos cuenta de todo el desastre que hemos creado fuera de nuestro rincón cuando el resto del mundo se nos venga encima. ¡Cuántos años hace, por ejemplo, que se nos viene avisando de que nuestro expolio sobre África nos traería a los africanos aquí! Pero lejos de querer hacer lo que debemos, Europa está pactando con genocidas, a los que subvencionará, para que controlen las migraciones. Es decir, está poniendo en manos de asesinos la vida de miles y miles de personas con tal de que no lleguen a Europa.

Nos quejamos de que somos un país con crecimiento poblacional mínimo (la tasa de reposición es de 2,1 y, en 2014, el índice de fecundidad de las mujeres españolas era de 1,32. Desde 1981 el índice de fecundidad es menor que la tasa de reposición), pero no aceptamos que tendrán que venir de otro lado las personas necesarias para poder sostener el país. Si no tenemos claro lo que queremos, será muy difícil que sepamos cómo conseguirlo. El futuro depende poco de una votación, depende de que empecemos a pensar y actuar de otro modo, de que nuestra responsabilidad personal tenga relevancia para todos y cada uno de nosotros. 

LA POLITIZACIÓN PARTIDISTA DEL PODER JUDICIAL

GRUPO DE SEVILLA

Instituto E. Mounier



1. INTRODUCCIÓN

La mayoría de los jueces y magistrados de nuestro país, con una gran preparación profesional, desarrollan su trabajo de juzgar y hacer ejecutar lo juzgado de una manera imparcial e independiente en los asuntos ordinarios. Sin embargo cuando tratan temas relacionados con el control del poder político, o causas penales donde hay implicados cargos públicos, surge uno de los males que aqueja a la justicia española: que la división de poderes es más formal que efectiva.

2. CAUSAS Y EVOLUCIÓN

Nuestra Constitución establece en el artículo 117.1, que la justicia emana del pueblo y se administra en nombre del Rey por Jueces y Magistrados integrantes del poder judicial, **independientes**, inamovibles, responsables y sometidos únicamente al imperio de la ley. Por lo que toda intromisión del poder político es un grave atentado a la Constitución, a los derechos fundamentales que en ella se reconocen y a la Democracia.

Por otra parte, en el Artículo 122.1 se establece que el Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) es el órgano de gobierno de los jueces y que su Ley Orgánica establecerá su estatuto y el régimen de incompatibilidades de sus miembros y sus funciones, en particular **en materia de nombramientos, ascensos**, inspección y régimen disciplinario.

Y en el punto 2 del mismo Artículo, se dice que el CGPJ estará integrado por el Presidente del Tribunal Supremo, que lo presidirá, y por **veinte miembros** nombrados por el Rey por un periodo de cinco años. De estos, **doce** entre Jueces y Magistrados de todas las categorías judiciales, **en los términos que establezca la ley orgánica**; cuatro a propuesta del Congreso de los Diputados, y cuatro a propuesta

del **Senado**, elegidos en ambos casos por mayoría de tres quintos de sus miembros, entre abogados y otros juristas, todos ellos de reconocida competencia y con más de quince años de ejercicio en su profesión.

En el desarrollo legislativo de este precepto se ha ido generando e incrementando la injerencia y control del poder político sobre el poder judicial. Pensemos por ejemplo la discrecionalidad que tiene el poder político para interpretar qué abogados y juristas tienen «reconocida competencia» para gobernar a los jueces.

En la primera Ley Orgánica del Poder Judicial (LOPJ) de 1980, en el artículo octavo, se establece que los doce Vocales de procedencia judicial serán elegidos entre Jueces y Magistrados pertenecientes a todas las categorías judiciales. Y en artículos siguientes concreta que la elección se llevará a cabo mediante voto personal, igual, directo y secreto.

En 1985, el Parlamento, con mayoría absoluta del PSOE, llevó a cabo la reforma de la LOPJ anterior. Ahora, **el poder político** tendrá la facultad de nombrar a los **20 miembros** del (CGPJ), y éste puede nombrar discrecionalmente todos los altos tribunales del poder judicial: Tribunal Supremo (TS), Tribunales Superiores de Justicia (TSJ), Salas Civil-Penal de cada comunidad, presidentes de las Audiencias Provinciales... y ya tenemos establecida la cadena: **los cargos más relevantes del poder judicial deben sus puestos al poder político**.

La reforma fue objeto de un recurso de inconstitucionalidad que no prosperó, quizás por la afinidad de los miembros del tribunal con el partido que la promovió. No obstante, la sentencia advertía de los peligros que supondría para la independencia judicial si no se interpretaba conforme al espíritu que proclama la Constitución.

El origen de la reforma era evitar que una mayoría de jueces conservadores¹ continuara gobernando el CGPJ y como consecuencia teniendo el control de los nombramientos de todos los altos tribunales encargados de controlar al poder legislativo y ejecutivo.

Esta situación fue mantenida en las siguientes legislaturas. El pacto por la justicia del año 2001 entre los dos grandes partidos, la reforma del 2003 de la LOPJ y las posteriores, agravaron la situación.

Las asociaciones judiciales², conservadoras y progresistas, contribuyeron a esta distorsión, polarización y politización de la justicia, participando activamente

en la política de nombramientos entre sus asociados. En 2010, mil cuatrocientos jueces y magistrados de toda España alzaron su voz en un manifiesto llamado «Plataforma por la despolitización e independencia judicial», donde denunciaban la **invasión y control deliberado e ilegítimo del poder político sobre el judicial** y declaraban intolerable su existencia porque pone en peligro la separación de poderes y con ello la democracia.

Otro gran grupo, «Plataforma cívica por la independencia judicial», integrada por juristas, jueces, fiscales y abogados, ha presentado hasta tres quejas ante la ONU, la última en enero de 2016, en las que critican el procedimiento utilizado por el CGPJ en los nombramientos. Procedimiento que carece de garantías legales porque no está basado en criterios objetivos y capacidad profesional, respondiendo claramente a intereses e influencias partidistas.

La injerencia política en los nombramientos está motivada por el hecho de que los altos tribunales controlan toda la acción ejecutiva del gobierno (sala tercera del Tribunal Supremo), instruyen y juzgan las causas penales de los miembros de la cámara legislativa y del gobierno, así como de los presidentes de las comunidades autónomas (sala segunda del TS). De la misma manera los Tribunales Superiores de Justicia de cada Comunidad autónoma hacen lo propio con los cargos de los poderes ejecutivo y legislativo.

El hecho de que la mayoría de los políticos con cargo estén aforados, es decir, que no son juzgados por su juez natural sino por los altos tribunales, justifica el interés de éstos por controlar a sus controladores. Lo cual es un auténtico despropósito que ha contribuido, sobre todo en la última década, a la corrupción, al sentirse los políticos impunes y por encima de la ley. Esto crea además una desigualdad con el resto de ciudadanos y atenta gravemente al derecho fundamental reconocido en el Artículo 14 de la Constitución: Los españoles son iguales ante la Ley³.

Si a todo esto unimos que los poderes legislativo y ejecutivo proponen y aprueban todas las normas procesales y de organización; así como la dotación de medios personales y materiales a través de las leyes presupuestarias; pueden influir directa o indirectamente en la agilización o entorpecimiento de la función jurisdiccional, con lo que la independencia se ve de nuevo comprometida.

1. Presuntamente, la mayoría de los jueces podían ser sospechosos de ser afectos al régimen dictatorial que acababa de ser liquidado.

2. Actualmente son cuatro: Asociación Profesional de la Magistratura, Asociación Judicial Francisco de Vitoria, Jueces para la Democracia y Foro Judicial Independiente.

3. Dicho claramente, si uno de nosotros es procesado, será juzgado por el juez de la jurisdicción que le corresponda, en cambio, si un político aforado es procesado tiene un amplio margen para evitar las peores consecuencias.

3. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Como medidas para despolitizar la justicia, la mencionada «Plataforma cívica por la independencia judicial» propone cinco puntos que han hecho públicos a primeros de año:

1. Sistema mixto de elección de vocales del Consejo General del Poder Judicial entre la judicatura y el parlamento conforme al artículo 122 de la Constitución y supresión de la designación autonómica de magistrados en los Tribunales Superiores de Justicia. Democratización de la carrera judicial mediante el principio: «un juez, un voto».
2. Garantía de la separación de poderes mediante la reducción o supresión de los aforamientos e indultos gubernativos.
3. Fin de la actual discrecionalidad en la designación de cargos judiciales por el Consejo General del Poder Judicial mediante una regulación objetiva de los nombramientos.
4. Eliminación de las puertas giratorias entre Justicia y Política: mediante reformas legislativas que eviten el retorno inmediato a la jurisdicción tras el ejercicio de cargos políticos o los injustos agravios en la antigüedad escalafonal.
5. Investigación criminal: dirigida por autoridad imparcial, independiente, inamovible y desligada por completo de cualquier contacto, directo o indirecto,

con el Poder Ejecutivo, Legislativo o cualquier otra influencia política.

Las propuestas de los nuevos partidos apuntan a una reforma de la Constitución. Por un lado Podemos, aboga por una reducción en el CGPJ de 20 a 15 miembros y elegidos por sufragio directo entre jueces, magistrados, fiscales, secretarios judiciales y juristas de reconocido prestigio con 10 años de experiencia; avalados por asociaciones, sindicatos o plataformas ciudadanas. Mientras que Ciudadanos lleva en su programa la supresión del CGPJ y sus funciones serían asignadas al presidente del Tribunal Supremo, que lo sería del Poder Judicial, elegido por el Congreso de los Diputados, con el voto a favor de las dos terceras partes de sus miembros, entre magistrados del Tribunal Supremo, con al menos 20 años de ejercicio en la carrera judicial y que no hubieran tenido vinculación con ningún partido político ni ostentado cargo representativo de carácter público.

En todo caso, el cambio necesario para una completa independencia del Poder Judicial está hoy en manos de los partidos políticos, y parece difícil que éstos suelten los controles. Por ello es preciso que la opinión pública presione en favor de una estricta división de poderes, pues aunque algunos aseguren que «Montesquieu ha muerto», nos conviene mucho mantenerlo vivo, pues de lo contrario sólo podemos esperar una concentración del poder que nos hará a todos, no sólo a los jueces, cada vez menos independientes. 

LA FALACIA DE LAS AUTONOMÍAS

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento



Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras
(Miguel Hernández)

1. DEL ENTUSIASMO A LA DECEPCIÓN

La pérdida de popularidad del modelo autonómico español es un hecho que se viene constatando en estadísticas sucesivas. Así, cuando en la encuesta de septiembre de 2012, el CIS preguntaba a los encuestados por el modelo territorial el resultado era que sólo el 30% era partidario de no cambiar el modelo actual, mientras el 24,5% defendía «un único Gobierno central sin autonomías» y un 14,5% era partidario de reducir las competencias de las Autonomías. En el extremo opuesto un 18% demandaba más autonomía. En resumen, 4 de cada diez españoles prefería un mayor centralismo.

¿Qué ha sido de aquel entusiasmo descentralizador de los años 80? ¿Por qué este escepticismo respecto a las autonomías? Cuando les conviene, los políticos suelen adular al electorado diciendo que el pueblo es sabio y eso es lo que deberían decir respecto a este asunto. Nosotros lo diremos de otro modo: la gente no es tonta, ni le gusta que la tomen por tonta y ha comenzado a darse cuenta de que el emperador está desnudo aunque se tape con la bandera autonómica correspondiente.

No es extraño, por tanto, que ya en los inicios de la ola autonomista los gallegos reaccionasen con incredulidad y frialdad y en Galicia solo un 28,27% del censo acudiera a votar en el referéndum de su Estatuto en 1980, de los cuales sólo un 73,35% lo hizo a favor. Más tarde en 2007, en plena oleada de reformismo estatutario, la reforma el Estatuto de Andalucía atrajo sólo al 36,28% de los electores andaluces, con un 87,45% a favor. Más asombroso aún es que el presuntuoso nacionalismo catalán sólo consiguió convencer al 48,85% del censo, para aprobar el Estatuto de Cataluña de 2006 con un 73,24% de los votos emitidos, lo que significa que sólo 36 de cada 100 catalanes lo aprobaron positivamente.

Una lectura no ingenua o interesada de estos resultados debe sacar a la luz su significado, que no es otro que el de un grave déficit de legitimidad de unas normas que deberían estar reforzadas por mayorías cualificadas. Por el contrario, en lugar de hacer reflexionar a los políticos regionales y llevarlos a una mayor modestia, un desvergonzado orgullo les lleva a exhibir un triunfalismo autonomista que no tiene fundamento en los hechos.

2. ORGANIZACIÓN TERRITORIAL DEL ESTADO: RACIONALIDAD Y DEMOCRACIA

La Constitución de 1978 intentó una solución pragmática para el problema de la organización territorial del Estado mediante un compromiso entre la unidad de España y algunas reivindicaciones regionales, en aras de una prioritaria transición de un Estado dictatorial a uno democrático. Se eludió entonces el conflicto entre los intereses generales y los particulares, o entre la racionalidad administrativa y la reserva de poder para las élites regionales, algunas muy bien posicionadas. Con el tiempo, estas contradicciones que no se resolvieron, se enconaron y llevaron a una descentralización deforme, desequilibrada, asimétrica, insolidaria, irracional, a veces arbitraria, con frecuentes episodios de chantajismo y alguno próximo a la sedición.

El territorio es un elemento esencial de todo Estado, sin embargo su organización concreta es una característica contingente y de ninguna manera inmutable, pero sea cual sea la estructura elegida debe atender a exigencias de racionalidad. Si entendemos que el Estado es un aparato destinado al servicio de la sociedad que lo ha creado y de todas y cada una de las personas que la componen, entonces debemos exigirle que cumpla su misión con la mayor eficacia posible y para ello, entre otras cosas, deberá dotarse de una administración organizada territorialmente del modo que mejor facilite sus tareas. En principio, la descentralización del Estado será una solución tanto más racional, cuanto mayor sea la extensión y población del país o cuando algunas peculiaridades lo hagan aconsejable. No obstante, hay excepciones de países que han demostrado que su centralización es más eficaz que la descentralización de otros. Es el caso de Francia, sin ir más lejos. Sin embargo, esto no es un argumento contra la descentralización, pues podemos oponer el caso federal de Alemania como ejemplo de las bondades de ésta. En ambos casos lo sustantivo es el buen gobierno, mientras la organización territorial está subordinada a este objetivo supremo.

En España, en cambio, se ha construido una falacia con el Estado de la Autonomías. Se optó por la descentralización, pero en lugar de aplicar seriamente un modelo federal como el alemán, se construyó un aparato multacentralista: pasamos de uno a diecisiete centralismos, algunos son un remedo de Estado, otros son ambiciosos competidores del Estado central. En lugar de poner la organización territorial al servicio del buen gobierno, parece como si se hubiera invertido la finalidad para dar protagonismo y contentar a ciertas élites locales, incluso en detrimento del bien común de todos los españoles.

¿Nos engañamos o nos engañaron? Sea como fuere, ahora se impone con urgencia una reflexión sobre el proceso de las Autonomías. En 1978 se sobreentendió que la descentralización era consustancial a la democratización. Aunque esto no fuera así necesariamente, las circunstancias invitaban a verlo así. Elegimos descentralizar porque en nuestro ánimo eso significaba una desconcentración del poder a favor de la sociedad, una cercanía mayor de los gobernantes al pueblo, un control más exhaustivo por razón de proximidad, un Estado de derecho más respetuoso con las personas, un Estado social que impulsara una distribución más equitativa de la riqueza, una promoción de las regiones más desfavorecidas y un mayor equilibrio regional... En definitiva, se creyó que los deseos de una democracia construida de abajo arriba, de una

democracia de verdad, se verían cumplidos por medio del Estado de las Autonomías.

3. FRACASO DE LA EVOLUCIÓN DEL TINGLADO AUTONÓMICO

Hoy, sin embargo, se puede comprobar que el camino recorrido ha sido precisamente el inverso: las autonomías se han construido de arriba abajo y los protagonistas de ese constructo han sido las oligarquías económicas y políticas regionales o las sucursales de las nacionales. Por un lado, los antiguos caciques provinciales o regionales reconvertidos en demócratas no tardaron en ocupar un lugar preeminente, o en abrir vías de influencia. Por otro, las autonomías se convirtieron en un bocado muy apetitoso para unos partidos políticos lanzados a una carrera frenética por la acumulación de poder que, además, encontraron una oportunidad para calmar la avidez de cargos políticos de su militancia y de recompensar la obediencia a los líderes y la pertenencia a la corriente dominante.

De este modo, la descentralización se quedó a medio camino, consolidando a las élites existentes o instalando a otras aparentemente nuevas, con el resultado del surgimiento de poderes regionales que necesitan desarrollar acciones visibles para legitimarse ante el electorado. Y, para ello, se han convertido en núcleos de poder reivindicativo que compiten por un mayor trozo de pastel de los fondos estatales, aunque sea en detrimento de los otros núcleos y, por tanto, con una creciente insolidaridad, que llega a su culminación en los casos de autonomías que cuentan con partidos nacionalistas, verdaderos especialistas en gestionar situaciones de privilegio existentes que no sólo no disminuyen, sino que logran con éxito ampliar, pese al discurso victimista o amenazador.

La insuficiente democratización del proceso descentralizador ha dado lugar a irracionalidades y perversiones, dos capítulos muy extensos que, aunque diferentes, tienen en común la irresponsabilidad de gobernantes y gobernados.

1. Por un lado, las aspiraciones crematísticas de los poderes autonómicos han dado lugar a continuas presiones frente al poder central que empujan hacia un reparto del presupuesto público irracional, ineficiente e injusto, tanto en sentido horizontal¹, como vertical².

El gasto autonómico es con frecuencia despilfarrador. Todas las Comunidades han querido emular a las autonomías más ricas³, a Cataluña y al País Vasco, desarrollando unas administraciones que han ido creciendo excesivamente, asumiendo más competencias de las necesarias, haciendo inversiones en proyectos improductivos, que se supone darán prestigio a la Comunidad, desarrollando infraestructuras subutilizadas... La consecuencia ha sido un endeudamiento insostenible que hipoteca los ingresos futuros, más aún cuando la crisis obliga a recortar los gastos.

Un símbolo de estos lujos improductivos lo encontramos en los 17 Parlamentos Autonómicos, con sus 1268 diputados, cuyo coste, sólo en sueldos, supera en conjunto los 300 millones de euros, que se podrían justificar si dieran lugar a algún beneficio para todos. Pero ocurre todo lo contrario, estos Parlamentos han multiplicado la producción de normas innecesarias que hacen proliferar unas particularidades que, en muchos casos, equivalen a barreras que obstaculizan la fluidez de las relaciones de todo tipo, no sólo comerciales.

2. El segundo problema viene de que las Autonomías se han convertido en poderes incontrolados, lo que ha facilitado el surgimiento de numerosos casos de corrupción que nadie ha atajado, incluso cuando a veces había algo más que sospechas. Seguramente los casos más escandalosos de corrupción son los asociados a las autonomías: Madrid, Valencia, Mallorca, Cataluña (con el famoso 3% y la implicación del *Molt Honorable*), Andalucía (con el procesamiento reciente de dos ex-presidentes por causa de los ERES falsos), etc. Además, toda una corrupción de baja intensidad se ha extendido en amplias capas de la población en forma de un clientelismo político muy difícil de erradicar.

1. Así, Cataluña aspira a un sistema equivalente al Concierto Vasco o al Convenio Navarro, privilegios anacrónicos, que no existen en ningún lugar de Europa y que deberían desaparecer, se convierten en el modelo deseado. Dicho sea de paso, el monto del cupo vasco, no ha sido actualizado en años, por lo que su cuantía es muy inferior a lo que debería ser, de ahí que algún economista ilustre lo denomine el «pufo vasco».

2. La administración municipal, la más próxima al ciudadano y a sus problemas, se convierte en la Cenicienta del sistema político a la hora del reparto del presupuesto público.

3. No hay que ser marxistas para ver, en éste de la riqueza, el «hecho diferencial» decisivo, por mucho que el discurso nacionalista nos quiera hacer ver otra cosa: es cuestión de dinero, no de poesía.

Pero hay más, a veces irracionalidad y perversión se han unido y han actuado descontroladamente; baste como ejemplo la caótica gestión de las Cajas de Ahorro, entregadas por una ley de Felipe González al arbitrio de las Comunidades Autónomas, e invadidas inmediatamente por los políticos regionales de todas ellas, que terminaron por arruinarlas, en una gestión infame del ahorro popular que en la mayor parte de los casos ha quedado impune.

4. ¿QUÉ HACER?

Con esto, no proponemos la vuelta a un Estado unitario, pero abogamos por disolución del actual Estado de las Autonomías. La situación ha llegado a unos extremos en los que lo más sano es una reforma drástica que replantee enteramente el Título VIII de la Constitución, y esto debe hacerse sin miedo, afrontando los problemas reales para rectificar las graves deficiencias del sistema actual.

Entendemos que los objetivos básicos son tres:

1. Mantener la descentralización administrativa dotándola de mayor racionalidad, de manera que se aprovechen mejor las economías de escala, se liquiden rigideces, se facilite la movilidad de las personas y de los recursos económicos. Esto significa que podrían desaparecer Comunidades y crearse otras con más recursos y capacidades.
2. Profundizar la democratización, lo que llevaría a desbloquear el poder concentrado en las instan-

cias autonómicas para distribuirlo hacia abajo, potenciando a los municipios. De manera que los poderes regionales estarían sometidos a un doble control, desde arriba por la administración central y desde abajo por la municipal⁴.

3. Lograr una España más unida, igualitaria y solidaria, eliminando la asimetría actual entre autonomías de primera, segunda o tercera categoría. Pues debe quedar claro que en España nadie es más que nadie, y si alguien es menos habrá que apoyarlo para que sea más.

Para ello, tres principios nos parecen irrenunciables:

1. Subsidiariedad: todo lo que pueda hacerse con menor o igual coste a un nivel inferior no deberá hacerse a un nivel superior, lo que significa un desarrollo de la responsabilidad social.
2. Federación: es necesario dividir para cooperar, complementarse y ayudarse mutuamente (esto lleva implícito que se realice la igualdad horizontal).
3. Autoridad: es necesaria para frenar la parcialidad, la arbitrariedad, el abuso y los intereses creados. En última instancia debe imponer el bien común de todos frente al bien particular de unos pocos sujetos o de una colectividad parcial.

El cambio necesario no será fácil, pues hay demasiados individuos y colectivos dispuestos a defender unos intereses que no querrán ceder, por ello, es precisamente el principio de autoridad el que inicialmente habría de tener mayor protagonismo, dadas las resistencias que se opondrían. 

4. Como el regional, también en el ámbito municipal se requiere una racionalización para una mayor eficacia.

EL ZOO CATÓDICO

RAFAEL CID

Periodista

«¿Es real la realidad?»

(Paul Watzlawick)

Hablar de los medios de comunicación en España supone explorar un ómnibus de opciones. Qué tipo de medios existen; cuántos hay; qué influencia tienen entre las masas; cuál es su régimen de propiedad; y qué marco legal les compromete, entre otros *inputs* de segunda división. Eso es en el plano experimental. Porque en el orden teórico las coordenadas para un análisis medianamente riguroso deben partir del artículo 20 de la vigente Constitución que garantiza la libertad de expresión sin censura previa. Un derecho fundamental en toda democracia que se preste.

Y ese es el problema seminal. La referencia ineludible como punto de partida para entrar en materia. En nuestra norma suprema, lo que constituye la Primera Enmienda en el primer país en el mundo en abrazar la democracia representativa, el titular de la información es el ciudadano, no los medios de comunicación ni los periodistas que trabajan en ellos. Las personas, *grosso modo*, son las depositarias de ese derecho a conocer, que además, para surtir el efecto encomendado de entender el mundo circundante, debe llevar la impronta de la veracidad como gen dominante. Rasgo en peligro de extinción con todo lo que esa mutación conlleva.

No es lo mismo medios que median para contribuir a fin legítimo, que medios que configuran sus propios fines para condicionar la toma de decisiones de los seres humanos. En el primer caso, el titular es la persona; en el segundo la gente pasa a ser lo adjetivo y en muchas ocasiones rehén-cobaya del medio. O si se prefiere verlo desde el punto de vista estrictamente político: en un supuesto se contribuye a socializar la autonomía del individuo en sociedad y en el otro a socializar la heteronomía para los poderes fácticos.

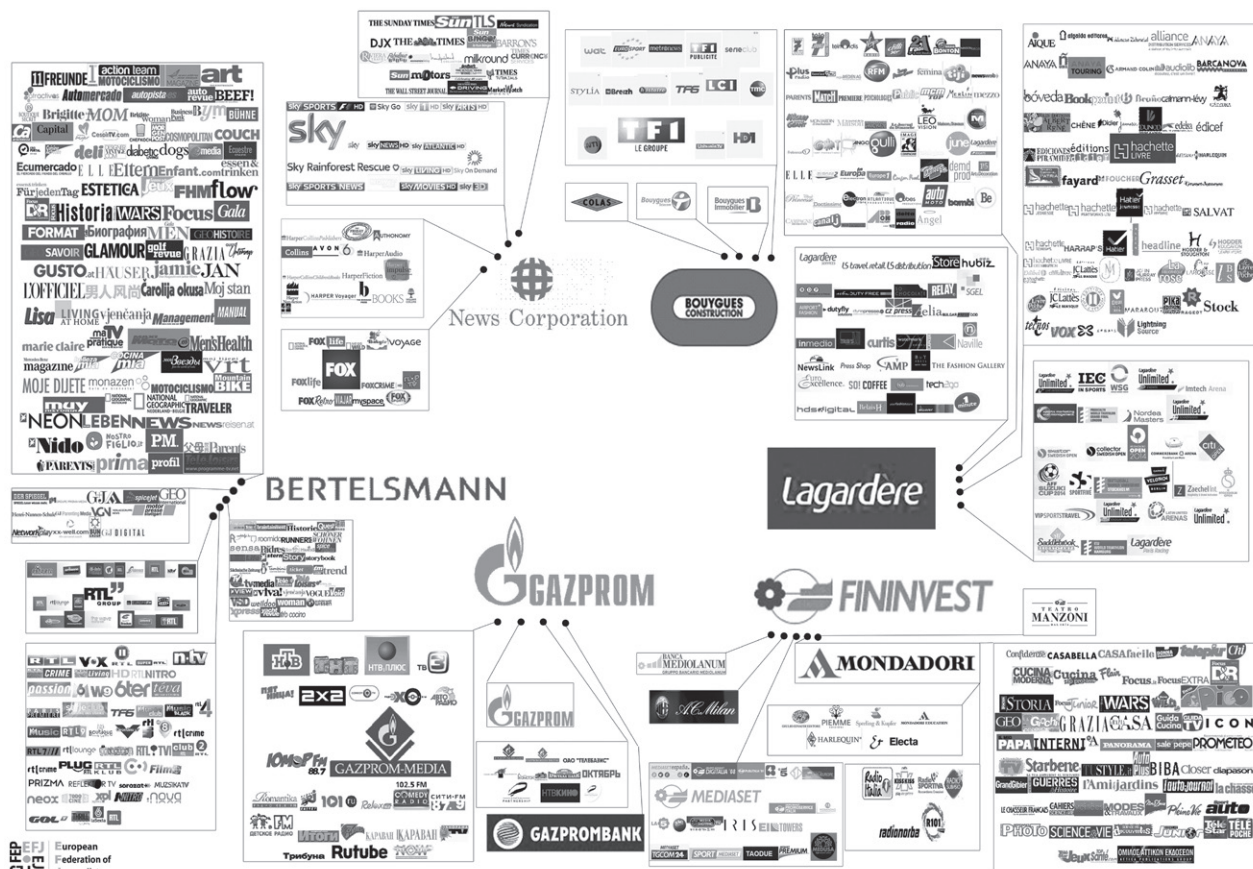
De alguna forma, es lo que a menudo sucede en la vida real con la representación política ejecutada como delegación de los electores a los elegidos. Una inver-

sión de la carga de la prueba que convierte al medio y al representante (otro intermediario) en un nuevo panóptico social. Por lo demás, como el sistema pivota sobre la estructura económica capitalista dominante, se trata de rasgos compartidos, tendentes todos ellos a aislar al ciudadano de sus atributos, deslocalizándolos extramuros.

Este vaivén alienante se comprueba en el hecho distópico de que sean las personas jurídicas (empresas) quienes gozan de la capacidad de autogestionarse (la mano invisible autorreguladora), mientras las auténticas personas (físicas, valga el pleonismo) son sometidas a la coacción de poderes externos a su voluntad, y en muchas ocasiones incluso de su entendimiento. Una infantilización instrumental que no impide que desde instancias de poder se hable de principios inspiradores como mercado libre, competencia perfecta o pluralismo político-ideológico. Supuestos identitarios ajenos a la práctica habitual, tanto en el campo de la economía como en el de la política o de los medios. La función crea el órgano.

CUALQUIER TIEMPO PASADO

Remitirnos a los clásicos de la teoría de la comunicación en el tiempo presente es condición *sine qua non* pero no suficiente para la comprensión del fenómeno mediático. Pocas cosas han envejecido más deprisa que los medios, las herramientas tecnológicas que más innovación soportan. Por ejemplo, sostener en estos momentos la plena vigencia del famoso aserto del gurú Marshall MacLuhan, «el medio es el mensaje», supone adentrarse en un terreno desconocido y seguramente establecer conclusiones bastardas. El medio podía ser el mensaje, como el efecto diana de la aguja hipodérmica, cuando los dos grandes avances en la tecnología de la comunicación de masas, superadores de la prensa escrita, eran la radio y sobre todo la naciente televisión. Medios de una sola dirección,



FUENTE: FEDERACIÓN EUROPEA DE PERIODISTAS (FEP). MUESTRA LOS SEIS GRANDES CONGLOMERADOS MEDIÁTICOS QUE DOMINAN EL SECTOR EUROPEO, DOS DE LOS CUALES ESTÁN PRESENTES EN ESPAÑA A TRAVÉS DE LOS GRUPOS ATRESMEDIA (BERTELSMANN) Y MEDIASET (FININVEST).

sin interactividad ni conectividad, del productor (emisor) al consumidor (receptor) unidimensionalmente. De ahí, la taxonomía entre «medios fríos» (la radio) y «medios calientes» (la televisión), según permitan más o menos interacción al receptor de la comunicación.

Pero cada año se opera una revolución técnico-científica en el sector que deja obsoleto lo que la víspera aún era una novedad. Desde la irrupción de internet, fruto de una iniciativa militar, que dio origen a la globalización, hasta el infinito mundo de los teléfonos inteligentes, las tabletas, las web 2.0 y otros utillajes que han creado una nueva galaxia relacional llamada «redes sociales». Nuevas «extensiones del ser humano» que integran y enredan, por primera vez en la historia de la humanidad, sonido, imagen y escritura en «tiempo real» (Ver *La era de la información*, de Manuel Castells), que tiene su contrapunto «analógico» en el veterano quincenal alternativo y cooperativo

Diagonal. Un nuevo tipo de sincretismo informacional donde conviene desbrozar el *software* del *hardware*. Comunidades virtuales, digitales, impersonales, cuyos efectos más inmediatos han llegado a la política, configurando un cosmopolitismo plebiscitario sin rostro humano, que recrea en la distancia al sufragio censatario pre-democrático.

¿La vieja política a la última moda? No exactamente. Porque la entrada en escena de estas herramientas de comunicación también dibuja, más que una brecha digital, un complejo de dos hemisferios cognitivos dispares. De un lado, estarían los medios tradicionales con su clientela política ubicada entre las personas de más edad y el mundo rural, y en otro, con un futuro cada vez más próspero, los recién llegados, de perfil ostensiblemente urbano y joven. Un *totum revolutum* que hace insostenible el actual tinglado corporativo de la comunicación, casi monopolizado por empresas privadas donde los periodistas, como meros asalariados

de la información, carecen de capacidad de intervención sometidos como están a la lógica de «la obediencia debida» al empleador. Un simulacro de pluralidad que se completa con la inoperatividad en el sector del sindicalismo independiente, mientras aún persisten como sucedáneo unas «asociaciones de la prensa» muñidas en el antiguo verticalismo y reformuladas en la democracia con la etiqueta de «accionistas».

QUIÉN MANDA AQUÍ

Despojado del trasunto ético y diferida su responsabilidad, los grandes medios son hoy colosales corporaciones de comunicación en manos privadas, con las que los escasos medios públicos existentes (en realidad gubernamentales y partitocráticos) sólo actúan como la excepción que confirma la regla. Desde esas plataformas multimedia, con antenas informativas, publicitarias, de entretenimiento y culturales, se teledirige a la opinión pública en casi todas sus manifestaciones (hábitos de consumo, hobbies, creencias, etc.). Más que nunca la opinión pública es la opinión publicada. Con su fuego graneado diario constante se moldea lo que Víctor Romano ha llamado la «mentalidad sumisa», tan próxima a la «servidumbre voluntaria» de Étienne de la Boétie. Otra forma de expresarlo sería decir que el sistema informativo así concebido produce una retroalimentación negativa que a su vez retroalimenta el *statu quo*, en vez de contribuir a su innovación constante, que es la base del binomio información-comunicación.

En el año 2015 el consumo medio diario de televisión en España era de 4 horas y 25 minutos (32 horas a la semana los niños entre 2 y 5 años). Lo que elevado a la esperanza de vida del presente, significa que el *homo videns* (Giovanni Sartori *dixit*) ha entregado a la pequeña pantalla una quinta parte de su existencia. Con ello se ha producido, en el orden mediático, una trepanación del espacio público por lo privado, mal remedo de aquella sentencia que impregnó el primer neoliberalismo de «vicios privados producen virtudes públicas». Una deriva a la que contribuyen de manera eficaz los mismos poderes democráticos, al favorecer el monopolio mediático de las privadas para mejorar la libertad de información en 1988 con sus únicos votos, el que durante la etapa de Rodríguez Zapatero desreguló el sector quitando las últimas trabas a la expansión monopolista de las privadas.

Para ello el PSOE se movió en dos direcciones opuestas. Por un lado, impidió la doble financiación a las televisiones públicas aduciendo competencia desleal, con lo que el pastel publicitario quedó en bue-

na medida a recaudo de la competencia, y por otro permitió la fusión entre cadenas y eliminó los límites accionariales existentes para la inversión extranjera. De ahí salieron extraños amancebamientos, como la venta de La Cuatro del Grupo Prisa a Gestevisión T5, del magnate italiano Silvio Berlusconi, y de La Sexta, del antiguo trotskista catalán Jaume Roures a Planeta, propiedad de la familia Lara Bosch. La Sexta (digital) y La Cuatro (la marca para emitir en abierto de Canal+) salieron al aire en 2005, durante la primera legislatura de Zapatero, quien previamente había sometido a TVE al veredicto de un Comité de Sabios que concluyó justificando un brusco debilitamiento de su estructura operativa, tanto en profesionales como en recursos, con la excusa de mejorar su viabilidad. La cuestión sigue siendo la que expresó en *Alicia a través del espejo* Humpty Dumpty: «Quién manda aquí. Eso es todo».

LA FINANCIARIZACIÓN DE LA COMUNICACIÓN

De esta forma, lo que empezó con la excusa de ampliar el espectro informativo culminó en la mayor concentración televisiva de la historia. Se emuló al bipartidismo dinástico hegemónico, integrado por el tándem político PP-PSOE y su réplica sindical CCOO-UGT (no olvidemos la presencia de un ex secretario general, José María Fidalgo, en territorio FAES), en un modelo bípodo que bascula entre el Grupo A3TV (Onda Cero) y Gestevisión T5. Incluso nuevos actores políticos, como el partido Podemos intentan abrir brecha en este universo combinando púlpitos televisivos de formato innovador (La Tuerka y Fort Apache) con una especie de ciberactivismo en las redes sociales más concurridas. Ni que decir tiene que este nuevo populismo 2.0 tiene como servidumbre un estilo de liderazgos volcados en el negocio del espectáculo para intentar captar adeptos entre la masa acrítica de espectadores que pueblan la pequeña pantalla. De hecho, su secretario general Pablo Iglesias ha hecho célebre el dicho «no se milita en los partidos, se milita en los medios». Y Ariel Jerez, profesor de sociología experto en comunicación social, hoy en la dirección de Podemos, lo explicaba así en un breve ensayo, *Comunicación y Ciudadanía*: «los medios ya no son el cuarto poder que controla el poder político para beneficio de la sociedad (...) los medios son ahora el portavoz del Poder».

El escenario mediático audiovisual se completa en el plano de la prensa escrita con una estructura algo más flexible, aunque conserva relaciones (accionistas cruzados) con el zoo catódico. *El País*, propiedad de

Prisa (Cadena Ser); *ABC*, de Vocento; *El Mundo*, de Unidad Editorial (Grupo); *La Razón*, de Planeta; y *La Vanguardia* son las cabeceras líderes de los quioscos. En muy segundo plano aparecen los aparatos mediáticos de la Conferencia Episcopal (la COPE y 13TV); Intereconomía (*La Gaceta*, radio Intereconomía e Intereconomía TV). Al margen de los canales generalistas de primer rango, los mayoritarios controlan también otras frecuencias subsidiarias como forma de rentabilizar la cartera publicitaria entre diferentes franjas de público. Por ejemplo, *Vocento* posee el 50% de Disney Channel, MTV España y Paramount Channel.

Un hecho diferencial entre los nuevos *holdings* de comunicación y los tradicionales medios está en que en la mayoría de los casos hoy no se trata de empresas exclusivamente informativas, sino de mercantiles fuertemente emparentadas con el mundo financiero y las multinacionales, que deciden su agenda, en lo que podríamos calificar de integración transversal. Unidad Editorial pertenece a RCS MediaGroup, propiedad de un consorcio empresarial donde destacan FIAT, la financiera Mediobanca, Pirelli y Benetton. Detrás de Vocento se encuentran los intereses de la familia Luca de Tena, los Ybarra, los Aguirre, dos conspicuos representantes de la oligarquía vasca conectados directamente con el BBVA.

Por su parte, el Grupo Prisa, después de una etapa de expansión desmesurada en Latinoamérica que le ha hecho contraer una deuda asfixiante, está en manos de un auténtico avispero financiero donde cohabitan, junto a los herederos del fundador, Jesús Polanco, en situación descendente, entidades radicadas en paraísos fiscales, fondos buitres y multina-

cionales como Liberty Acquisitions (Goldman Sachs, Credit Suisse); Soros Fund; Deutsche Bank; Morgan Stanley; Bank of América; ISBC; Banco de Santander; La Caixa; Telefónica; el grupo Lagardere (con posición dominante en la industria armamentista) e inversores institucionales de Qatar. Finalmente, en Atresmedia está el grupo editorial Planeta; el Banco de Sabadell; el gigante alemán de la comunicación Bertelsmann; y el banco vasco BBK, entre otros.

Con estas credenciales, a poca gente podrá extrañar que los medios de comunicación no fueran capaces de prever la peor crisis económica producida en occidente después del crack bursátil del 29. Incluso hubo un tiempo en que estaban mal vistos los periodistas que habían trabajado como directores de comunicación de la banca, hoy esas puertas giratorias son galones para hacer carrera en los grandes medios. Entre bomberos no se pisan la manguera. Por cierto, ¿se dan cuenta de que los periodistas como gremio prácticamente han sido borrados de la circulación y lo único que queda visible es un elenco de celebridades ligado a la cúpula de las empresas? ¿Y de que la en otra época admirada misión de corresponsales de guerra está desempeñada actualmente por periodistas independientes que realizan su trabajo en condiciones laborales de casi peonaje?

Terminemos con un desiderátum. El ya citado artículo 20 de la CE, en su apartado 3, proclama que la ley «garantizará el acceso a dichos medios de los grupos sociales y políticos significativos, respetando el pluralismo de la sociedad y de las diversas lenguas de España». 

SINDICALISMO: MUCHAS PERSONAS SON LAS LLAMADAS Y POCAS LAS ATREVIDAS

RAFAEL VALENTÍN SANTO TOMÁS
Y ALMUDENA GÓMEZ

Sindicato de Enseñanza de la CGT de Madrid

En España el índice de personas afiliadas a un sindicato ronda el 14%. Se trata de una de las tasas más bajas de Europa. ¿Concluimos afirmando que a los trabajadores y las trabajadoras de este país no les importa el tema? O dicho de una manera descarnada, ¿nos da igual que nos exploten en el trabajo?

No creemos que sea tan sencillo. Para empezar un breve análisis. Debemos remontarnos a los años 30 del siglo pasado. La afiliación, obligada o no, a los sindicatos era motivo de actuaciones políticas en estado puro. Partidos, agrupaciones, ateneos, escuelas, etc., servían de soporte social, soporte que intentaba paliar las graves carencias que el régimen del momento imponía a la población. Por esto, un número elevado de profesionales laborales, estaban afiliados a algún sindicato, principalmente la CNT y la UGT. Paréntesis, la Guerra Civil. Y después, 40 años de dictadura militar, con su peculiar visión del «sindicalismo» unido al concepto «nación». No es baladí la visión de 40 años no tan lejanos. Como no lo fue para el nuevo régimen del '78. Nació con unos miedos que aún hoy perviven en el imaginario de muchas personas. De esto hablaremos más tarde.

Actualmente son CCOO y UGT quienes aglutinan la mayor parte de la afiliación dentro del mundo del trabajo. Otros sindicatos de ramo (Plataforma Sindical de la EMT...), corporativos (CSIF, ANPE...), nacionalistas (CIG en Galicia, LAB, STV en Euskalherria...) y diversos sindicalismos alternativos (CGT, CNT, Solidaridad Obrera...), conforman el resto de organizaciones sindicales en el panorama del Reino.

¿Son todos los sindicatos iguales? ¿Por qué se habla de «los sindicatos» como si lo fueran? Es evidente que ni todas estas organizaciones son homólogas ni la expresión «los sindicatos» es casual. Respecto a la primera pregunta, la variedad de ideologías y

quizás lo más importante, de actuaciones, marcan claras diferencias. Ya hemos hablado que hasta un régimen dictatorial tenía su propia concepción de «Sindicato». El «vertical». Heredero de esta idea, hay cierto sindicalismo que instaurado en empresas de lo más dispares, protagoniza una buena parte de la vida sindical en su sector. Sindicalismo por lo general nada reivindicativo y sí muy unido a una suerte de caciquismo empresarial. Con esto queda bien la empresa y además taponan cualquier intento de construcción autónoma de los trabajadores y las trabajadoras. Unos conocidos grandes almacenes son el paradigma de este modelo. Eso sí, siempre teniendo presente que quien se mueva, va a la calle.

Y es que es ahí donde las personas vuelven a los miedos del pasado. Con una contradicción, que no son del pasado. Actualmente, en nuestra propia organización, el Sindicato de Enseñanza de Madrid de CGT, no dejamos de recibir a docentes de la escuela privada (concertada o no) que nos piden consejo y asesoramiento. Algunas personas llegan a afiliarse y otras no. Y de quienes se afilian, bastantes prefieren ocultarlo en su empresa, o no crear una Sección Sindical, o no pedir algo tan peligroso como un «tablón sindical» (obligatorio por la LOLS), o no promover elecciones sindicales (en la actualidad hay cientos de empresas que carecen de Comité de Empresa, con el consiguiente menoscabo de los derechos de las personas que trabajan allí. Y todo esto..., por MIEDO. Por miedo justificado a ser agraviados con un despido. ¿Estamos diciendo que en este país hay muchas empresas que no cumplen la ley? Sí. Y son jaleadas por la propia CEOE. Pero también por organismos europeos como la OCDE, el FMI, el BM, etc.

Así, quien está trabajando se siente solo. Porque también se nos enseña y adiestra a estar en solitario, a pensar en el «sálvese quien pueda» a pesar de

abrir toda la semana, descansar un día, doblar turnos, no cobrar horas extras, hacer horas extras obligadas, no tener cobertura médica, no contar con preparación adecuada en salud laboral, morir en el tajo, tener disposición a desplazarse horas de viaje o incluso de localidad para vivir, soportando acoso por parte de superiores y un muy largo etcétera... que todos conocemos y a algunas personas parece que se les olvida o no lo quieren ver.

Entonces, ¿quién frena al «monstruo»? Pues el sindicalismo responsable, activo y organizado. Sin la presencia de sindicatos participativos las consecuencias serían aún más dramáticas. Al margen de las siglas (pero exceptuando a algunos «falsos sindicatos»), la función de estas organizaciones del sindicalismo alternativo es crucial para frenar los abusos que las empresas intentan unas veces y otras cometen.

Evidentemente la decisión de afiliarse a un sindicato es personal. Y además requiere de una reflexión para decidirse por una organización u otra. Pero en cualquier caso, esa decisión siendo individual, termina en una lógica común, colectiva. Ahí es donde radica la fuerza de un sindicato.

Para la CGT las bases de solidaridad, apoyo mutuo y acción directa son irrenunciables. La comprensión de la sociedad como ente común hecho de individuos supone una participación que va más allá de lo pura-

mente laboral. Otras organizaciones, empeñadas en crecer a cualquier precio, asumen personas y valores muy alejados de la fraternidad social. No es casual el caso de los «ERES» o las «tarjetas Black». Forman parte del pago de cuota de poder que aceptan de buen grado cuando se alejan de la representación mandata-da como sindicato y actúan como agentes ajenos a los intereses de las trabajadoras y los trabajadores.

Un nuevo ánimo recorre parte de muchos sindicatos. El entendimiento no nuevo pero sí recuperado de asociaciones que agrupan a personas con problemas parecidos y con esperanzas comunes. Estamos recogiendo en apoyos lo que hemos sembrado desde hace tiempo: responsabilidad, coherencia, apoyo y solidaridad.

El sindicalismo, llamémosle tradicional, se caracteriza por ser un sindicalismo de atención al «cliente-compañero-trabajador» viendo a éste como sujeto pasivo en la defensa de sus derechos laborales, como un ente que está abajo y al que se le mira desde arriba. Es decir, «yo» como delegado sindical te «atiendo» a ti como futuro votante y como parte no implícita del problema. Te ofrezco un servicio sindical de información y cobertura legal pero sin retroalimentación de tu parte. Yo te doy y tú recibes.

Merece la pena creer en las personas que trabajan contigo, hacer con ellas el camino, porque no somos islas. 

UNA REFLEXIÓN SOBRE LAS «PUERTAS GIRATORIAS»

JUAN LUIS DEL POZO

Economistas sin Fronteras

¿Cómo entender la presencia en las instituciones de personas que abiertamente muestran favorables a la privatización de los servicios públicos, basándose en que la gestión privada es mucho más adecuada y eficiente? ¿No supone esto una declaración de intenciones y una renuncia implícita a mejorar y a cuidar la gestión pública?

Desde luego, resulta inevitable que desde el ámbito de la economía y las empresas se trate de influir y participar en la elaboración del marco normativo establecido por las instituciones democráticas a través de su capacidad legislativa. Ahora bien, también sabemos que en la práctica los intereses de las empresas pueden entrar en conflicto con los de la ciudadanía y que, a la hora de hacer valer esos intereses, el poder económico resulta determinante. La pregunta clave, en este sentido, parece ser: ¿dónde situar los límites a la capacidad de influencia de *lobbies* o grupos de presión sobre los representantes públicos?

Probablemente no haya una respuesta fácil, pero precisamente la noción «representantes públicos» debería ofrecernos al menos un punto de partida para empezar a formularla. Y es que lo que no resulta aceptable en ningún caso es que una persona que ocupa un cargo público y, por tanto, debe atender prioritariamente en el ejercicio de su actividad al interés común, tome decisiones basándose en estrategias que pretenden favorecer intereses particulares. Desgraciadamente, *los itinerarios de la empresa privada a la política y desde la política a la empresa privada se han mostrado permeables a este tipo de influencias.*

CONSIDERACIONES GENERALES

Las relaciones entre política y economía, y más concretamente la imbricación entre la actividad de los responsables políticos y la de las grandes empresas, constituyen hoy en día, en un contexto de crisis económica y recorte de servicios y prestaciones públicas, un asunto que afecta profundamente a la sensibilidad ciudadana. Fruto de esta circunstancia, la problemática planteada acerca de las llamadas «puertas giratorias» se ha convertido en un punto destacado del debate público y del discurso sobre la regeneración elaborado por las nuevas formaciones políticas.

POLÍTICAS AL SERVICIO DE INTERESES PRIVADOS

A nuestro juicio, uno de los aspectos que más ha favorecido en España la simbiosis entre cargos políticos y empresas es la propia estructura de su *modelo productivo*. La especialización de la economía española en la actividad turística e inmobiliaria ha servido para reforzar las dinámicas de intercambio de favores entre grandes empresas y responsables políticos, en la medida en que el desarrollo de este tipo de actividades está fuertemente ligado a la labor administrativa, esto es, a aspectos como la contratación pública, la

...el desigual acceso de las entidades que representan a la ciudadanía y a las pequeñas organizaciones empresariales y de la sociedad civil, frente al trato privilegiado a las grandes patronales y lobbies corporativos, constituye un tipo de práctica que debería desterrarse si algún día se quiere dotar de credibilidad democrática a la construcción europea.

liberalización y calificación del suelo público, la concesión de licencias, etc.

Al mismo tiempo, y aquí ya no hablamos de un rasgo específico español sino de una tendencia global, la *apertura a la competencia privada de sectores y servicios que se prestaban desde el ámbito público* ha resultado también determinante para la expansión de las empresas, para la creación de oligopolios, y para que una parte importante del patrimonio común acabara en manos privadas.

Este último aspecto nos remite a otra cuestión que nos parece importante destacar. ¿Cómo entender la presencia en las instituciones de personas que abiertamente se muestran favorables a la privatización de los servicios públicos, basándose en que la gestión privada es mucho más adecuada y eficiente? ¿No supone esto una declaración de intenciones y una renuncia implícita a mejorar y a cuidar la gestión pública? Tanto más teniendo en cuenta que algunos servicios públicos, por su propia naturaleza, no son adecuados a una prestación bajo criterios mercantiles.

En este sentido, cabe señalar que, para empezar, una de las condiciones que parece necesaria para corregir estos comportamientos apela a lo subjetivo. Con ello queremos poner de manifiesto la importancia de que las personas que acceden a los cargos políticos cuenten con una verdadera *vocación de servicio público*. Esto implica al mismo tiempo, y dada la imposibilidad de competir con la esfera privada en lo que se refiere a incentivos económicos, poner en valor aquello que la actividad de servicio a la comunidad conlleva en sí misma.

Y sin embargo, no podemos limitarnos a confiar en la actitud subjetiva de quienes ejercen la política. Al mismo tiempo que se fomenta esa vocación de servicio público, debe evitarse que el ejercicio de la política se interprete en términos de acceso a unos recursos económicos cuya administración genera una expectativa de *contrapartida* en forma de beneficios personales. Esos beneficios pueden consistir en la obtención de comisiones y otro tipo de contraprestaciones, en los casos más graves, o también en el acceso a los consejos directivos de grandes empresas en el momento de abandonar la carrera política, esto es, el tipo de prácticas a las que hacemos referencia cuando hablamos de «puertas giratorias».

¿QUÉ HACER PARA ATAJAR ESTAS PRÁCTICAS?

La regulación de las diferentes formas de *colaboración entre sector público y privado* en la prestación de servicios públicos resulta, a tenor de lo visto, un

aspecto fundamental a la hora de combatir este tipo de prácticas. Y es que si bien esta colaboración puede resultar necesaria y no debe descartarse, es importante que existan herramientas que permitan asegurar que prevalezca el interés público tanto en el proceso de adjudicación como en la prestación de los servicios. En este sentido, el establecimiento de un *régimen de incompatibilidades* para los cargos públicos, así como de unas normas adecuadas de *contratación pública*, deben servir a dicho objetivo.

Otra de las herramientas que contribuyen a este propósito es sin duda la *transparencia* en la gestión y en la toma de decisiones. A nivel del Estado español la promulgación de la Ley 19/2013, de 9 de diciembre, de transparencia, acceso a la información pública y buen gobierno, constituye un primer paso que podría apuntar en la buena dirección. Sin embargo, tanto en su aplicación efectiva como en lo que respecta a la información relativa al ejercicio de su actividad por parte de los representantes políticos, aún queda terreno por recorrer a efectos de equipararse a los estándares de transparencia de otros países europeos.

Siguiendo con las propuestas y si, como afirmábamos más arriba, debemos admitir un cierto nivel de implicación por parte de las entidades e instancias privadas en la producción normativa, habría que facilitar la *participación equilibrada de todos los sectores interesados*: empresas de pequeño tamaño, tercer sector, ciudadanía, etc. Esto implicaría al mismo tiempo evitar que las entidades con más recursos tengan más posibilidades de influencia e interacción con los representantes políticos.

Resulta interesante mencionar, en este punto, ciertas prácticas puestas en marcha por algunos Ayuntamientos que intentan favorecer la participación pública e introducir nuevos criterios en la contratación con las administraciones. Nos referimos a la creación de foros locales, la habilitación a la ciudadanía para que pueda decidir a qué se destina una parte del presupuesto municipal, o la introducción de cláusulas que primen aspectos de interés social en la contratación pública.

Finalmente, la progresiva evolución hacia un *nuevo modelo productivo* que, si bien aun debemos definir, no descansa exclusivamente en los pilares en los que tradicionalmente se ha asentado la economía española, podría contribuir indirectamente a mejorar la vida política. Así, podríamos citar a modo de ejemplo de política a seguir por parte de las administraciones para evitar la acumulación de poder en manos de

las empresas en un sector concreto como es el de la energía, el apoyo a las energías renovables frente al modelo de producción y distribución de las grandes compañías eléctricas y petroleras. Esto implicaría, no obstante, cuestionar la división del trabajo y el modelo europeo tal y como se plantean hoy en día.

NUBARRONES EN LA UE

No quisiéramos terminar estas líneas sin hacer referencia a la preocupación que nos provoca la situación que se está dando en el ámbito de las instituciones europeas y, más concretamente, en la negociación de los tratados de libre comercio TTIP (EE.UU.), CETA (Canadá) y TiSA (comercio de servicios).

Sin entrar en la discusión sobre los aspectos positivos y negativos que puede suponer la firma de estos acuerdos, la opacidad con que se están llevando a cabo las negociaciones representa justamente el ejemplo contrario a la transparencia en la toma de decisiones que defendemos. Del mismo modo, el desigual acceso de las entidades que representan a la ciudadanía y a las pequeñas organizaciones empresariales y de la sociedad civil, frente al trato privilegiado a las grandes patronales y *lobbies* corporativos, constituye un tipo de práctica que debería desterrarse si algún día se quiere dotar de credibilidad democrática a la construcción europea.

CONCLUSIONES

Sin ser demasiado exhaustivos, hemos querido a través de este texto compartir algunas ideas sobre lo que supone el fenómeno de las puertas giratorias y la relación entre la política y la economía, entre la gestión de lo público y la actividad del sector privado. Una relación compleja, en la cual sin embargo podríamos decir que se han traspasado ciertas líneas rojas.

Combatir estas prácticas implica un cambio profundo, desde lo que implican nuestras propias convicciones sobre el cuidado de lo común, hasta una profundización en las regulaciones sobre aspectos como la contratación pública, la transparencia y la rendición de cuentas, pasando asimismo por habilitar nuevas formas de participación ciudadana.

Quizás una buena forma de expresar este cambio necesario en la política se encuentre contenida en la máxima zapatista de «mandar obedeciendo». 

FISCALMENTE HABLANDO: LA JUSTICIA, LOS IMPUESTOS, EL FRAUDE Y LA OBJECCIÓN FISCAL

TERESA SANZ GARCÍA

Profesora de Economía, Universidad Autónoma de Madrid



CONTENIDO

Entre la justicia y los impuestos existe una relación peculiar. Desde luego que los impuestos son leyes y en ese sentido son justos y por la misma razón el fraude es ilegal y punible jurídicamente. Pero socialmente se puede poner en tela de juicio la justicia de la ley que establece un impuesto o todos los impuestos del sistema fiscal e incluso se puede defender que lo justo sería que no hubiese impuestos. Si partimos de la base de que una o varias o todas las leyes fiscales se consideran injustas, se justifica el fraude denominado Objeción Fiscal y si se considera que no debería haber impuestos, el fraude desaparece como problema, porque no existiría.

CONCEPTOS ECONÓMICOS

A medida que se ha generalizado el uso y la difusión de la información económica, ha aumentado la utilización que se hace de ellos por los medios de comunicación y los políticos, en defensa de sus propios intereses. En muchos casos la confusión que se genera es de tal magnitud que resulta imposible entenderse. Así pues, aunque sea posiblemente una guerra perdida, intentaré al menos ganar esta batalla consistente en aclarar qué significan los conceptos de Justicia e Impuestos, para entender si, ante la existencia de un tipo de fraude fiscal como el que realizan las grandes empresas o propician los paraísos fiscales, es legítimo promover o mantener una objeción fiscal.

La justicia, según el RAE, «es un principio moral que inclina a obrar y juzgar respetando la verdad y dando a cada uno lo que le corresponde». Es, incluso el primer principio moral «por encima de todo deben primar la justicia y la igualdad». Y según la misma fuente, el fraude se relaciona con la moral dado que es una «acción contraria a la verdad y a la rectitud, que perjudica a la persona contra quien se comete». El fraude es «la elusión de una disposición legal en

perjuicio del otro o el delito que comete el encargado de vigilar un contrato confabulándose con los intereses opuestos».

Según establece la teoría impositiva, un sistema fiscal justo se caracteriza porque responde al principio de justicia, en virtud del cual, cada uno aporta en función de sus posibilidades. Las posibilidades económicas se determinan utilizando tres indicadores: la renta de que se dispone, el patrimonio o riqueza acumulada y la capacidad de pago y si el conjunto de impuestos del sistema fiscal se equilibra bien entre esos tres indicadores, se considera justo.

Es importante destacar que la justicia no se relaciona con un impuesto específico sino con el conjunto de todos los impuestos del sistema fiscal. Uno a uno los impuestos no pueden ser calificados de justos, porque nunca podría establecerse un impuesto en función de los tres indicadores a la vez, aunque unos contribuyan más que otros a que el sistema sea justo.

Nuestro sistema fiscal es justo, pues contempla los tres objetos impositivos y por tanto, lo que es injusto es el fraude pues cualquier elusión impositiva altera, de una u otra forma, la justicia del sistema.

Así pues, la objeción respecto al pago de un impuesto no se justifica argumentando la injusticia de un impuesto concreto. Sólo podría objetarse a todo el sistema fiscal si es que éste fuese injusto, pero no es el caso, pues la ausencia total de impuestos es incompatible con la forma de organización social en que nos desenvolvemos.

LOS IMPUESTOS Y LA FISCALIDAD

La fiscalidad son las normas, procedimientos y reglamentaciones aplicables a la administración fiscal, es decir, a los ingresos y gastos públicos. El término «fiscal» se refiere pues a los Ingresos y Gastos de las Administraciones Públicas. La mayor parte de esos ingresos son los impuestos, que se emplean en pagar los gastos públicos, en el tiempo y modo que establece el mandato del Parlamento, la ley de Presupuestos, que es aprobada, a propuesta del Gobierno, por los representantes de los ciudadanos.

Es importante insistir en dos hechos: por una parte que tanto los impuestos (ingresos) como los gastos, son leyes aceptadas libremente por todos los ciudadanos y que éstos disponen de un cauce, también legal, para cambiarlas cuando no sirvan a sus propósitos o las consideren injustas. Y por otra que los gastos públicos se añaden al gasto privado de cada ciudadano, a su consumo privado, no le son ajenos y sólo obedecen a una forma especial de provisión, denominada

conjunta y motivada por muy poderosas razones económicas y sociales.

Para entender esas poderosas razones económicas que obligan a la provisión pública de determinados bienes, veamos el contexto económico en que se desarrolla la actividad fiscal.

Para poder disponer de bienes públicos puros (defensa, justicia, comunicaciones...) caracterizados porque su consumo no se puede individualizar y tampoco se puede cobrar individualmente su coste, se necesita del sector público, que debe ponerlos a disposición de los consumidores, proveerlos, porque el mercado no puede hacerlo, no ya en condiciones de eficiencia, sino de ninguna forma. El mercado necesita que exista una demanda individualizada y estos bienes se demandan conjuntamente, no forman parte del esquema de preferencias de los consumidores.

A esos bienes se añaden otros bienes y servicios que no son públicos o lo son en parte, bien sea porque su consumo es divisible o porque se puede pagar por su uso directo. Son aquellos que tienen características de deseables o indeseables socialmente, o tienen efectos externos positivos o negativos sobre el consumo o la producción, o porque resulta difícil o antieconómico o antisocial el cobrar por su uso directo, porque son estacionales, porque su precio disminuye significativamente con la producción conjunta o que ayudan a mejorar la cohesión social y a la redistribución de la renta.

La demanda de estos bienes se fija en la ley de Presupuestos, que asigna una determinada cantidad de dinero para su provisión. Es decir, el gasto fija la demanda. Los bienes que la sociedad decide someter a este procedimiento de decisión, son, principalmente, la educación, la sanidad y los gastos sociales y cuando esto ocurre decimos que existe un Estado de Bienestar.

Este mecanismo de asignación permite que los ciudadanos dispongan de los bienes independientemente de su renta y los consuman cuando lo necesiten sin tener que pagar cada acto de consumo, sino que realizan un pago único, los impuestos, todos los impuestos.

Tanto el procedimiento de asignación como el pago de los bienes y servicios son indirectos. El procedimiento porque no se inicia con la demanda que realizan los individuos, en correspondencia con sus necesidades puntuales, sino que la demanda se ajusta a una oferta fijada en el Presupuesto. Se puede decir que no se produce lo que se demanda sino que se consume lo que se ofrece. La asignación porque quienes determinan esa oferta son los ciudadanos, pero delegando en sus representantes políticos la capacidad de decidir esa oferta.

Las decisiones de los políticos se discuten y se aprueban en el Parlamento en forma de ley, la ley anual de Presupuestos, que obliga en tiempo, forma y cantidad y que se fiscaliza, además de políticamente por los ciudadanos, por el Tribunal de Cuentas. Año a año se aprueba esa ley que, en teoría, recoge las preferencias de los ciudadanos y los ingresos con que se van a financiar.

No hay otra forma de hacerlo. El mecanismo de asignación del mercado no sirve. Todo lo que se puede pretender es evitar o minimizar los fallos, las demoras y los controles, mejorar el sistema político o hacer llegar a los que toman la decisión última nuestros deseos de forma clara e inequívoca.

LOS FALLOS

El primero es el mismo procedimiento. En principio no parece ser problema el que los políticos propongan la cantidad de gasto y por ende la cantidad de bienes a proveer, porque como son elegidos por los ciudadanos y también son los consumidores, es racional suponer una coincidencia de necesidades, pero si no, si su propuesta no coincide con los deseos de los electores, no serán elegidos y habrán fracasado en su objetivo de permanecer en el poder. Obviamente el procedimiento es la clave de los posibles fallos, pues puede interferir e incluso impedir, de muchas maneras, esa conexión entre Oferta y Demanda, por ello se deben mejorar los procedimientos y la supervisión.

El segundo es la racionalidad del consumidor-ciudadano que precisa del conocimiento de sus intereses, del proceso de decisión y de la importancia de responsabilizarse de controlar con su voto a quienes toman la decisión por él. Es necesario que vigile, en persona o asociado, el cumplimiento de las promesas electorales y la realización del gasto y que valore los bienes

y servicios consumidos, su disponibilidad para cuando los necesite y lo que le costaría satisfacerlos particularmente, no solo en términos monetarios sino de previsión, ahorro y eventualidad, siendo consciente, a la vez, de su responsabilidad de pagar los impuestos con que se financian esos gastos.

El tercero es la racionalidad de los empresarios, que se benefician de los gastos públicos, incluso de una manera muy especial, pues en su cuenta de resultados se ahorran, por citar algunos, la seguridad, la salud de sus trabajadores, la paz social derivada del gasto social. A largo plazo se benefician de la redistribución de la renta y la riqueza que permite mantener estable y elevado el número de consumidores y con un nivel de renta suficiente para comprar la producción, lo que constituye su seguro de viabilidad y crecimiento a largo plazo.

El cuarto es la Administración Pública, que tiene que procurar y ejercer los controles necesarios sobre el gasto realizado y su transparencia y detectar y denunciar las desviaciones que pudieran producirse. Pero el mecanismo de control interno y externo del Gasto Público es complejo, intervienen varias Instituciones que lo ralentizan al punto de comprometer la disponibilidad y conocimiento de los resultados del mismo.

Este es el marco en que resolver las cuestiones sobre justicia, impuestos, fraude. La objeción no puede ser sino testimonial, porque el cambio necesario tiene que producirse por otras vías y los políticos son un instrumento necesario, tal vez también haga falta una sociedad diferente, pero estamos condenados a entendernos. 